RECUERDOS de las

GUERRAS DE CUBA

1868 á 1898

3 pesetas

para los huérfanos de infantería

TIPOGRAFÍA DE A. J. BENITEZ

1902

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

9 (729.1) (46.851)

1856/1926

A. Serra Orts

Recuerdos

de las Guerras de Cuba

1868 á 1808

TRES PESETAS

Para los huérfanos de Infantería.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO DE CANARIAS

1906

Santa Cruz de Tenerife

A. J. Benítez, Tipógrafo

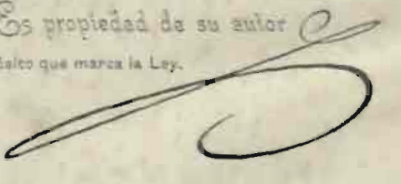
San Francisco, 6 y 8

6604613509

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Es propiedad de su autor

Queda hecho el depósito que marca la Ley.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DEDICATORIA

Al Excelentísimo Señor Capitán General de los Ejércitos Nacionales D. José López Domínguez, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, dos veces laureado con la cruz de San Fernando.

Mi General: Ruego me permita dedicarle este humilde trabajo, que no tiene más mérito, que la descripción escueta de las penalidades sufridas y entusiasmos sentidos por el Ejército en las guerras de Cuba.

Si en esta obra se hacen ciertas alusiones, debidas más bien á desgracia general, que á culpa particular, solo es para que nos sirvan de ejemplo en ocasiones futuras.

El respeto y afecto que todo militar siente hácia V. E. y las deferencias y amistad que siempre me ha dispensado, me impulsan á ofrecerle este trabajo, en prueba de subordinación y agradecimiento.

Fuerteventura 30 de Septiembre de 1906.

Excmo. Señor.

Antonio Serra Ortiz

Autor

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CONSIDERACIONES

«Quand on écrit pour satisfaire à l' inspi-
»ration interiere, dont l' âme est saisie, on
»fait connaître par les ecrits, même sans le
»vouloir, jusqu' aux moin dres nuances de sa
»maniere d' être et de penser.»

Mme. de Stael.

Si el lector espera encontrar en esta obra una buena corrección de estilo literario y grandes acontecimientos histórico-político-guerreros, está en un error.

Como la verdad no necesita de los adornos de la retórica, escribimos al correr de la pluma y relatamos «des petits souvenirs seulment», *hijos de algunos acontecimientos de las guerras separatistas que España ha sostenido en la Isla de Cuba desde 1868 á 1898, á grandes rasgos nada más; pero en ellos, hay datos para la historia y detalles desconocidos para la mayoría de los españoles, que nunca han sabido la clase de lucha moral y material que allí se ha sostenido, mientras en los castillos y fuertes de Cuba, ha ondeado enhiesta la bandera de la Pátria.*

En la narración de los hechos seguimos el orden cronológico y se relatan sucesos, anécdotas, combates, algo del estado y situación del enemigo y de nosotros, durante aquella lucha fraticida y de asesinatos, atropellos, traiciones, incendios y destrucciones, raptos y robos que secundan la invasión de los bárbaros del Norte, más bien que una guerra en plena civilización.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En esta obra no se trata de zaherir á nadie; antes bien se hace honor á quien honor se debe.

Si alguna persona de aquí ó de allá, se cree aludida, ofensivamente, que repase su conciencia antes de arremeter *contra el autor, que sobre todo, dice la verdad de lo que sabe, de lo que ha visto y de lo que le ha ocurrido y téngase en cuenta, además, que se dejan muchas cosas y casas en el tintero, para evitar agravios, precisamente.*

Como es costumbre que todo libro sea precedido de un prólogo que resuma algo del contenido, he rogado á mi excelente amigo y jefe, el señor Don Ramón Domingo é Ibarra, Coronel del Cuerpo de Estado Mayor, sea fiel intérprete de mis sentimientos y haga el obsequio de escribir el prefacio de esta obra, ya que ha nacido en Cuba y ha trabajado mucho con la pluma y con la espada, para que, aquella perla de las Antillas, fuese siempre española.

El Autor

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A GUISA DE PRÓLOGO

CUÉNTASE de un *fresco* que ganoso de proporcionar relaciones de conveniencia á su compañero, lo presentó muy correcto á ciertas damas, retirándose después, ya que él era desconocido.

Así haré con mi amigo Serra, quien en atenta carta me pide unas cuartillas para el tomo de **Recuerdos de las guerras de Cuba** que acaba de escribir, porque, según dice, la lectura de mis *Cuentos históricos* le ha sugerido la creencia de que si todos los que estuvieron en aquellas campañas relatasen las impresiones de sus recuerdos, resultaría un trabajo útil para la sección de historia. «Deseo, añade, que el prólogo sea imparcial, sin bombo ni platillos. Lo que V. crea y nada más.»

Para los que conozcan al Teniente Coronel Serra y Orts, este libro será una especie de fotografía de cuerpo entero con muy buen parecido; á los que no le hayan tratado é ignoren que por encima y al final de todo puede definirse á nuestro cuentista diciendo que es un gran corazón sin hiel; á los que pretendan criticar su estilo personalísimo ó achaquen á falta de modestia el que se ocupe tanto de si mismo, sin tener en cuenta que ha de referir hechos en que intervino ó presenció, les diré que Serra supo captarse siempre el aprecio y consideración de sus Jefes; tanto, que con frecuencia desempeñó cargos y destinos superiores á la categoría militar de que gozaba. Yo le conocí bien jóven y Comandante muy moderno, mandando en comisión uno de los más acreditados Batallones del Ejército de Cuba, en época en que se aquilataban mucho los méritos y servicios, y no ciertamente por falta de personal, y personal bueno, del empleo correspondiente.

Hay en sus *cuentos* sabor local, aun cuando algunas veces

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cae en el defecto común á todos los que, sin ser del país, tratan de imitar el lenguaje y el estilo de los criollos, blancos y del color; en el relato no se observa una unidad de criterio absoluta, pues las notas, ó tal vez, los cuentos mismos, han sido tomados ó hechos bajo la impresión del momento ¡y fueron tan varias las situaciones en que pudo encontrarse un militar en aquella guerra larga é irregular, á medida que la situación política inclinaba, ya á un lado ya á otro, la balanza de la victoria!

¿Qué importa que alguna vez llame ingrata á la bendita tierra de Cuba; que diga que el pacto del Zanjón es una prueba del odio de los cubanos á España (?) y que ésta no ha perdido nada, antes bien ha ganado mucho con el abandono de la preciada Antilla? En todos los renglones de sus *cuentos* palpita el sentimiento por tan irreparable desgracia y se complace en poner siempre de relieve la bondad de su suelo, la abundancia de sus recursos, la nobleza y el valor de sus hijos.

Si pretende ensañarse contra Máximo Gómez (á cuyo talento militar hará seguramente justicia la historia) censurando sus faltas de ortografía, váyase porque, casi á la par, pone de manifiesto con entera crudeza los estragos de nuestra desastrosa política ultramarina; si es pueril al describir el «Socorro á Victoria de las Tunas», derrocha en cambio sentimiento en «Perdido en los campos» y filosofía en «Un sobrino de su tío» y si no convence en «Por insubordinado» pone el dedo muy en la llaga en «Prisión de un cabecilla (Brigadier) cubano».

Mejor que yo, y no es modestia, juzgarán los lectores el mérito literario del trabajo de Serra, quien, por otra parte, no tiene pretensiones en este particular; pero por encima de todo, brilla su intención que es buena, y su espíritu militar que es excelente, circunstancias, ambas, que aisladamente, y con mayor razón de consuno, hacen el libro digno de ser leído y apreciado por sus compañeros de armas.

Y aquí debiera yo dar por terminado mi humilde cometido, que ni los deseos del amigo exijen más ni á ello alcanzan mis medios; pero hay en estos *cuentos* muchas páginas que no lo son; que revisten caracteres descriptivos, de apreciación y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de crítica en cuanto á recursos, planes y resultados en las operaciones estratégicas y políticas de los cuatro Generales que mandaron en Jefe el Ejército de Cuba durante la última guerra: Martínez Campos, Marín, Weyler y Blanco. Quede al autor la *responsabilidad* de sus afirmaciones y el acierto en los juicios; yo, cooperando al fin más ó menos práctico, que, al parecer, persigue, he de permitirme tambien echar, en este punto, *mi cuarto á espadas*.

Para nada se menciona aquí la época del mando del General Calleja, Gobernador General de la Isla al lanzarse en Baire el funesto grito de independencia, quien con su torpe política y su lamentable ineptitud contribuyó, antes y después de tan infausto suceso, á que se conspirase impunemente primero, y tomara cuerpo después un movimiento separatista que, con relativa facilidad, pudo ahogarse en sus comienzos.

Dígalo, y es un solo detalle insignificante, dado el horrible conjunto, el General Luque, Comandante General de las Villas entonces, en plena insurrección Oriental, sin más síntomas en aquella provincia de su mando que la evidencia de los trabajos de zapa, precursores de la famosa invasión, con que se contó siempre, hacia Occidente. El General, con su Jefe de Estado Mayor (el que esto escribe) y algunos Jefes de cuerpo y de guerrillas, trabajando sin descanso y en cometidos á las veces más propios de una buena policía, auxiliada por numerosa Guardia civil, lograron hacer que abortara por entonces la intentona, y detuvieron en una noche determinada en muy distintos puntos de la provincia, desde Remedios á la Siguanea; en los cañaverales de Cienfuegos y en las sinuosidades de la Ciénega; en sus camas ó en el campo, con las armas ya en la mano, á los principales instigadores y hombres de acción comprometidos para el movimiento, Carrillo, Araugo, Romero y tantos otros.

De nada sirvieron nuestros desvelos; ni la abnegación del bravo Coronel Bonet que se batió al frente de un puñado de valientes voluntarios en los Cocos; ni la audacia de nuestros guerrilleros en Yaguaramas; apenas recibida la noticia por el Capitán General mandó que todos fuesen puestos nuevamente en libertad, sin duda para que pudiesen fraguar mejor un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nuevo golpe que, efectivamente, llevaron á cabo estendiendo la guerra hasta Colón, antes de la llegada de Máximo Gómez.

Si ha de escribirse algún día la historia de nuestras desdichas coloniales, ciertamente que no es de envidiar la buena parte que en ella toca á tan infortunado gobernante.

A no ser demasiado inmoral el pensamiento, cabría suponer que los días de interinidad en el mando del General Marin hasta la llegada de Weyler, el único que pudo acabar con la guerra por la fuerza de las armas; que la obra política y militar de aquel caudillo, no tuvo más objeto que dificultar la gestión de su sucesor, completando la desorganización y el desconcierto que preconizaron el mando del General Martínez Campos en su postrer etapa cubana. Gracias á que, en su interinidad también como Jefe de Estado Mayor, el hoy general Suárez Inclán, tuvo la clarividencia de comprender, aunque recien llegado, que era imposible la guerra y la persecución que se venía haciendo, pié á tierra, á un enemigo montado y que había podido aprovechar á mansalva todos los recursos que le proporcionaba la gran riqueza pecuaria del territorio que recorría, porque Martínez Campos no había ni aun querido firmar la orden de requisa general, que tan rudimentariamente estaba indicada.

Diéronse bien estudiadas y completas instrucciones para el avance de toda la caballería que vegetaba en Oriente y gran parte de la del Centro y aún alguna de la del Oeste de las Villas, y pudo contar con tan valioso apoyo el nuevo General en Jefe, quien tuvo, en primer término, que dedicarse á organizar sus propios ejércitos, dotándolos de los elementos necesarios para una larga campaña, metódica y preconcebida.

Poco después de la llegada de Weyler, primorosamente secundado en su primera etapa por el ilustrado General Ochando, Jefe de Estado Mayor General, la guerra se hacía en forma muy distinta que hasta allí: las zonas fueron delimitadas; las atribuciones concretas; la emulación renacía; la responsabilidad se exigió y el orden fué poco á poco restablecido. Solo entre las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río se movilizaron con todas las formalidades y requisitos precisos más de quince mil hombres del país, á pié y caballo, estable-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ciendo tambien dentro de aquel territorio setenta factorías de provisiones, muchas de ellas con dotación de ropas y calzado en depósito para las tropas; veintiseis hospitales y treinta y dos parques provisionales para el municionamiento, llevando además á Pinar del Río ocho compañías de transportes á lomo independientes de las columnas.

Algunos meses después de la muerte de Maceo, el osado General cubano, cuando el traidor Angioleti preparaba el golpe tenebroso que había de privar á España de uno de sus más grandes hombres, el Jefe de Estado Mayor de aquel cuerpo de Ejército recorría con solo unas parejas de escolta los más distantes destacamentos de su distrito, atravesando sin ninguna clase de peligro los sitios más sospechosos y donde se habían librado poco tiempo antes combates formidables.

Ya lo he dicho antes: la guerra había terminado en Occidente hasta la trocha, y el General Weyler hubiera hecho la paz en el plazo ofrecido; de ello están convencidos cuantos militares sirvieron á sus órdenes y así debieron temerlo también nuestros enemigos. Preparada estaba y quedó la operación de avance á Oriente, para aniquilar á Calixto García y barrer los restos de la insurrección hacia el Camagüey, donde hubiera llevado probablemente el golpe de gracia, cuando llegaron á Cuba los *Generales del nuevo régimen*, con la cual cataplasma y con el prurito de hacer en todo y para todo lo contrario de cuanto hubiera hecho ó propuesto su antecesor, creyeron hallar la panasea que debía salvar la pátria. Así salió ello.

No es el llanto consuelo que enaltezca al hombre, ni con lamentar lo ocurrido pondremos remedio á nuestros antiguos errores; pero creo, como mi amigo Serra, que esas lecciones del pasado debían aprovecharnos para modificar nuestra conducta en el porvenir.

Mientras tanto y hasta que llegue ese *momento histórico* de nuestra regeneración, conformémonos repitiendo, como él dice con intencionado gracejo: ¡estaría escrito.... en inglés!

RAMÓN DOMINGO DE IBARRA.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

1.ª PARTE

Un poco de historia

Cansado de batirme contra españoles, peninsulares, en la guerra carlista, desde Abril de 1872 hasta Febrero de 1875, á las órdenes de los generales Loma y Moriones, solicité y obtuve destino á Cuba, á cuya capital, arribé el 3 de Abril siguiente.

En cuanto llegué á la perla de las Antillas, hermosa é ingrata tierra, me dediqué á estudiar la historia, geografía y situación del país, tanto en las poblaciones como en el campo, por lo que respectaba á la clase de guerra que allí se sostenía, tan larga como penosa.

Aquella campaña comenzó el día 10 de Octubre de 1868 en Jara (Manzanillo-Oriente) donde Carlos Manuel de Céspedes, dió el grito de independencia, marchando enseguida sobre Bayamo, que sorprendió y tomó, dada la pequeña guarnición que allí había en aquel entonces.

Céspedes, como presidente de aquella *República Cubana*, se enseñoreó todo lo que quiso por Bayamo y como *buen demócrata*, se hacía conducir bajo pálio, cual si fuese un emperador, hasta que llegaron las primeras tropas españolas, que entónces, abandonó aquella población después de entregarla á las llamas, escondiéndose en lo más abrupto de Sierra-Maestra y llevando una vida errante y llena de zozobras, que dieron con él en la tumba.

Aquella primera insurrección, tuvo gran importancia, aunque el teatro de la guerra, se extendió solamente desde Punta Maisí (extremo Este), hasta el río Ibanavana (Villas) y más tarde, llegaron algunas partidas hasta Colón, ó sean dos tercios del territorio de la isla de Cuba.

Las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Rio, permanecieron tranquilas... al parecer; pero laborando siempre contra España.

Las partidas de más importancia, tuvieron su asiento, primero, en la provincia de Santiago de Cuba, años 69-71; después en la de Puerto Príncipe, 71-74, y por último en la de las Villas, 74-78; pero en estos tres departamentos, la guerra estuvo siempre en actividad, con intermitencias de tranquilidad aparente en ciertas localidades, por cansancio mútuo de los beligerantes ó por traslación de los contendientes á otras zonas territoriales.

En Oriente, mandaban las partidas insurrectas, Calixto García que fué

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

prisionero de España y trasladado á Madrid, se le concedió un destino que desempeñó hasta 1896 en que lo abandonó para hacer la guerra contra España otra vez, dando con ello patentes pruebas de *agradecimiento*; más, terminada la última guerra cubana, murió en Washington, cuando menos lo esperaba; así que no pudo recoger la *gloria* de su traición. Al ser hecho prisionero, en 1871, le sucedió en Oriente, Vicente García, natural de Victoria de las Tunas.

Las partidas del Centro estaban mandadas por un tal Agramonte, que en 1873, recibió la muerte en la acción de Jimaguayú. En las Villas, los jefes más caracterizados fueron Roloff, Carrillo y García

El general en jefe de toda la insurrección era Máximo Gómez, antiguo jefe de milicias dominicanas al servicio de España; hombre de mucha suerte, atrevimiento y poca ilustración, á juzgar por escritos de su puño y letra, ocupados en campamentos enemigos y por si alguien lo duda, hé aquí una prueba de la corrección de estilo, del que, en el *ejército* cubano, tenía el mando supremo.

Leámos:

«General: como verá V. por las comunicaciones oficiales, urje que el »Brigadier Alejandro *Rodrigues* marche enseguida á cubrir la vacante »que con su muerte deja el general J. Aguirre del mando de la 1.ª Di»visión del 5.° cuerpo de Ejército. Como urje tambien que el Coronel »*Arfredo* Rego ocupe el mando de la Brigada de Cienfuegos que deja »*bacante* el Brigadier Alejandro *Rodrigues*.—Las dificultades é inconve»nientes de detalles que pudiesen ocurrir para que ambos jefes ocupen á »la mayor brevedad sus respectivos puestos, toca á V. *sanjarlas*. Como »V. comprenderá, en presencia de la necesidad no me he detenido á con»siderar si el estado de salud de C. Rego le permitirá darse de alta para »el servicio activo de la campaña, pero abrigo la esperanza de que pueda »*acerlo* dadas sus condiciones de hombre fuerte y *entuciasta*. *Aucio* te»ner noticias *frescas* de *usted*. Salud y buen éxito le desea su General, »M. Gómez.»

De otra carta:

«Torriente, vivo *atajando poyos*. (1) *Dise* el Capitán americano, que »habla muy mal el español, que el corresponsal este que tenemos aqui del »*Heral*, que yo no confío mucho en él, ha escrito muchas cartas diciendo »todo lo malo de nosotros, y nada de lo bueno, y ni tampoco lo malo de »los españoles. Que Trinidad perdido, que los cubanos no se baten, que »Juan Bravo, el brigadier de Trinidad ha recibido por ventas de ganado »$ 10.000 y no se quien otro más y la mar de denuncias. Eso *dise* el ca»pitan y el *consul* al ver las cartas que eran *10* las rompió y no quiso *dar*»*les* curso. Procure V. hablar con ambos y con mucha habilidad, procu»rar saber lo que haya de sério en todo eso, y de verdad, para ver de »modo de conjurar el mal que esas cosas puedan causarnos en estos mo-

(1) Pollos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

»mentos que cualquiera circunstancias segun sea *influlle* en pró ó en con»tra allá en el *Exterior*, y sobre nuestros asuntos. Ahí lo van viendo todo »lo que yo digo y peleo, si todos los cubanos estuvieran *coretos* nadie se »atrevería á informes semejantes. Pero trabajemos los derechos para »*enderesar* á los *torsidos*. afmo.—Gómez.»

Creemos que los dos *botones* que anteceden, bastan para la muestra.

No hay que dudar que el descuido de algunos jefes de columna, ó confianza de superioridad, mal material y la mala dirección de algunos combates de otros, en aquella primera guerra, proporcionaron á los cubanos algunas victorias parciales en Las Guásimas, Mojacasalz, Cuatro de Julio, Naranjo, Palo Quemado, Tunas, Las Cruces y otros puntos. Contrarrestaron este mal efecto con sus brillantes operaciones, el Conde de Valmaseda en Oriente, el General Portillo en el Centro y Jovellan en las Villas.

La suerte para España entonces, fué que el General cubano Vicente García, no quiso nunca abandonar su territorio del Este, donde tenía mucho prestigio, y temeroso de la gloria de Máximo Gómez, rehusó reunirse á éste en 1874 para efectuar juntos la invasión de las Villas, pues el plan de este último, era el mismo que llevó á cabo veinte años más tarde; esto es: llegar á las puertas de la Habana con el incendio, la destrucción, el terror y la muerte; pero como Vicente García, repetimos, no quiso nunca obedecer al Generalísimo Máximo Gómez, se quedó aquél en Oriente, mientras éste muy disgustado se internó en las Villas, en 1874.

Los generales Concha, Valmaseda y Jovellan, dirijieron muy bien las tropas, para combatir y aniquilar la insurrección, los cuales fueron mandados por los generales Pueyo, Valera, Weyler, Esponda, Portillos, Cevallos, Menduiña, Correa, Arias y otros, que prepararon el terreno al Sr. Martinez Campos, para perseguir mejor al enemigo con sus columnas pequeñas, batiendo á los cubanos hacia el Centro y después en Oriente hasta llegar á una paz honrosa, con el convenio del Zanjón, en 1878.

***

A mi llegada á Cuba, en 1875, salí á campaña inmediatamente y á las órdenes de varios generales y jefes operé sobre el enemigo en Las Villas y Oriente, asistiendo á muchos combates, en los años 75, 76, 77 y 78 y entre otros, recuerdo los de Mazamorra, Derrumbe, Resbalosa, Viajacas, Lomas Malas, Quemado Grande, Arroyo Blanco, Bacallao, Orbea, La Larga, Monte Oscuro y Siguanea.

En todos estos combates, en los que el enemigo no hacía más resistencia que la necesaria para retirar la impedimenta, apenas se obtenían resultados satisfactorios, por cuanto que los insurrectos, cuidaban muy bien de sus flancos, que al ser jaqueados ó amenazados por un destacamento, avisaban al grueso de su fuerza para retirarse á toda prisa, cuya persecución incesante, que desde luego hacíamos, producían más bajas en nuestras tropas que las que nos hacían con sus armas de fuego y con sus *célebres machetes*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Era el sistema de los cubanos en armas. Huir del contacto de las tropas; rehuir los combates; cansar al soldado para llenar los hospitales de enfermos y aniquilar á España con la duración de la guerra, por el gasto constante y necesario en hombres, víveres y material de guerra.

¡Aquéllo era una sangría suelta en las venas de la Nación! ¡Un río de sangre y otro de oro!

Si pudiéramos presentar á nuestros lectores una estadística del número de españoles que han muerto en y por las guerras de Cuba y del inmenso capital que España ha tenido que desembolsar con motivo de ellas, se horrorizarían de las cifras; sin embargo calculamos las pérdidas en cuatrocientos mil hombres y en medio millón de millones de duros ó sean dos mil quinientos millones de pesetas, precisamente la mitad de lo que pagó Francia á su vecina la Prusia, en 1871.

¡Qué lástima de sangre y que lástima de oro! Mas, no desmayemos. España tiene hoy más habitantes españoles que antes y es mucho más rica que entonces. España no ha perdido nada con haber dejado á Cuba; antes bien, ha ganado mucho en moralidad administrativa, porque aquella rica y hermosa isla, parecía patrimonio de varios *caballeros*, que de la nada se han elevado al pináculo de la opulencia; y aquí, que tanto se blasona de honradez, se trata con más consideraciones á los *irregularizadores* de los tesoros nacionales, que á los *tontos*, que de América, han venido con los bolsillos llenos de aire.

Así, Cuba, tenía que perderse, y se perdió.

¡Ya lo decía una copla antigua!

«La Habana se va á perder
la culpa la tienes tu, etc.»

***

La célebre paz del Zanjón, personificación del odio que los cubanos tenían á España y sobre todo á sus gobiernos, no fué más que el pacto de una tregua aceptada por la activa persecución de que fueron objeto, probándolo así, el que no dejaron de conspirar, de recoger dinero para la Junta Revolucionaria y prepararse para otra guerra que estalló en 1879, llamada Chica, porque solo duró nueve meses, gracias á *la política de atracción* que allí se desarrolló para evitar nuevamente las ofensas al Pabellón español. Los cubanos entonces tuvieron que ceder, sin Zanjón, ante la razón del poder de España, consolidándose al fin la paz.

Más tarde, la Junta Revolucionaria, á quien no convenía se acabase el *turrón de yema*, organizó los comités para la recaudación de la contribución voluntaria de todos los separatistas para el aumento del fondo, con destino á la guerra; contribución que pagaban los residentes en Cuba y extranjero, ricos y pobres y cuyo capital se reunía en New-York, en el domicilio social de «Cuba Island War» ó sea en el de la Junta Revolucionaria, incluso parte del dinero de los bandidos que vagaban por los campos.

Las partidas de secuestradores que en todo tiempo se han conocido en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuba, salvo raras excepciones, no eran tales partidas de bandidos por cuenta propia: eran partidas de cubanos en armas contra España, con el nombre de bandolerismo, probado entre otros actos individuales y colectivos, con la protección que se quiso dispensar á los célebres Machines en la Habana, que al fin fueron ejecutados en público por ladrones y asesinos, y con los recibos que daban los secuestradores en nombre de la República de Cuba. Estos bandidos solo fueron perseguidos en los campos y no en las ciudades donde residían los verdaderos secuestradores directivos que trabajaban á cubierto de toda sospecha.

Además de la activa persecución de que eran objeto los bandidos de los campos, por guardia civil, policía y fuerzas movilizadas, había naturalmente la *inteligencia persuasiva* de los secuestradores con algunas personas de la Habana y otras poblaciones, que *ayudaban* al Gobernador General para que los bandidos se retirasen del campo y ante tales promesas, se tenía la esperanza de un éxito.

¡Como si matando el efecto, se acabase con la causa!

Un día, la primera autoridad de la isla, cansada de esperar tanta promesa llamó á cierto indivíduo, muy conocido por sus condiciones físico-morales y le hizo marchar al campo para ofrecer á los bandidos el perdón y pasaporte para el extranjero. Los pobres diablos aquellos, ante el *brillo* del ofrecimiento y las *juerguecitas* que se prometían en la ciudad del puente de Broockling, donde hay tanta *avenida* de lager, sandwichs y ladies, aceptaron muy contentos y al entrar en el buque que debía conducirles al deseado punto de la Estatua de la Libertad, se encontraron con la policía que los mató á tiro de revólver, uno á uno.

El clamoreo entre los cubanos y ciertos periódicos, á quienes el bandolerismo aumentaba sus tiradas, con esperanzas de un porvenir más lisonjero, fué de puro coraje y demostración patente de sus respectivas impotencias, ante la férrea actitud del General Polavieja, que consiguió calmar á *tirios* y *troyanos*, imponiéndose por sus propios respetos agridulces.

Sin embargo, los cubanos seguían laborando su faena separatista y tan al descubierto, poco despues, que en la célebre acera del Louvre (Habana) se trataban cada uno según el empleo que tenían, diciéndose:

¡Ola, capitan! ¡Buenos días, general! ¡Adiós, coronel! etc. etc.; así, sin miedo alguno de que se les oyese; insultando á los peninsulares á menudo y armándose cada zambra de palos, tiros, silletazos y botellazos, que daban *la hora* y ocasión para hablar y escribir sobre el asunto, arrimando cada cual el áscua á su sardina y oliendo todo á disgusto, ódio y pólvora, pues hasta algunas cubanitas, muy preciosas, por cierto, nos llamaban patones y nosotros á ellas...; la débacle, en fin, en plena paz, resultando de todo ello, más palos, más tiros y más desafíos, seguidos algunos de muerte.

Los partidos políticos protestaban y pedían reformas.

Algunos diputados cubanos, en el Congreso, llegaron hasta amenazar con irse al Aventino y nuestros gobiernos tan ciegos, sin querer ver ni oir, cuando tan fácil les hubiera sido conceder á Cuba una autonomía bien en-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tendida y aprovechada, que apagase los fuegos de la conspiración y evitase la guerra, que entonces venía á grandes pasos.

De error en error, se pasó el tiempo sin hacerse nada de provecho y cuando más descuidada estaba España, se dió el grito de guerra en Baire, el 25 de Febrero de 1895, grito de independencia ó muerte con que se dió principio al comienzo del fin de nuestra dominación en América.

¡Ah! ¡Si Cánovas, Sagasta, Montero, Castelar ó Moret, Maura ó Silvela hubieran ido á Cuba de Gobernadores Generales, á buen seguro que hubiesen evitado á tiempo el desastre colonial español! ¡Mas, estaba escrito y había de ser lo que fué, hijo de la decadencia española!

Empezada la guerra, Martínez Campos fué á Cuba, con su misma política de atracción anterior, creyendo tan bondadoso General, que muchos personajes cubanos, que aún estaban en las poblaciones, esperando el momento para irse al campo, eran españoles y gente de palabra. Cuando el General se convenció que le engañaban inicuamente ¡ya era tarde! La invasión de insurrectos á occidente, el incendio, la destrucción, el robo, el rapto y la muerte por todas partes, hicieron que el pánico se apoderase hasta de los más indiferentes.

Cuba tenía que perderse.

¡Estaba escrito... en inglés!

De los muchos incidentes notables que ocurrieron y me ocurrieron, en aquellas campañas, sólo haré mención de los siguientes:

1875

Perdido en los campos

La columna del Coronel D. José Vergel, compuesta de los Batallones de la Corona núm. 3, al mando del Sr. Heredia; del de Asturianos que mandaba el señor Suárez Valdés, y una sección de Artillería de Montaña, salió de Guaracabulla, (Villas) hacia Minas-Bajas y Quemado Grande, en busca del mismísimo Máximo Gómez.

El coronel, del cual era secretario, ordenó que me incorporase á la fuerza montada, toda vez que esta formaba en vanguardia. Obedecí la orden muy contento; pero aquel día, con motivo de un reconocimiento sobre el flanco derecho, la fuerza montada quedó á retaguardia de la columna, tan detrás, que como los gallegos del cuento, nos quedamos solos, los 80 de á caballo.

El capitán que mandaba la fuerza, dispuso que viese desfilar aquel escuadrón, para que los soldados no dejasen claros y estuviesen prevenidos á evitar una sorpresa ó emboscada enemiga. Al efecto me detuve y observé á la tropa, que marchaba con mucho orden; más al atravesar un río tropezó un caballo que cayó dentro, sin más consecuencias que el consiguiente remojón de caballo y jinete, teniendo que detenerme un momento para no dejar solo á aquel individuo, que se montó á los pocos momentos; más al ir él á montar, puse mi caballo al galope para alcanzar á la fuerza.

El camino que recorría en aquel momento, era tortuoso, estrecho y se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

guía bajo un expléndido bosque de exuberante vegetación, con miles de árboles «plantados por la mano de Dios mismo».

En una confluencia de veredas, tomé un camino por otro, que me hizo ir al potrero de Palo Prieto, muy conocido en los anales de las dos guerras de Cuba, por varios combates de importancia que allí se han librado. Al fijarme en el suelo y al no ver el rastro ó huellas de la columna, comprendí que me había perdido y con el azoramiento natural, pues era nuevo en aquel territorio, volví grupas y metiéndome por otro camino distinto, me extrañé más de lo que estaba antes.

Sabía muy bien el nombre de Minas Bajas, punto donde estaba la columna; más no sabía por donde se iba y como mi situación allí era difícil y peligrosa, miré hácia el fondo del potrero de Palo Prieto, para observar el terreno, cuando ví un hombre á caballo que venía hácia el punto donde estaba, que era la linde del monte con el potrero. Saqué el rewólver, me oculté detrás de unos árboles y cuando mi hombre estaba á diez pasos de mí, le apunté con el rewólver y le dije:

—Buenas tardes, siga V. el camino de Minas Bajas y si encontramos cubanos, le levantaré la tapa de los sesos.

El hombre aquel, llevaba machete y rewólver como yo y me dijo muy sorprendido:

—Siga V. detrás de mí.

Le seguí y á los tres cuartos de hora que me parecieron tres siglos, dimos vista á Minas Bajas, donde se veían los humos de mi campamento. Entonces sin darle la mano, le indiqué que podía retirarse, sin abandonar mi actitud *feroche*. ¡Con seguridad tenía más miedo que él, de pensar en el peligro que había corrido aquella tarde!

Con direcciones opuestas echamos á todo correr él hacia su Cuba libre y yo hacia la columna.

A todo esto, mi coronel, que me había llamado para redactar unas comunicaciones, estaba desesperado y temía por mí, porque no estaba en todo el campamento, por lo que dispuse que la fuerza montada saliese á buscarme hacia el río. Entre tanto llegué y me presenté muy contento, reservándome desde luego el motivo de mi tardanza. El coronel me preguntó la razón de venir solo y tarde, á lo que le contesté *que fuí á reconocer unas veredas, por si había huella del enemigo*. Ni á tiros hubiese dicho la verdad, porque dejé escapar á un cubano armado y si le dí libertad fué porque sin su ayuda providencial, no hubiese obtenido la mía.

Entonces el coronel, dijo:

—Pues no sea V. tan celoso, porque el mejor día, le llevarán ante el chino-viejo, (Máximo Gómez).

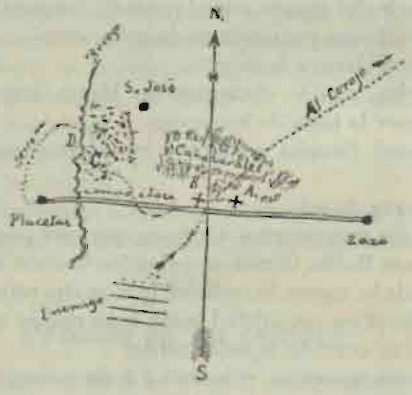
Al siguiente día, el Coronel Vergel, por Bagá, izquierda y el Teniente Coronel Suárez Valdés, por Mina-Rica, derecha, entraron en el potrero de Quemado Grande y batieron á la partida de Gómez, que hizo ligera resistencia para huir á uña de caballo hácia Monte Oscuro, Cafetal Gonzalez y Siguanea, donde estuvimos también días más tarde en combinación con otras columnas, por lo que D. Máximo, tuvo por conveniente é hizo muy

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bien, tomar las de villadiego y esconderse por donde pudo, diseminando sus huestes libertadoras.

Vivir de milagro

Un día del mes de Enero de 1876, las columnas de los Coroneles Vergel y Fortein y la del Teniente Coronel Mozo Viejo, estaban racionándose en los Ingenios de Zara y S. José y en el poblado de Placetas (Villas) respectivamente, distantes entre sí á menos de una legua, cuyo terreno interior formaba un triángulo rectángulo y cuya hipotema ó base está entre Placetas y Zara y el resto superior en S. José, así:



Pues bien; los Alféreces Velez, Lázaro y Serra, previo permiso del Coronel Vergel, fuimos de Zara á Placetas para hacer algunas compras y á nuestro regreso, al llegar al punto A sonó una descarga de fusilería y cayó muerto Velez. Como por encanto, surgieron ginetes enemigos, haciendo fuego unos y amenazando con el machete otros. Lázaro, asustado y con la boca abierta, no se defendió matándole en el punto B. Entonces volví grupas, metí las espuelas, casi en los hijares del caballo, que emprendió vertiginosa carrera hacia Placetas; aquello no era correr, sino volar; pero los cubanos me persiguieron, gritando y disparando sus armas, cuyas balas pasaban á dos líneas de mí. Como iban cerrando la distancia poco á poco y el camino á recorrer era largo todavía, paré el caballo de repente, bajé al suelo, disparé dos veces el rewólver sobre el insurrecto más próximo y me interné en un cañaveral, que atravesé, metiéndome en otro y luego en un tercero; pasé el manigual C y el arroyo D y *derivando* sobre la izquierda, entré en Placetas, más muerto que vivo, pero sano y salvo, aunque con fuertes arañazos en distintas partes del cuerpo, sin sombrero y con la ropa hecha girones.

Las columnas de Placetas, S. José y Zara, al oir los tiros, salieron de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sus cantones y tuvieron ocasión de batir á tan atrevido ó ignorante enemigo, ocupándole varios caballos con montura y entre ellos el mío.

Encontraron los cadáveres de Velez y Lázaro y como no veían el mío y sí mi caballo, estuvieron buscándome despues del combate, hasta que me presenté cabalgando en otro *rocinante* que me habían facilitado en Placetas, para ir á Zara, donde estaba la columna de que formaba parte.

Todos me felicitaron, atribuyendo mi salvación á verdadero milagro; pues á todos, y á mi más todavía, nos pareció imposible salir ileso de trance tan apurado.

Defensa de Trinidad

En el mes de Julio de 1876 y destinado al Batallón Cazadores de Simancas, embarqué en Batabanó para Tunas, en el vapor *Gloria*; pero al llegar al puerto de Casilda, intermedio, encontré dos Tenientes de mi batallón que debían embarcar en el próximo vapor y quieras que no quieras bajaron mi baul y mi maleta, nos subimos al tren y á la media hora estábamos en Trinidad, donde debíamos esperar tres días á que llegase otro vapor para seguir despues nuestro viaje á Tunas (Santi-Spiritus).

Entonces había en Trinidad, de Comandante Militar un Coronel, que todavía usaba *corbatín de suela* y tenía un geniazo de todos los demonios, cuyas circunstancias ignoraba y mis dos compañeros no tuvieron en cuenta.

No bien había llegado al domicilio de dichos oficiales, la gente corría por las calles, *como loca*, las puertas se cerraban con estrépito, los cornetas tocaban llamada y las campanas á arrebato. En el acto salí á la puerta y pregunté:

—¿Qué pasa? Y me contestaron:

—¡Los insurrectos que están atacando!

Enseguida ceñí sable y rewólver y me presenté al Comandante Militar á quien manifesté quien era y por qué razón estaba allí. Aquel buen señor, puso los gritos en el cielo, gritos que aguanté impávido, y cuando terminó, le dije que si merecía correctivo, me lo impusiera; pero que no perdiese un tiempo tan precioso para dirigir la defensa de la población y un contra ataque sobre el enemigo. Entonces me miró sostenidamente y dijo:

—¡Bien, vámonos!

Y con otros militares, salimos.

Al llegar á un reducto donde había unos cuantos soldados y voluntarios haciendo fuego, hacia el campo el Coronel se volvió y me dijo:

—¡Encárguese de la defensa de ese puesto á toda costa!

Saludé militarmente y contesté:

—Está bien, mi Coronel.

Me acerqué á los defensores del reducto y como no veía enemigo á pesar de los jemelos de campaña, mandé ¡alto el fuego! y pregunté:

—¿Dónde está el enemigo?

Nadie contestó, porque no se veía ni en el horizonte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Entonces á un cabo de voluntarios que estaba allí, le dije:

—¡Cabo! ¡Siga V. por ahí, por la izquierda y diga á los que mandan, que de orden superior, no hagan fuego hasta que el enemigo esté á veinte metros de su frente!

A los pocos momentos, no se oía un tiro en aquel recinto, por haber sido, todo, una alarma falsa, como me había figurado.

A los *defensores* de mi reducto, les convidé con rom y un cigarro y les dije, que, el qué en la guerra dispara su arma, sin ver al enemigo, no es valiente, por que el miedo se demuestra con el fuego inútil que se hace.

El caso fué que mi recado de suspender el fuego, lo dió el cabo ¡¡hasta al mismísimo Coronel!!

Recibida la orden de retirada, volví á presentarme á él, diciéndole que no había habido novedad y cerciorado que se trataba de una alarma falsa, dispuse suspender el fuego en mi puesto y en los flancos.

—Muy bien y muchas gracias, me dijo y añadió: Ha dado V., en un momento, más órdenes que yo en una semana y en gracia á sus buenos deseos y disposiciones, ya no le impondré correctivo alguno, como tenía pensado.

—A la orden de V. S. y muchas gracias.

Cuando estuve fuera del despacho de aquel Coronel, me dije:

—¡No es tan fiero el león como la pintan!

Socorro á Tunas de Victoria ó paseo militar

En el mes de Septiembre de 1876. Vicente García, jefe cubano en el Departamento Oriental, atacó á Victoria de las Tunas que los españoles guarnecían con muy poca tropa y despues de una defensa heróica, tuvieron que rendirse.

Avisado el General en jefe, dispuso que el batallón de Simancas á que pertenecía, fuese á Tunas; ¡desde Santi-Spiritus! ¡más de cien leguas! Y como por tierra era imposible el viaje, lo hicimos por ferro-carril hasta Tunas de Zara, por vapor hasta Manzanillo y en lanchones remolcados remontamos el rio Cauto hasta el Guamo y luego á pie hasta Cauto, en cuyo punto, recibimos orden de regresar á Manzanillo, por tierra, (por que ya era tarde para ir á Victoria de las Tunas en auxilio) cuyo regreso lo verificamos por la célebre Sabana de Punta Gorda, donde en 1871, y por otra de las confianzas de nuestras autoridades, los cubanos coparon y machetearon á una pequeña columna que conducía un convoy de raciones, municiones, dinero, y las oficinas del Batallón de Bailén.

Al siguiente día entramos en la célebre ciudad de Bayamo, cuna de aquella insurrección que duró cerca de diez años. Cruzamos por Veguitas y por cerca de Yara, célebre tambien por ser el punto donde Cárlos Manuel de Céspedes, dió el grito de independencia, el día 10 de Octubre de 1868, y sin oir un solo tiro durante aquella excursión, llegamos á Manzanillo otra vez.

Al amanecer del otro día, á bordo del vapor *Gloria*, hicimos rumbo á

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cienfuegos. Horas antes de entrar en el puerto nos sorprendió un horrible ciclón, y con grandes peligros pudimos arribar y atracar al muelle. La ciudad estaba casi arrasada; sin árboles, faroles ni chimeneas y los techos que eran de teja francesa ó de rizado zinc, volaban como papeles de fumar, con gran peligro de las personas. El barómetro bajó á 46 y el terror se pintaba en todos los semblantes.

A los pocos días y en otros vapores pequeños remontamos el rio Damugí, hasta el poblado de Abreus y de allí, el Batallón Cazadores de Simancas marchó á operar sobre la Ciénaga de Zapata, sin duda para *descansar* de los anteriores viajes.

¡Oh! ¡El movimiento de tropas era constante!

«Pero, tantas idas y venidas,
tantas vueltas y revueltas, etc.»

Por insubordinado

En Noviembre de 1876, quedé en Abreus (Villas), por haber sido nombrado Comandante de Armas de aquel pueblo.

A los pocos días, llegó parte del batallón de «El Orden», formado con presidiarios del penal de la Habana. Una de las compañías se negó á tomar el rancho y avisado el Capitán de ella, se presentó con un róten en la mano derecha.

En el acto preguntó quien era el atrevido que protestaba del rancho.

Un soldado, presidiario, de mal cariz y con una insolencia increible, dió dos pasos al frente y dijo:

—¡Yo!

El Capitán, en el acto, dió tal garrotazo en la cabeza de aquel insubordinado, que cayó al suelo sin sentido y el valiente Capitán, dirigiéndose á los demás soldados, volvió á preguntar:

—¿Hay alguno más que proteste del rancho?

Silencio general y entónces, con voz enérgica, mandó:

—¡Compañía, firmes; derecha, deré, á tomar el rancho, de frente de á uno, mar!

Y desfilaron como borregos.

Entonces ví el rancho que era de arroz en blanco solamente y el Capitán, me dijo, qué gracias á que había encontrado el arroz en una tienda, al crédito, por que hacía tres meses que no habían cobrado y que les debían ¡¡siete meses de paga!!

¡Así estaba el Ejército de Cuba!

¿No habían de morirse los soldados de pura anémia? ¡Dios se lo tendrá en cuenta á nuestros *sabios* gobernantes de aquel tiempo!

¡Rápida!

Un soldado del mismo Batallón de «El Orden», que estaba de asistente con un Teniente, robó cierta cantidad del cajón de la tienda donde ambos estaban alojados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A la queja del dueño, el Teniente registró al asistente y como le encontrase, encima, el cuerpo del delito, le castigó severamente.

Entonces el soldado mató al Oficial á puñaladas, y hecho preso, al día siguiente se le formó Consejo de Guerra verbal y se le fusiló á las 24 horas.

¡Justicia militar!

¡Y todo por no pagar al soldado!

1877

¡Los cocodrilos!

El enemigo muy desmoralizado, hambriento, errante y casi desnudo, por la activa persecución de las tropas españolas, apenas si daba muestra de su existencia, tanto, que se dispuso acampar cada día en zona distinta y que desde el campamento saliesen columnitas de una compañía para reconocer los bosques y sitios donde pudiera estar escondido; es decir, más bien que una guerra, resultaba aquello una verdadera cacería de hombres.

Pues bien; cierto día que quedé para custodiar el campamento, mientras las compañías verificaban aquellos reconocimientos militares, en busca de insurrectos, quedaron tambien el Comandante y el Médico, que para distraerse, se les ocurrió dar un paseo por dentro del bosque hacia una laguna de bastante extensión y profundidad que había en el mismo bosque.

Al salir el Comandante, me encargó tuviese vigilancia en el campamento y al efecto, fuí á ver las avanzadas, á cuyos jefes les dí varias instrucciones y sobre todo, que no hicieran fuego sobre el enemigo que pudiese venir, hasta el momento de asegurar la puntería. Despues me senté junto á la linde del bosque, encendí un cigarrillo y no bien había fumado la mitad de él ví correr á varios soldados de un lado para otro y armarse. Al mismo tiempo oí crugir el ramaje seco del bosque, como si lo pisase mucha jente.

En el acto formé una guerrilla en la linde del bosque, coloqué en reserva dos pelotones de soldados, dispuse que un sargento reuniese el resto de la jente y que nadie tirase un tiro hasta que yo lo mandase.

Miré hacia el interior del bosque, ví venir corriendo hacia mí al Comandante y al Médico, pálidos, jadeantes y afónicos, más muertos que vivos; repasaron la línea de la guerrilla, tirándose al suelo y sin poder articular una frase.

El ruido que producía el ramaje del bosque, continuaba, como si nueva jente corriese hacia nosotros y por más que me agaché, no veía á nadie. Como no sabía de que se trataba y no se oían voces ni tiros, creí que aquel ruido era producido por alguna piara de cerdos que en abundancia había por aquellos terrenos; más al fijarme en el Comandante, que ya se había levantado, dijo:

—¡Los...co.. co...drilos!

—¡Demonio! Contesté.

Entonces dije á los muchachos:

—Vamos á asustar á ese enemigo, con el cual no contábamos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y mandé:

—¡Apunten! ¡fuego! y despues, alto el fuego y adelante.

Penetramos en el bosque hasta la laguna, sin encontrar cocodrilo alguno; pero al regreso, oimos otra vez por nuestra izquierda el crugir del ramaje y de las hojas secas y... ¿quiénes creerá el lector que eran los que producían aquel ruido que tan gran susto dió al Comandante y al Médico de marras?

Pues... tres perritos de los que iban con la columna que estaban jugando y con sus saltos y carreras, producían aquel ruido tan *terrorífico*.

En Cuba hay la creencia de la existencia de cocodrilos y si en algun tiempo los hubo, hoy no existen. Solo en los grandes rios suele haber «caimanes» que son ofensivos dentro del agua.

¡Buen susto se llevaron aquellos dos paseantes de bosque!

Eran valientes para guerrear con los hombres; ¡pero no habían contado con la huéspeda de los *cocodrilos de Cuba*...!

Un sobrino de mi tío

A principios de 1877, mandaba mi compañía el Capitán D. Enrique Leirado Martínez que nos decía á los oficiales muy á menudo, era sobrino carnal del General en jefe D. Arsenio Martinez Campos y Antón; parentesco que nosotros no le concedíamos, por varias razones y circunstancias que concurrían en aquel Capitán, á quien, cierto día, le dije:

—¿Cómo se llama V. Martinez á secas y no Martinez-Campos? y contesta:

—Mi tío se llama Martinez-Campos, y yo Leirado-Martinez, sin Campos.

—¡Ya, ya! Luego, su madre, será hermana ó prima del General, le arguí.

—¡Claro que sí! contestó.

Entonces, añadí con cierta sorna.

—Casi creo en ese parentesco y no por los apellidos, sino por los tabacos que el General y V. fuman, que son de lo peorcito que se elabora en España y en el extranjero.

A los pocos días de esta conversación, tan reticente, estábamos acampados en la Ceja de Limones (Ciénaga de Zapata), cuando un centinela avisa la proximidad de fuerza armada. Se tomaron las precauciones debidas y al ¡quién vive! del centinela, contestaron:

—¡El General en jefe!

Fuí corriendo al Capitán y le dije:

—¡Ahí está su tío!

—¿Qué dice V.?

—¡El General en jefe! rectifiqué.

Como la compañía estaba sola, porque operábamos en columna volan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te entre Aguada de Pasajeros y Caimito del Ibanavana, formó enseguida, presentó las armas y los cornetas batieron marcha real.

La fuerza á caballo que venía hacia nosotros, ya muy próxima, hizo alto.

El Capitán, algo airado por mis bromitas, me dijo:

—¡Cómo no sea mi tío, ya verá V.!

—No sé si será su tío, le contesté; pero si D. Arsenio; mírelo allí con pantalón encarnado, como si fuera día de gala.

En esto llegó el General, se apeó del caballo, revistó la compañía y mandó romper filas.

El General Martínez-Campos, llamó á mi Capitán y le abrazó. El Teniente Puertas de mi compañía, me miró y asentí con un movimiento de cabeza, como diciendo: «ahora si es verdad lo del parentesco». Despues, los oficiales, fuimos presentados al General que nos dió las gracias por nuestros constantes servicios de guerra, añadiendo, que nos tendría presente. Nos pidió algo que comer y le dimos galleta, bacalao frito y rom, que comió y bebió con mucho gusto, gracias á su sobriedad y modestia, diciéndonos con su habitual sonrisa, que éramos militares para la guerra á juzgar por nuestra despensa. Luego, al ofrecernos un cigarro, le dije que muchas gracias, sin aceptarlo y mi Capitán añadió: no los queremos, por que ya sabemos como los fumas. Y el General se sonrió de la gracia que le hizo nuestra excusa.

De todas estas cosas, promesas y de las activas operaciones y combates, resultó: que el sobrino de su tío, ascendió á Comandante y se marchó á otro destino; el Teniente Puertas, ascendió al Cielo, víctima de la fiebre amarilla y yo me quedé en mi compañía, mandándola interinamente, sin más *noticias* del General.

Terminada la guerra, en Junio de 1878, encontré en la Habana al Comandante Leirado-Martinez, que era Ayudante de Campo de su tío y sin detenerme, le saludé militarmente. En el acto me llamó, para manifestarme su extrañeza por mi saludo militar á secas y sin contestarle, le enseñé mis galones de Teniente, que eran los mismos que llevaba cuando el era mi Capitán; le volví á saludar militarmente y seguí mi camino. El Comandante se quedó más blanco que el papel de este color y corriendo hacia mí, me dijo:

—Serra: le prometo á V. que sus servicios serán atendidos, pues hoy se lo diré al General.

—Muchas gracias; no se moleste V, pues ya V. ve que por consecuencia de la guerra y del hambre que hemos pasado, estoy muy enfermo y creo que he de vivir poco tiempo

Me despedí de él. Después marchó á Filipinas donde murió y yo vivo todavía, á Dios gracias, por lo que no hay mal que por bien no venga.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Un milagro!

En Agosto de 1877, tocó á mi compañía cubrir el destacamento de Macaguabo, Loma de Banao (Santi-Spiritus) de cuya compañía tenía el mando accidental.

Tenía por segundo al Alférez D. Juan Pucurull y la compañía se componía entonces de tres sargentos, seis cabos, dos cornetas y unos sesenta soldados.

Allí, en Macaguabo, sobre una loma de espartillo, rodeada de grandes montañas cubiertas de bosques, quedé con mi compañía y sin más elementos que raciones para quince días, una poca de quinina, un hacha, cuatro machetes, dos mulos y mi caballo.

Cuando el jefe me dejó allí, me dijo:

—Aquí queda V. hasta segunda orden para que el enemigo no pase por este punto; haga V. una casa y fortifíquela, por si necesita defenderse. ¡A Dios!

La columna se marchó y dormí al raso. Digo mal: yo no podía dormir, por tener la responsabilidad del puesto y el cuidado de la tropa.

Durante aquella noche dí vueltas y revueltas á mi magin, por si podía comprender la necesidad de establecer allí aquel puesto militar y nunca lo pude comprender, por que, si mi misión era solo que el enemigo no pasase *por allí mismo, ya procuraría pasar á un par de kilómetros más arriba ó* más abajo. En fin, que si entonces no entendí la razón extratégica, hoy tampoco la comprendo, por que verdaderamente, aquel destacamento y otros muchos que había establecidos en ambas guerras, favorecían al enemigo, tanto más, cuanto más se restaban las fuerzas de persecución.

Es lo que decían los cubanos:

—Cuantos más destacamentos aislados establezcan los españoles, menos tropas quedarán para operar contra nosotros. Y nosotros, erre que erre. Estableciendo destacamentos inútiles y llevando convoyes para racionarlos, perdiendo un tiempo preciosísimo que podiamos haber dedicado á las operaciones sobre los campamentos insurrectos.

Volviendo á nuestro destacamento de Macaguabo, construí una trinchera convexa, para fuegos divergentes, que guarnecí con veinte soldados y un oficial y con el resto de la fuerza marché al bosque para cortar madera de árboles y palmeras, palmas y bejucos indispensables para construir el fuerte, y á los diez días quedó la obra terminada, con foso, estacada y puente levadizo.

Un día, el oficial, me dió parte que no había menestra más que para cuarenta y ocho horas, noticia que no me alarmó, hasta el siguiente día, en que la columna tampoco apareció por aquel hermoso desierto.

Por la tarde, á la hora del rancho, un soldado muy gracioso entre sus compañeros, dijo:

—La columna no viene y si el Teniente Serra no nos hace un milagro, mañana comeremos «viento fresco».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Me quedé mirando á aquel soldado, y le dije:

—Lo haré, sí; haré el milagro que tú dices.

Y enseguida dispuse que el promovedor del milagro á realizar y cuatro individuos más, me trajesen unas varitas verdes y bejucos.

Todos los soldados, en vez de reirse, se miraron unos á otros, creyendo sin duda, que yo no estaba bien de la cabeza.

Traidas las varitas y el bejuco, se construyó un cilindro de un metro de largo por 0'30 de diámetro y semicerrado convexamente por los extremos, quedando hecha una nasa para pescar; metí en ella una piedra como plomada, trozos de galleta y de comejón, que mandé cortar del tronco de un árbol, lo cual viene á ser como un panal, con miles de gusanillos blancos, que por cierto comen los peces muy bien.

Terminado aquel trabajo, se estableció el servicio de noche y previne que á las cuatro de la mañana se levantase todo el mundo para tomar el café.

Así se hizo y al amanecer, con 40 soldados, las dos acémilas con sus serones vacíos y la nasa en cuestión, salí bajo la dirección del azar, sin rumbo fijo y con los ojos en la divina providencia.

Por el fondo de la loma donde estaba el fuerte, corría dulcemente sin murmullo y con agua clara el río Tuimesí, á una legua de su nacimiento, de diez metros de ancho y unos tres de profundidad, entre cuyas aguas ví algunos peces y langostinos. Entonces llamé al soldado gracioso é incrédulo, que cargaba la nasa sobre los hombros y le dije:

—Desliza la nasa aquí, poco á poco y ata la cuerda al árbol más próximo.

El muy socarrón como desconocía semejante modo de pescar, obedeció con tal sonrisita, que de buena gana le hubiera dado un cachete.

Hecha esta operación ordené seguir montaña arriba. El camino vereda de bosque, cubierto por una vegetación expléndida, delató la existencia de personas y caballos, á juzgar por las huellas marcadas en la tierra, por lo que redoblé las precauciones que desde luego eran innecesarias, porque nuestro soldado se percibe de la necesidad de la precaución, circunstancia que demostró allí muy bien, al preparar las armas sin orden alguna.

A los pocos momentos sonaron varios tiros de fusil cuyas balas pasaron por encima de nuestras cabezas y ordenado el ataque por medio de las voces de ¡Arriba! ¡Viva España! echamos á correr hácia el enemigo. Llegué á un campo sembrado de boniato, calabazas, plataneras, caña dulce y piñas; al fondo y derecha matas de café y cacao repletas de tan excelente fruto.

En el acto establecí servicio y reconocí los bosques inmediatos, cerciorándome que los pocos insurrectos que allí había tomaron las de *villadiego*.

Entonces se cargaron las acémilas de todo, los soldados llenaron los morrales de café y cacao y como nuestra misión estaba cumplida, nos retiramos hacia el fuerte; más al entrar en un potrero, algo enmaniguado por matorrales y guayabas, vimos un toro grande y hermoso, á quien

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

envié una bala que le entró junto al codillo izquierdo y después de varios saltos, cayó muerto cerca de nosotros.

¡La providencia no podía ser más pródiga!

Los soldados en menos de media hora descuartizaron la res y ayudados de unos palos que cortaron, la transportaron á hombros.

Al llegar al punto del río Tuimesí donde estaba la nasa atada, llamé al soldado socarrón y le dije:

—Saca la nasa con cuidado, desata luego la cuerda del árbol y cárgatela al hombro.

Sacó la nasa y ¡cuál no fué su asombro, al verla llena de viajacas, (truchas) y camarones grandes, que exclamó!:

—¡Ah! ¡Está llena de *pescaos!*

—Pues bien; carga con ella para que no vuelvas á dudar de los milagros, ni de tus superiores.

El pobre muchacho medio corrido por mis frases y las cuchufletas de sus compañeros subió la cuesta hasta el fuerte sin chistar, aunque sudando la *gota gorda*.

Al ver aquel repuesto de provisiones tan abundantes y selectas, la alegría general fué completa, hasta los soldados que estaban enfermos se pusieron buenos.

La abundancia del zagut,
les devolvió la salud.

Una vez á la semana á horas distintas y por diferentes caminos, visitábamos *nuestra hacienda* que era una mina inagotable, pues encontramos frutas muy delicadas, como naranjas, limones, piñas, mameyes, mangos y anones; colmenas con miel, ganado vacuno y de cerda, y la sal la obteníamos raspando yaguas de palmera, que la absorbían del aire. El milagro fué completo.

A todo esto, la columna no apareció por allí hasta tres meses después, por haber estado operando sobre la costa Norte.

¡Pues gracias á que los alrededores de Macaguabo, eran para nosotros una vasta plaza de abastos gratis y bien nutrida de elementos para comer, beber (agua) y arder!

¡Hasta hoy me están dando tentaciones de marcharme á aquellas montañas, *donde la vida es sana, tranquila y barata!*

Regreso á España

Terminada aquella primera guerra de Cuba, gracias á la paz del Zanjón, que se firmó en 8 de Junio de 1878, me hallaba enfermo á consecuencia de aquella campaña tan activa y sin cobrar varias pagas que el Estado no pudo abonar, regresé á la Península más muerto que vivo, anémico, con fiebres, sin un real y sin ropa de invierno. Por lo demás, bien; *¡muy bien!*

¡Ah! Se me olvidaba consignar, que, en recompensa á tanta fatiga, me tuvieron de reemplazo con medio sueldo, seis meses, sin duda, *teniendo en cuenta*, los mayores gastos que ocasionaba la enfermedad adquirida en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

campaña, por salvar la integridad de la *Pátria*. Más tarde parece que se condolieron de mi situación y entonces me tuvieron cerca de dos años ¡con cuatro quintas partes de sueldo!

¡Oh!

¡La pátria *suele ser muy pródiga* con aquellos que exponen su vida por salvarla!

¡Así regresaron á España la mayoría de los jefes y oficiales que salieron victoriosos de aquella primera guerra!

La política y los partidos

Después que se pactó la Paz del Zanjón, en 1878, se reorganizaron en Cuba los partidos políticos.

Por parte de los cubanos, el partido Autonomista á la faz del país y el partido Separatista, en la sombra de la conspiración y del ódio concentrado á España y á los españoles residentes en aquella perla de las Antillas.

Por nuestra parte, el partido Conservador ó de la derecha y el partido Unión Constitucional ó de la izquierda.

Para los políticos de Madrid, no había más que la Isla de Cuba, rica colonia para beneficio propio, de parientes y amigos predilectos.

A las súplicas de reformas, que hacían cubanos y españoles, se contestaba con la más glacial indiferencia ó con la soberbia amenaza de que Cuba sería siempre española, mientras hubiese una peseta y una bayoneta.

A estas indiferencias y desplantes, que tanto nos han costado, más hubiera valido cambiarlos por sabias disposiciones gubernamentales, en las órdenes civil, judicial, administrativo y militar, y se hubiese evitado las polémicas nerviosas que se sostenía en la prensa y en los mitings de subido color anti-español, hijos unos y otros del más acendrado cariño á España por una parte, y del más recóndito rencor de la otra.

La prensa que allí defendía la causa española, estaba representada por el «Diario de la Marina» y «Unión Constitucional» y la de enfrente, por «El País» y «La Lucha», además de otros órganos del interior, de uno y otro bando.

Los Diputados y Senadores Cubanos, de ambas tendencias políticas, en las Cortes del Reino, solicitaban reformas necesarias en aquel país, reformas que por desconocimiento de aquello que se pedía y miedos pueriles, tardaban mucho tiempo en ser Leyes, y cuando éstas se promulgaban, llegaban á Cuba incompletas y tarde, tanto, que jamás llenaron las aspiraciones de los unos ni de los otros.

Tan grande era el desconocimiento de nuestros políticos en las cosas de Cuba, que se llegó á promulgar una Ley de Caza, en la que se prohibía cazar conejos con hurón, y allí no hay ni conejos, ni hurones.

En vez de favorecer á Cuba y guiarla por el camino de la libertad y el progreso, se la detenía en su marcha, se la oprimía y se la explotaba por tirios y troyanos y ¡que había de resultar de todo ello! La conspiración y la reconcentración del ódio á España y á los españoles.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Y el pueblo español tan ageno de todo ello!

Cuando en Cuba se recaudaban veinte millones de pesos oro, por Aduanas, había compañía extranjera que daba treinta por el arrendamiento y nuestros políticos decían:

—¡No, no! ¡Que estos extranjeros nos van á explotar!

Un General hubo en Cuba, que habiendo demostrado buenos deseos administrativos, quiso construir la vía férrea central hasta Santiago de Cuba, con una verdadera economía para el Estado y ¿sabe el lector lo que dijeron los políticos de Madrid?

Pues dijeron que nó, que aquel General quería embolsarse un millón, lo cual no era cierto y aún en el caso de que hubiera tenido tales tendencias, la obra hubiera costado mucho menos de lo que el Gobierno pensaba gastar, pues tenía el proyecto de aprovechar en beneficio de España, los elementos del Ejército y las maderas de los bosques de Cuba, por donde hoy cruzan las paralelas hasta Santiago. Esto lo sabe, muy bien, mi amigo D. Tuiforte Gallego, que entonces era secretario particular de aquel General, que ya en Madrid había dado patentes muestras de sus importantes iniciativas, traducidas en hechos positivos.

Envidias y rémoras por costumbre; apatía y falta de gobernación y patriotismo, por desidia y nulidad.

Y en estas disputas llegaron los yankees... y nos cogieron en camisa.

¡Justo castigo á las consecuencias de la política española!

Los Gobernadores Generales

Todos los Generales que el Gobierno mandó á Cuba, desde 1868, fueron sin atribuciones propias, sugetos á un presupuesto incompleto y á un patrón determinado, en el mando político-militar y por consiguiente, atados de pies y manos, dominados por las imposiciones y exigencias de altos caciques y hasta algunas veces, de presiones exteriores.

Algunos de los Generales que allá fueron, con terrible peso, más estudiosos que otros, proponían al Gobierno las reformas que creían conveniente al país; pero, generalmente, los Ministros de Ultramar, miraban con glacial indiferencia las iniciativas de los Gobernadores Generales y muy pocas veces aceptaban los planes que de allá venían, ya por no considerarlos convenientes, ya por creerlos peligrosos ó por no convenir á los intereses del partido, muletilla muy en boga, cuando no se quería hacer nada en beneficio de aquella Antilla.

Los Generales, en vista de tales aptitudes, ministeriales, optaban por el «dolce far niente» ó por presentar la dimisión.

Los presidentes de los partidos políticos, escribían sendas cartas al Gobierno, senadores y diputados, exponiendo el número de sus respectivas aspiraciones, que los representantes en Cortes, á su vez, explayaban en el Parlamento al país y á los ministros en sus despachos.

Nuestros Capitanes Generales, después de oir á los principales políticos insulares de todos los partidos, escribían tambien á los Ministros de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ultramar, al de la Guerra y Presidente del Gobierno, resumiendo opiniones, dando por resultado un maremagnum de ideas á cual más opuestas, que producian el cáos como padre, el statuquo como hijo y la desesperación en todos como espíritu santo.

Los presupuestos se sucedían unos á otros, con sendas partidas para personal y con ínfimas dedicaciones á material; poco á instrucción pública y menos á fomento de caminos vecinales, carreteras, puentes, telégrafos y ferro-carriles.

El disgusto entre todos, era general.

La altanería peninsular, insufrible y de todo ello, nació primero la conspiración; luego el bandolerismo y por último las guerras, que dieron al traste con todo, incluso con el oro, la sangre y el honor de la Pátria.

Nuestros hombres de gobierno, cuyo talento no hemos podido comprender más que en la oratoria y en el encumbramiento individual y propio, no han sabido dirigir el fomento de nuestro imperio colonial y hasta pretendieron echar la culpa, de ello, á los Gobernadores generales, que no eran más que un fonógrafo, para repetir lo que ellos querían, cuyos cilindros se remitían por el correo nacional; y si lo impresionado era de alta novedad, entonces la remisión se hacía por la Unión postal, para que llegasen más pronto á encajar y rotar en la máquina, hija de Edisson, que dicho sea de paso parecía hecha por arte diabólico ó de encantamiento, segun dice un portugués, amigo mío.

Los políticos de España, cabezas hueras y parlantes, sin iniciativas propias y en general, con un desconocimiento absoluto de lo que valían aquellas vastas tierras y de lo que necesitaban para la fructificación de la semilla del progreso y del contento general, legislaban á mil quinientas leguas de distancia y sin darse cuenta, hacían y siguieron haciendo el «callo gordo» á otra raza más potente y más práctica que la nuestra, por todos conceptos. Los políticos españoles eran, entonces, la genuina representación de la tontería y del quijotismo. Los nuevos co-propietarios indirectos de aquella isla, son la mismísima encarnación de lo práctico, de lo útil y del sentido común.

A todo esto, nuestros políticos, me dirán:

—¡Muchas gracias! ¡A Dios tá! Como dijo Bonafoux en cierta ocasión.

Pero los yanquees también dirán:

—All riglet! Thank yon!

Y á éstas contesto:

—Not at toll, my friends. ¡Se lo han ganado Vdes. por los propios puños de los políticos españoles!

Los Gobernadores Generales, en Cuba, con el doble carácter militar, luchaban lo indecible por ser útiles á su pátria; pero nada bueno conseguían.

Algunos secretarios del Gobierno General; otros, jefes de sección ó negociado; varios de Hacienda y hasta algunos tambien de los de Justicia, se «colaban de rondón» en sendos chanchullos, cuando podían y se les presentaba ocasión oportuna.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Que, ¿dónde están las pruebas?

En sus propias conciencias y en la convicción moral de los que les conocían; convicción tanto más arraigada, cuanto más lucían aquellos *caballeros* en paseos, teatros y viajes, hasta por el extranjero, salvo como siempre honrosísimas excepciones, que en Cuba no podían ni variar de traje, dadas sus respectivas idiosincracias, «rara avis in Hispania».

Por aquellas, las otras y estas razones, Cuba sufría las consecuencias y se la detenía en el camino del progreso, de la ilustración y de la libertad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

2.ª PARTE

Españolismo antillano

El día 10 de Agosto de 1886, embarqué en Cádiz á bordo del *Veracruz* con rumbo á Cuba y entre los viajeros conocí á D. Rafael Montoro, á D. Rafael Fernández de Castro y á D. Miguel Figueroa, diputados á Cortes por Cuba, autonomistas porque no podían ser diputados separatistas, los cuales, terminada la legislatura de aquel año, regresaban á su país natal.

Montoro, estadista, hombre reposado, gran orador y afable en su trato. Fernández de Castro, aunque muy ilustrado, cortés y de fácil y reposada palabra, algo enfática, se oía á sí mismo y olía á perfumería. Figueroa, fogoso en el decir, braceaba al accionar, abría mucho los ojos, apretaba dientes y manos con frecuencia, por su propia nerviosidad y menos prudente que sus dos compañeros, *enseñaba la oreja* del separatismo y se *traslucía* bajo los rayos équis de Cuba libre; pero los tres eran cubanos «enragés», como yo lo hubiera sido, si hubiera nacido en Cuba.

Llegados á Puerto Rico, subió á bordo una comisión *autonomista* cuyo presidente después que cesaron los ecos de una marcha india, ejecutada por una música de negros y mulatos de aquel país, que estaban en dos botes, junto al vapor, *espetó* un discurso de felicitación y bien venida á los diputados y entreotras cosas, inconvenientes, por frases gruesas y hasta subversivas, en aquel entonces, por cierto muy mal coordinadas, dijo:

«Cuba y Puerto Rico no necesitan de España para nada, porque se bastan así propias y creo ha llegado el tiempo de hacer una demostración de fuerzas, para romper las cadenas de la esclavitud.»

¡Así, como suena!

Esta escena, ocurrió sobre la cubierta del buque.

A la derecha de Montoro estaba Figueroa, á la izquierda Fernández de Castro; detrás de éstos los viajeros y á la izquierda de F. de Castro, un servidor de usted.

Fué tal el coraje que me dió, al oir *ladrar* contra España al borinqueño-presidente de aquella comisión, que estuve á punto de haberle cruzado el rostro, en nombre de mi pátria; pero la prudencia, pudo más que la indignación en aquel momento y como se oyera cierto murmullo; entre los españoles que allí estábamos, el Sr. Montoro estuvo al *quite* muy bien,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pues tomó la palabra en el acto, y dando prueba de su diplomacia y sensatez, contestó entre otras cosas, que Cuba y Puerto Rico necesitaban aún de España para educarse y desarrollarse y que cuando estuvieran bien preparadas para una vida independiente, entonces y solo entonces, se solicitaría de España una Autonomía bien entendida y conveniente, para Cuba, Puerto Rico y para España.

Una salva de bravos y de aplausos acogieron las frases de Montoro, que disiparon en parte,el mal efecto que con las suyas, pronunció aquel comisionado y apabullado autonomista *borrín-queño*.

Al arribar á la Habana, me despedí de los tres diputados, que se ofrecieron y demostraron deseos de cultivar mi amistad.

A los pocos días fuí nombrado secretario de la Comandancia militar de Remedios y cuando menos me acordaba de mis diputados, se presentaron en aquella ciudad Fernández de Castro y Figueroa, en excursión política *autonomista* y como era amigo particular de ellos, fuí á visitarles. Me recibió F. de Castro, que se hallaba rodeado de autonomistas y separatistas, «tonts ensambles»: hizo mi presentación y me dijo que Figueroa estaba en cama, algo enfermo y habiendo demostrado deseos de saludarle, pasé á una alcoba, sobre cuya cama estaba *mi amigo* que sabía mis servicios en la primera guerra de aquel bello país y cuya medalla ostentaba. Al verme Figueroa, al que hacían compañía varios cubanos, no pudo reprimir su contrariedad y disgusto, por mi presencia ante los enemigos de la pátria, lo cual observado por mí, con indignación, hice un mohín de desprecio á Figueroa, por no haber apreciado en lo que valía el acto que realizaba en su obsequio, y aunque luego me brindaron asiento, salí de aquel local sin darle la mano, y haciendo una cortesía á los que se hallaban en el salón, me puse en la calle sin decir *oste ni moste*.

Como era natural, aquellos cubanos comentaron el caso á sus anchas y Fernández de Castro, más sensato que su compañero, vino enseguida á mi casa, dándome toda clase de excusas y diciendo que Figueroa tenía en aquel momento *un dolor de estómago muy fuerte* y que había sentido mucho mi salida de la alcoba tan rápida como inesperada.

El caso fué que se dijeron para su coleto:

—¡Este oficial nos ha conocido!

—¡Y tanto! Me dije para el mío.

Figueroa falleció antes de la última guerra, y Fernando de Castro, un día del año 1897, se permitió recomendarme al mismísimo General en Jefe, por mis servicios de guerra en la provincia de la Habana, en cuya Zona de operaciones tenía dos Ingenios de azúcar y en donde tuve la suerte de batir á los insurrectos amigos de él, que por allí había.

¡Es el colmo de la diplomacia!

Con este sistema, se diría á sí mismo:

«Weyler, verá que al recomendarle un jefe que tan á menudo se bate, no puede hacerme sospechoso.»

Y no pensó mal mi hombre; el fin justifica los medios; pero parece que el General Weyler no hizo caso de tal recomendación, si tenemos en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuenta que todo el mando de este General en la campaña de Cuba, lo pasé de Comandante al frente de los Batallones de Guadalajara, 1.º de Cuba y Lealtad, sin obtener ascenso alguno, sin embargo de mis constantes operaciones, combates y una herida de bala en la pierna izquierda.

Terminada la dominación española en Cuba, escribí dos veces á Fernández de Castro y todovía estoy esperando la contestación.

¿Qué t-a-l-tal?

¿Tenía buena vista en 1886 para conocer aquellos cubanos *españoles*?

Los sucesos posteriores me dieron la razón.

¡Oh! Si los gobiernos españoles hubieran visto, como veíamos las cosas los buenos españoles que allí estábamos, ¡otro gallo cantara hoy á España todavía!

Sobre Aduanas

Las de Habana, Matanzas, Cienfuegos, Caibarien, Nuevitas, Manzanillo, Gibara y Santiago de Cuba, eran las que tenían más movimiento de importación y exportación.

Con el oro que ha entrado en aquellas aduanas, anualmente, había más que suficiente para cubrir el gasto total de los presupuestos de Cuba y sin embargo, Tesorería no ingresaba igual cantidad para pagar los libramientos correspondientes.

Que, ¿en que consistía tal diferencia?

Algunos de los empleados que se nombraban por el Ministerio de Ultramar, se decía que tenían que pagar su credencial con la mitad del sueldo que se les asignaba, por lo menos. Así es que á aquellos empleados, se les autorizaba, implícitamente, para buscarse el otro medio sueldo, que con pretexto de asignación á sus familias, consignaban tambien á otro individuo en Madrid.

Al efecto, las irregularidades eran constantes desde la declaración de la mercancía, no solo en la clase correspondiente, sino tambien en el peso y número de bultos; así es, que, al correrse las hojas de adeudo y reintegro, se liquidaban segun inteligencia de los vistos con el importador y demás atlátres interventores de cada operación, llegándose hasta el más inaudito extremo de engañarse los empleados, unos á otros, en la declaración, exámen é intervención y produciéndose á veces tales disgustos, que trascendían al público, que á su vez se encogía de hombros, aunque en tertulias, círculos y cafés, se sabían todos aquellos ágios, por los mismos comerciantes que estafaban al Estado y por los empleados que se denunciaban á sí mismo, con el lujo que gastaban constantemente en ropas, alhajas, coches, teatros, cenas, excursiones, mujeres y boato en las casas que habitaban, cuyos gastos no eran ni con mucho lo que irregularizaban, por que, además giraban fondos á sus casas y cuando las sumas eran de consideración, entonces los giros los hacían á París y New-Yorck ó Londres.

No crea el lector que todo esto es una exajeración, nó; pues hemos visto á varios empleados que no se han ocultado al derrochar el dinero,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hasta con escándalo público y debían estar tan *agarrados* en Madrid, por altas protecciones, que los jefes políticos y hasta las autoridades, no se atrevían á denunciar hechos tan públicos como escandalosos.

Hemos visto en un teatro á cierto empleado de Aduanas, que desde el palco procenio, tiraba á la tiple sendas alhajas y palomas con cintas engarzadas de piedras preciosas.

Otro pretendió dar un baile en el Casino Español, pagando todos los gastos, y ante tal escándalo, nadie aceptó la invitación.

Un tercero causaba náuseas, al verle pasear al lado de una «cocót» en lujosa carretela, por las calles y paseos más concurridos de la Habana.

Otros más cándidos y viciosos, perdían en el juego lo que robaban á su pátria.

Hemos conocido á uno (de vista) que fué administrador de una Aduana en su viaje de retorno á España, ocupando camarote de 1.ª, le acompañaba una dama jóven y hermosa, que quizás fuese su mujer y para alimentarla, durante la travesía, por que siempre estaba mareada y lánguida, le daba yemas ¿al jerez? ¡nó, vive Dios! ¡Al champagne! Para cada vez se destapaba una botella de la «Viuda» y como las tomaba cada dos horas, figúrese el lector la cuenta que pagaría al llegar á España. La dama en cuestión, que se vestía dos ó tres veces al día, con trajes variados, llevaba un lujo soberbio y más alhajas que tiene un escaparate de Ansorena, haciendo pandant, muy bien el afortunado administrador, que para dar las propinas á los camareros soltaba centenes como si fuera *perros chicos*. A todo esto, yo que iba á bordo, observándolo todo, estaba indignado y me decía:

—Pero señor, ¿cómo este hombre no oculta esas riquezas, tan mal adquiridas? ¿cómo un tipo tan ordinario ha tenido talento para robar á mansalva y sin responsabilidad? ¿Para quién son los presidios?

Conocí á otro Administrador de Aduanas, que aunque fué procesado por un alijo de contrabando, no le resultó nada, habiéndole visto más tarde en Madrid, usando mucho lujo y sendos brillantes en dedos, pechera y puños, le dije:

—¡Hola amigo! ¡cómo se luce V. por estos Madriles!

Y contestó:

—¡Esto no es más que una muestra del antiguo explendor!

¡Así; dicho hasta con sentimiento de no poder clavar las garras de cuervo en otra Aduana!

En fin. ¿A qué continuar con más casos verídicos?

Todo el que ha estado en Cuba algun tiempo, sabe los robos escandalosos que se han cometido en Aduanas, mermando los fondos y recursos del Estado, hasta tal extremo, que los Generales Marin y Salamanca, dieron dos golpes de efecto en la Aduana de la Habana, sin conseguir más que el escándalo y por ende, la confirmación oficial de lo que el público comentaba con indignación.

Con tales escándalos que venían dándose desde tiempo inmemorial ¿cómo no había de perderse en su día la Isla de Cuba?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿Cree el lector que nuestros Gobiernos se inquietaban por ello?, ¡cá hombre, cá!

¡Nuestros Gobiernos estaban á 1500 leguas y se sonreían cuando se les hablaba de tales irregularidades! ¡Creerían sin duda, que todo eran exajeraciones!

Y así corría la bola.

Nada diremos de los sendos giros de Cuba á Madrid, á la orden de varios prohombres de la política, por que más que nosotros, han escrito los rotativos y los banqueros en sus columnas y libros respectivamente, que hablan con bastante elocuencia.

Choses d' Espagne!

¡Más millones!

La Hacienda de Cuba y la Junta de la Deuda, que allí había, eran, en general, un «tutum revolutum» que á muchos *moralistas* administrativos y á algunos prohombres de la política aquélla, no convenía poner en claro, por que á rio revuelto, ganancia de... lo que sea.

Llegaban empleados, muertos de hambre, por la cesantía. Tomaban posesión de sus cargos y al principio, aunque en sus mentes bullía constante la idea salvadora de la miseria, no veían más que la nebulosa envolvente de legajos, colocados correctamente en sendas estanterías.

En aquellas oficinas, como en otras muchas, no faltaba un empleado más ó menos antiguo que conocía hasta el color de los ratones y cucarachas del archivo antiguo y moderno, y por lo tanto hasta el de la cinta que ataba tal ó cual expediente, que como esponja húmeda era fácil de esprimir con un par de informes y un decreto. Después pasaban el expediente á caja, en cuyos libros se anotaban la salida correspondientes mediante las quintuplicadas facturas del caso.

Tal empleado, para ello, procuraba captarse las simpatías del que podía mover y levantar la liebre, presentándole la cacería con todo género de las facilidades de tan útil y seguro sports, pues hasta se encargaba de explorar el terreno, buscar el rastro y preparar los cazadores y hasta los avíos de caza, para no errar el tiro, coger la pieza y enviarla al restaurant El Louvre, para rociarla con champagne, entre la general alegría de los cazadores á lo Oteira.

¡Y hubo allí tantos Oteiras!

Al poco tiempo de estas cacerías y con las alforjas bien llenas de piezas, se hastiaban de los puestos que ocupaban y pretextando cualquier cosa, subían al trasatlántico ¿con un baul cómo cuando fueron? con seis baules y tres maletas: bien vestidos, con su «picnick-hat», guantes de viaje ¡y hasta «guarda-polvo» para viajar por mar! Había que verles desembarcar y alojarse en el mejor hotel y seguir el viaje en Slesping-car; comían en el Dining-car y leían en el Rewding-car y si no tomaban otros cars, era porque el Express, no los tenía enganchados en la máquina del tren.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Ah! ¡Si los maquinistas de los trenes hubieran sido anarquistas y hubieran descarrilado en Despeñaperros á tales urracas nacionales, hasta hubiera visto entonces con verdadera simpatía la idea anarquista! ¿Para cuando se han creado esos ácratas? Entiendo que en casos como estos.

Mas, sigamos hasta su Madrid á nuestros Oteiras.

Después de instalados en sus casas, que por cierto no eran las de 50 pesetas al mes, que antes habitaban, salían á la calle y sus primeras visitas eran al sombrerero, al sastre, al zapatero, al inglés ó ingleses, para liquidar, al camisero y hasta al joyero y claro: aquel día no podía almorzar en casa, por las muchas *ocupaciones* y lo efectuaban en Fornos y hasta en Lhardy.

A los pocos días, flamantemente vestidos, visitaban al Ministro de Ultramar, apretando manos á este y al otro, mirando con indiferencia á los demás, hablando pestes de Cuba, del clima, costumbres de los cubanos y hasta de las liebres que habían cazado.

Si el calcetín traído de allende los mares, estaba bien repleto, hacían política para recabar otro puesto en armonía con sus respectivas inclinaciones y si por el contrario, las piezas cobradas no eran muchas, entonces repasaban los avíos de caza para recorrer los cotos del Oriente, ya que en los del Occidente les habían conocido.

Esto ha ocurrido en España muchos años y entre los españoles que allí estuvieron se conocen á los cazadores de marras y hasta el color y número de las liebres que levantaron.

Así, pues, no es extraño que los *conejos* cubanos aborreciesen á España y á los cazadores españoles.

¡Bien lo hemos merecido!

¡¡Bien!! ¡¡Bien!!

Creemos cumplir con nuestro deber como españoles, poniendo ante la faz y consideración del país, las llagas que han gangrenado el cuerpo de los territorios de España, sin que los *médicos* nacionales hayan sabido detener el mal, por lo que otros *médicos* extranjeros, se vieron en la necesidad de hacer dolorosas amputaciones, para desmembrar la putridéz que nosotros, políticos, gobernantes, militares, empleados, clero y pueblo, no hemos sabido conservar en buen estado *patológico*, por falta de valor y civismo y sobra de complacencias mal entendidas.

¡Pobre pátria!

«Entre todos la matamos,
y ella sola se murió.»
¡Todos, todos pusimos las manos,
cual unos viles villanos.

El Batallón 2.° Peninsular

En Marzo de 1895 me ofrecí voluntario para la tercera guerra de Cuba y destinado al 2.° Batallón Peninsular, salí de Cádiz el 8 de Marzo á bordo del *Santo Domingo*, sufriendo horroroso temporal los días 9, 10 y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

11, temporal que hundió en el mar al Crucero español *Reina Regente*, segun nos dijeron al llegar á Puerto Rico, donde salió el Capitán General D. Antonio Daban en buque de guerra, vitoreando á España y á Cuba española.

El mismo día seguimos hacia Santiago de Cuba, cuya tierra pisamos el 22 de Marzo.

Se armó y equipó al batallón y el 25, por ferro-carril nos transportaron á S. Luis y al siguiente día empezaron las operaciones sobre Baire, Los Negros, Luisa, Bueycito, Bayamo y demás puntos de las estribaciones de Sierra Maestra, en busca de los sublevados de Baire.

El jefe del batallón me dió el mando de la 6.ª compañía y de la de tiradores á vanguardia de la columna, formada ésta de tres oficiales y 70 individuos de tropa. Los oficiales eran los Tenientes La Torre, Tourné y Preciós, que mandaban cada uno una sección de 20 hombres y el sargento Canales una escuadra de 10. Con esta compañía de soldados instruídos y valientes, se empezaron casi todos los combates que tuvo el batallón.

Despues de recorrer constantemente aquel territorio Oriental, en persecución de los insurrectos que huían de nosotros, tuvimos, al fin, un lijero tiroteo en el paso del rio Babatraba, que atraviesa las sabanas de Peralejo entre Bueycito y Bayamo, resultando herido mi corneta de órdenes en el brazo izquierdo y sin embargo del avance y persecución que hice, no se vió ni la sombra de un hombre, pues el enemigo huyó ante el nutrido fuego de una sección que protegió mi avance.

Al día siguiente, (12 Abril 95) fuimos sobre el poblado de Baire y al estar cerca de él me avisaron que había gente armada en constante movimiento de ir y venir. Entonces, en la creencia que se trataba de insurrectos, avisé al jefe y entre tanto dispuse que una sección por cada flanco envolviesen el pueblo y con el resto de mi vanguardia por el centro, avanzamos resueltamente sin hacer fuego hasta que el enemigo lo rompiese. Esta fué nuestra suerte, porque al entrar en la plaza del pueblo cada fuerza por lado distinto, encontramos al *enemigo* representado por el General D. Jorge Sarrich y el Capitán de E. M. González Selpi, que con fuerzas de caballería, acababan de llegar tambien y por lo tanto, *todavía* no habían establecido servicio de seguridad, por cuanto que nadie nos detuvo en nuestro avance envolvente y eso que entramos por diferentes puntos, como lo vió el General, á quien por otra parte, gustó mucho el espíritu que animaba á mis soldados.

El Marqués de Bueycito

El día 14 de Abril de 1895, el Teniente Coronel de mi Batallón ordenó que con los tiradores y mi compañía, fuese á Bueycito, desde Babatuba (dos leguas) para tomar noticias sobre el enemigo y sobre el resultado que éste tuvo en el combate del día once. Añadió, el jefe, que me esperaba en la Cuava, (cuatro leguas de Bueycito).

Organicé la columna así: de punta ó extrema vanguardia al sargento

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Canales con diez soldados; de vanguardia al Teniente La Torre con su sección; de retaguardia, al Teniente Preciós con la suya; el resto de la fuerza dividida tambien en secciones de centro detrás de mí y á mis lados, un poco atrás el asistente y el cornetín de orden.

Para aparentar que la columna tenía más fuerza, dispuse que la distancia entre las diferentes secciones, fuera de cincuenta pasos y que los oficiales tuvieran mucho cuidado, pues que las partidas que había por allí, eran unas de 500 hombres y otras de mil y el terreno á cruzar, de prado ó sabana y de bosques después, en cuya mitad cruzaba el río Jó.

Emprendida la marcha por la sabana de Peralejo (célebre despues, por el aprieto en que se vió el General Martinez-Campos), se cruzó el río Jó, de 40 metros de ancho y con agua hasta la cintura y á la media hora más, entramos en el pueblo de Bueycito.

En el acto, establecí el servicio de seguridad; dispuse hacer un rancho para la tropa y una comida para los oficiales, en la única tienda que allí había, pues mi jefe considerando corta la operación, me mandó sin acémilas, botiquín, camillas ni municiones de reserva; mas, dadas las dos leguas andadas y las cuatro largas á recorrer, para reunirme al batallón en la Cuava, convenía que los oficiales y los soldados estuviesen alimentados.

Después me dediqué á tomar noticias del enemigo, observando no obstante, la actitud y cariz de la gente del pueblo, obteniendo en consecuencia noticias que el cabecilla Rabí con unos mil hombres, estaba cerca del pueblo; que en el combate del día once, el enemigo tuvo un muerto y tres heridos y que la actitud de aquellos habitantes, era espectante y al parecer pacífica.

Comido el rancho, á las cuatro de la tarde, concentré la columna y rompí la marcha para regresar al campamento; pero aún no habíamos recorrido el primer kilómetro, sonaron una descarga y varios disparos por retaguardia, cuyas balas altas oimos sobre nosotros, como echándonos á puntapiés del pueblo.

Y como de aquella manera ignominiosa no podía retirarme con honor, ordené al cornetín que tocase media vuelta y fagina, para desplegar la fuerza que resultó en vanguardia; que la sección del Teniente La Torre envolviese el pueblo por la derecha y que todos entrásemos otra vez en el pueblo á la carrera, para tomar posiciones y atacar si había enemigo, todo lo cual se verificó en un momento; mas como los que hicieron fuego á traición, ya no estaban allí, no quise marcharme vergonzosamente y mandé registrar todas las casas del pueblo, sin encontrar jente armada ni armas.

Al poco rato y desde un bosque próximo, el enemigo rompió el fuego sobre el poblado y teniendo en cuenta, que no teníamos municiones de reserva, dispuse que unos cuantos tiradores de los mejores, contestasen haciendo buena puntería, tan buena, que el enemigo cesó el fuego á los pocos minutos.

La noche se venía encima y redoblando el servicio, me puse á *filosofar* sobre la situación de aquel momento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En esto se presentó un hombre peninsular, que había sido guardia civil y me dijo con mucho misterio, que los insurrectos se estaban reuniendo para atacarme y tomar el poblado con más de mil hombres, hacernos prisioneros y desarmarnos.

Como ya sabe el lector que en aquel día no teníamos municiones de reserva, botiquín ni camillas, el caso era sério, y entonces llamé á los oficiales y les dije:

—Señores; tengo noticias fidedignas, que el enemigo se está reuniendo para atacarnos esta noche, porque sin duda sabe, que no tenemos municiones de reserva. Voy á mandar aviso al jefe, que llevará un hombre montado, para que venga enseguida y mientras tanto, cada uno de ustedes, defenderá su puesto á toda costa, procurando no hacer fuego más que á quema ropa; es decir, cuando el enemigo venga al asalto, decididamente.

Enseguida llamé al ex-guardia civil y ofreciéndole diez centenes para ir á la Cuava, aceptó y salió; mas á los diez minutos volvió diciendo, que había intentado salir por tres puntos distintos y que estando ocupadas por los insurrectos, era imposible ir á la Cuava.

En el acto fuí á la tienda donde nos hicieron la comida y pedí un hombre montado para llevar un recado á mi campamento. Presentado el hombre, que era un negro, le ofrecí veinte centenes y una recompensa del General en jefe. Salió y á la media hora volvió más muerto que vivo, diciéndome:

—Mire niño; no se *puée salí póque* hay mucha jente por *toitas pates*. Tenga *cuidao* niño, *pó* que yo *vito* mucho *surreto*.

Entonces, que ya eran las ocho de la noche, llamé á todos los oficiales y exponiéndole el estado de la situación, les indiqué podíamos tomar una de las tres determinaciones siguientes:

1.ª Resistir en el pueblo el ataque del enemigo y rechazarle.

2.ª En caso de no ser atacados, salir al amanecer en su busca y batirle.

3.ª Mediante una estratajema que tenía estudiada, salir en aquella noche hacia nuestro campamento, hubiera ó no hubiera enemigo.

Los oficiales indecisos, permanecieron mudos y solo el Teniente Tourné, dijo:

—Se hará lo que V. mande.

Y contesté:

—Eso ya lo sé; pero á fin de que nunca pueda decirse si resolví el asunto bien ó mal, ó que si hice más ó menos de lo necesario, quería oir la opinión de cada uno, por cierto muy respetable para mí.

Después de ligera discusión y teniendo presente la falta de municiones de reserva, para resistir un ataque ó sostener uno ó más combates, se optó por la salida en aquella noche, mediante mi estratajema.

Esta consistió en hablar con el dueño de la tienda en vez bastante alta para que oyesen varios paisanos que había en ella, (espías) observándolo todo y entonces, dije al tendero:

«Tengo noticias que el enemigo está muy cerca del pueblo, por lo cual saldré á media noche para hacer un recorrido al rededor y rechazarle, si

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

se atreve á esperarme; después daré fuego á todo el pueblo y al amanecer me iré hacia Veguitas (pueblo opuesto al camino de mi campamento). ¡Ya verá V. (añadí) el empujón que voy á dar á esa jente!».

Los paisanos que estaban en aquella tienda, fueron desfilando uno á uno y entonces, me dije:

—Estos van á dar el aviso y ¡Vive Dios!... que me van á prestar un buen servicio.

A las tres horas, ó sea á las 11 y media de aquella noche, reuní la tropa, dí instrucciones á los oficiales, muy precisas, y salí hacia el río Jó, que cruzamos sin novedad; dejé el camino real y atravesando las Sabanas de Solís, me puse como á unas dos leguas de mi campamento y al mismo tiempo oímos nutrido tiroteo y descargas lejanas, por nuestra retaguardia y hacia el pueblo que habíamos dejado; detuve la marcha para reconcentrar la columna, llamé al práctico que se llamaba Pancho Dieguez y le dije:

—Oyes Pancho; ese tiroteo ¿es en Bueycito?

—Sí, señor, contestó y añadí:

—¿Luego nos están atacando, creyéndonos aun en el pueblo?

—Sin duda alguna.

—Pues ahí me las den todas; adelante.

A las cuatro de la mañana llegué al campamento y nos recibieron con gran alegría, pues aseguraban mal resultado en vista de tanta tardanza.

Enterado de todo, mi jefe, aprobó lo hecho y no pudo ir á batir á aquel enemigo, como le propuse por que tenía orden de marchar sobre Bayamo al amanecer de aquel día.

Algunos compañeros, poco justicieros por cierto, me aplicaron el título de *Marqués de Bueycito* que acepté con mucho gusto y en broma les rogué jestionasen el pergamino.

A los pocos días, la columna acampó en el célebre Bueycito; nos confirmaron los planes y ataque al pueblo por el enemigo, creyéndonos aun en él y del mal humor que tenían los insurrectos al día siguiente de mi *evaporación*, por que dijeron que el Capitancito español les había engañado como á unos *chinos*.

El Andarín

Estando el 2.° Batallón Peninsular en San Luis (Santiago de Cuba), mi jefe recibió la orden de ir á Ramón de las Yaguas (25 leguas al Este) donde el teniente Gallego con su destamento, se había rendido á los insurrectos, con armas y municiones y además que el Comandante Tejeiro, con su columna, estaba copado por el enemigo en aquel punto.

Embarcó el Batallón en el ferro-carril hasta Acuaya y á pié, por Ti-Arriba, seguimos á Ramón de las Yaguas, sin la impedimenta que quedó en Songo, pues solo llevábamos las acémilas de municiones, camillas y botiquín, y los soldados dos días de ración en sus morrales, compuestas de galleta y latas de sardinas

Rebasado el pueblo de Ti-Arriba, totalmente abandonado por sus ha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bitantes, venía un niño por el camino y al preguntarle si había visto gente, con toda su inocencia, contestó:

—Ahí, en el paso del río, están los *surretos acostaos* y con las escopetas en la mano, *aguaitando* (mirando el camino).

Entonces dispuse reforzar los flanqueos por ambos lados y avisar al jefe la proximidad del enemigo.

El teniente Latorre se encargó del flanco izquierdo y Preciós del derecho, dándoles tiempo para que si el enemigo me esperaba en aquel próximo paso del río, pudiesen envolverle ó levantar la emboscada.

Los insurrectos al ver que operábamos como soldados instruídos y no como borregos en manada, levantaron el campo.

A todo esto y ante el natural deseo de auxiliar á la columna Tejeiro, seguíamos la marcha sin descansar un momento y la noche se apareció con un manto azul obscuro salpicado de estrellas, sin luna y acompañada de olorosa y suave brisa primaveral.

El camino era de vereda tortuosa y accidentada, con maniguas á los dos lados; el silencio sepulcral y podía decirse que todo dormía allí, todo menos nosotros.

Al fijarme en el suelo oscuro, sobre mi derecha, ví entre unas matas un sombrero de jipijapa y á mi asistente, dije:

—¡José! ¡coge ese sombrero!

El muchacho obediente, se inclinó para cogerlo y de repente dió un salto atrás, soltando una exclamación y diciendo:

—¡Ahí hay un muerto!

—Pues mira quien es; le contesté á media voz.

—¡Es un soldado!

—Mírale el cuello de la guerrera á ver si tiene número; toma cerillas.

—¡Tiene el número 65! dijo.

—Bien, adelante y añadí:

Luego el número 65 es el regimiento de Cuba ó la columna del Comandante Tejeiro.

¿Qué habrá pasado aquí, continué diciéndome para que ese muerto no lo hayan recogido ó enterrado?

De la pequeña vanguardia que me precedía, llegaron varias voces que oí muy bien; unos decían, aquí hay un muerto; otros, aquí cuatro, aquí tres, etc. y entonces grité:

—¡¡Silencio y adelante!! ¡de poco se asustan ustedes!

Y la verdad, que como se trataba de muertos con cuya presencia no contábamos, se ponían á uno los pelos de punta.

Al poco rato y hácia nuestra derecha se destacó la silueta de una casa, por cuya puerta brillaba un rayo de luz.

—Donde hay luz, suele haber jente, pensé.

Dispuse que el sargento Canales y varios soldados reconociesen la casa y al poco rato bajó con un paisano de edad avanzada, quien sombrero en mano, manifestó que había recogido y hecho la primera cura á un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

paisano y á un soldado español que estaban heridos de bala en el *jaleo* (combate) que hubo dos días antes.

En aquel momento un individuo se agarró á mi pierna derecha y la brida de mi caballo, suplicándome que no le dejase allí. Era un soldado.

—Sí hombre, sí; ven conmigo á mi lado, le dije.

Y dirigiéndome al paisano, le manifesté que me llevaba al español, y por haber salvado á éste, le dejaba al cubano como recompensa á su buen comportamiento.

Seguí hasta Ramón de las Yaguas, que estaba próximo de aquel punto y acabando de arder.

Creyendo que la columna seguía cerca, me encontré con mi vanguardia solamente, porque la columna había quedado muy atrás descansando.

Entonces como no había enemigo ni campamento español y creyendo entonces que la columna Tejeiro estaría por aquellos sitios, con sus heridos, ordené al corneta tocar atención, batallón y mesa, que era nuestra contraseña.

Dado el toque ¡contestó el eco solamente! ¡la onda sonora rechazada por los rincones de aquella cordillera de montañas, en forma de anfiteatro, fué la única que nos contestó!

Repetido el toque hasta tres veces, ¡solamente el eco respondió, como burlándose de nosotros! ¡nada! ¡el mismo silencio que reina en los cementerios!

En su vista, opiné que el Comandante Tejeiro se había retirado sin recoger sus muertos ó había sido copado por el enemigo. En uno ó en otro caso, la victoria fué de los cubanos.

Por fin llegó mi jefe y puesto en antecedentes, dispuso pernoctar sobre el propio camino.

La del alba sería cuando visité á mi jefe para proponerle el reconocimiento del terreno donde habíamos visto los muertos del Regimiento de Cuba, lo cual no se verificó, porque *parecía tener mucha prisa en regresar*; así es que no supimos el número de muertos que por allí había, ni si algún herido necesitaba auxilio, como tampoco, si por aquellas inmediaciones había fusiles y objetos que recoger, de los que perdieron el teniente Gallego y la columna del Regimiento de Cuba.

El teniente Gallego, que fué fusilado en Cuba, estuvo muy bien fusilado, porque el oficial que entrega su puesto, sin haber llevado la defensa hasta el heroismo ó se deja sorprender en campaña, por falta de celo y vigilancia, merece la última pena. ¡Así lo exige la disciplina militar y el honor de las armas!

Ignoro el parte que de esta operación se daría. Lo único que supimos fué, que el General en Jefe nos dió las gracias por cable, por la brillante y rápida jornada que hicimos á Ramón de las Yaguas y regreso, por lo que sin saber tampoco de donde salió la nueva, quedó al Batallón el sobrenombre de «El Andarín».

Más tarde supimos que el enemigo fué avisado de nuestra salida en socorro del Comandante Tejeiro, quien al verse libre de insurrectos, ini-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ció la retirada sobre Santiago de Cuba con pérdidas de importancia en hombres y en armas, cuya derrota se debió en parte á la confianza y poco cuidado de algunas autoridades, que disponían la salida de columnas poco numerosas é insuficientes, para determinadas operaciones de guerra.

Muerte de José Martí

En 15 de Mayo de 1895, correspondía á mi Batallón llevar un convoy de municiones de boca y guerra á los destacamentos de Remanganaguas y Ventas de Casanova (Oriente) y como el jefe no disponía entonces más que *de unos 500 hombres*, pidió refuerzos al General Salcedo, diciéndole que el cabecilla Rabí con una partida muy numerosa, se proponía copar el convoy.

El General, en su vista, dispuso que el Coronel D. José X. de Sandoval, con 600 hombres, reforzase su columna con mi Batallón y llevase el consabido convoy. Dicho Coronel á su llegada á Palma Soriano, me llamó á su tienda de campaña, que tenía emplazada en la del pueblo, y me dijo:

—¿Qué hay del enemigo, Serra?

—Pues que trata de impedir el paso del convoy, en Arroyo-Blanco, Juan-Varón ó Palo-Picado, que son los puntos más á propósito para ello; pero como no conviene pasar por donde el enemigo quiera, sino por donde más nos convenga á nosotros, sé otro camino que nos llevará por su retaguardia á Palo-Picado, muy cerca de Remanganaguas y como mando la compañía de tiradores, mandaré también la vanguardia, si V. quiere.

—Muy bien, me contestó; así lo haremos.

Organizada la columna y el convoy, salimos por un camino que formaba un ligero arco, cuya cuerda era la carretera por donde el enemigo nos esperaba; así es que cuando éste se apercibió de nuestra marcha estratégica, tuvo que retirarse porque quedaba entre nosotros y un afluente del río Contramaestre.

Durante la operación, solo tuvimos ligeros tiroteos con grupos, sin importancia, por lo que salimos á Palo-Picado sin novedad y el convoy llegó completo á sus destinos.

Mi patrón del poblado de Palma Soriano, que tenía siempre muy buenas confidencias, y en ocasión de haberle invitado á comer en Ventas de Casanova, el 18 de Mayo de 1895, me dijo:

—Amigo Serra: Tengo muchas ganas que peguen ustedes una buena paliza á los insurrectos.

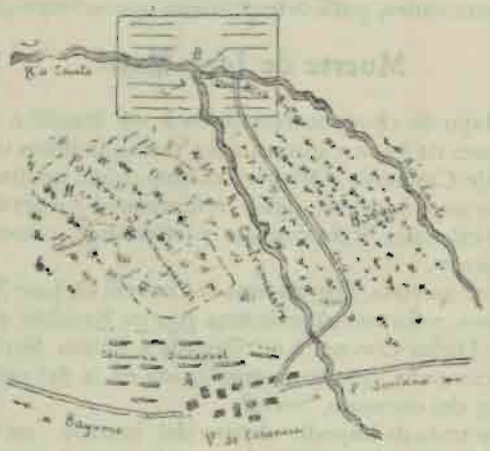
—Y yo también las tengo; contesté y añadí: ¿Sabe V. dónde están hoy?

—Sí señor, y en número increible. Unos 2.000 hombres, con *pájaros* gordos.

—¡Holá! dije admirado. Veámos.

Mi patrón sacó lápiz y papel de su cartera y trazó el cróquis siguiente:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



Distancia de A. B., cinco leguas.

Saqué á mi vez el mapa y confrontado, lo hallé con suficientes datos, por lo que fuí á la tienda de campaña del Coronel y le dije:

—Mi coronel: ¿quiere V. lucirse mañana? Me consta que hay enemigo reunido y sé donde está.

—¿En dónde? Preguntó.

—En Dos-Ríos; mire V. este cróquis.

Lo examinó detenidamente y despues de varias preguntas más, nos despedimos para descansar.

A las seis de la mañana del día 19 de Mayo de 1895, el Coronel Sandoval con su columna, salió de Ventas de Casanova hácia Dos-Ríos.

De extrema punta iba el Capitán D. Ubaldo Capár con 23 caballos del Regimiento de Hernán Cortés; á cien pasos mis setenta tiradores y á distancia de 400 ó 600 metros, el Coronel y la columna.

Serían ya como las nueve de la mañana, cuando vimos venir hacia nosotros un hombre montado, y al vernos trató de huir; mas los de á caballo le alcanzaron y detuvieron. Registrado aquel hombre llevaba unas monedas de oro y un papel que decía así:

«Al cantinero de Ventas de Casanova.

Tengo entendido que vende V. muy caro á las tropas cubanas; dígame si quiere ser cantinero español ó cubano para determinar.—Máximo Gómez.»

Preguntado el individuo, dijo que en Dos-Rios había mucha gente y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que estaba Máximo Gómez, Martí, Borrero, José Maceo, Rabí, Ríos, Massó y otros caballeros cubanos.

El Capitán Capár llevó el hombre y el papel al Coronel, quien enterado de todo, dispuso seguir la marcha.

A las once y media llegamos á la sabana de La Bija, en cuyo fondo y junto á una cerca, había una avanzada de caballería cubana, que cambió unos cuantos disparos con nuestros ginetes de Cortés y que apoyados por mis tiradores, corrieron y corrimos hacia la cerca donde estaba el enemigo, que huyó. Como el terreno al frente era bastante enmaniguado y al mirar á retaguardia no se veía la columna, hice alto y tomé disposiciones de combate para esperar, porque á la derecha había un bosque y á la izquierda corría el río Contramaestre, cuyas laderas eran de gran arboleda.

Por fin apareció el Coronel, que razonando muy bien, dijo:

«Son las doce; la fuerza necesita descansar y comer. A la una seguiremos la marcha; á las dos empezará el combate y luego acamparemos donde se pueda.»

—Serra; mande V. los tiradores á sus compañías y tome el mando de la suya, acampándola junto al río; que hagan un rancho ligero y que haya mucha vigilancia.

—Mire V. mi coronel que el enemigo está más cerca de lo que V. se figura y se puede marchar ó venir hacia nosotros.

—¡Cá, hombre, no hay cuidado! Contestó.

—Está bien y á la orden.

Dispuso el coronel la forma del campamento y mientras tanto, dije á mi compañía:

—Es muy fácil que antes de cinco minutos se oiga mucho fuego y gran vocerío. Al primer tiro á formar. Que distribuyan un trago de rom á la tropa y que coman galleta y carne cocida, pues creo que no habrá tiempo para más.

El asistente nos sirvió á los oficiales un rom-cock-tel y no bien lo había bebido, sonaron tiros y gritos por mi derecha.

Dí la voz de á formar en columna de compañía y al paso lijero llegué al sitio del peligro, donde encontré á la compañía del capitán Iglesias, batiéndose, teniendo de sostén á la del capitán Arroyo y como el enemigo se corría por la derecha, mandé derecha, mar y luego izquierda, alto y fuego por descargas la primera sección y después en línea por la derecha rompiendo el fuego las demás secciones, á medida que desplegaban, y así no solamente pude evitar que el enemigo entrase en el campamento, por el flanco derecho sino que además, le rechacé con bajas vistas.

En aquellos momentos solemnes, llegó el coronel Sandoval con su caballo atravesado de un balazo y al ver mi formación de secciones en orden escalonado y haciendo fuego con mucho orden, dijo:

—¡Muy bien! ¡Con oficiales y soldados así, se vá á todas partes!

Entonces le indiqué que respondía de mi frente y flanco, avanzando y que por la izquierda había más *jaleo* (textual) ó peligro, dado el fuego y los vítores que se oían. El Coronel se fué á dirijir el combate por allí y más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tarde supe que la compañía del capitán Iglesias estuvo muy apurada. Seguí la marcha sobre el enemigo que ya iba en retirada hasta que recibí aviso de hacer alto.

Como á la media hora cesó el fuego y el capitán Satué, ayudante del Coronel, me dijo:

—¿A qué no adivinas á quien hemos matado?

—A Máximo Gómez, contesté.

—Cerca le andas; ¡á Martí!

—¡Imposible! Contesté.

—Pues no te quepa duda; le he visto y reconocido.

—Pues me alegro que caigan *pájaros* gordos; no siempre han de ser los muertos esos héroes anónimos que son los que verdaderamente se baten.

Más tarde ví el cadáver y como le conocía personalmente, fácil fué reconocerle también.

Entonces, me dije:

—¡Pero señor! ¿Por qué se batía Martí en vanguardia? ¿Es posible que un futuro Presidente de la República Cubana, se bata como un guerrillero? ¡Aquí hay misterio y conviene desenredar la madeja de la insurrección por dentro!

—¡Meditemos!

Nosotros tuvimos siete muertos y varios heridos y los cubanos catorce que no pude contar, porque cayeron aquí, allá y acullá.

El enemigo ignoraba nuestra operación sobre Dos-Rios y puede afirmarse que lo ignoraba, porque nadie la supo hasta el mismo día de ella, pues de haberlo sabido el enemigo, nos hubiese preparado una fuerte emboscada ó hubiera seguido su viaje hácia Occidente que era el rumbo que llevaba Máximo Gómez. Luego, ignorando nuestro avance, no tuvo más noticia que la de los tiros cambiados entre nuestros exploradores de caballería y la avanzada que vimos en La Bija, la cual vió también á mis setenta tiradores y no á la columna, á cuya cabeza iba el coronel Sandoval, porque venía á unos veinte minutos de distancia y no había salido á la sabana todavía cuando la avanzada enemiga se retiró; así es que los insurrectos, se dirían: la tropa que hemos visto es poca, unos cien hombres; vamos á ellos. Mientras estos prepararon el ataque, acampamos nosotros y cuando atacaron, se encontraron con la compañía del capitán Iglesias que les contuvo y les batió con fortuna. Después se corrieron sobre nuestro flanco derecho para entrar en la sabana y envolver á Iglesias; pero no contaron con mi compañía que los detuvo también y los rechazó, efectuando la retirada el enemigo, desde aquel momento, puesto que nosotros le perseguimos hasta que lo dispuso el Coronel.

Curados nuestros heridos y enterrados los muertos, el Coronel me dijo:

—Serra: voy á emprender la retirada hacia Remanganaguas; quédese ahí con su compañía de extrema retaguardia y cuando la columna rebase la sabana, se retira V. y contenga al enemigo si le ataca, pues no me detengo por ello.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Hice la retirada en orden escalonado de secciones en línea y con bayoneta armada mientras fué de día. Durante la retirada, me acompañaron el Teniente Coronel Michelena, el Capitán Escario de Estado Mayor y el Ayudante del General Salcedo, Teniente Mantilla de los Ríos, pues estos señores y yo tambien creíamos que Máximo Gómez nos lanzaría 500 caballos en aquella sabana; pero... nada; parece que no quisieron rescatar el cadáver de Martí ni tampoco creo lo intentaron, cuyo silencio me tenía cabiloso é intranquilo.

En la guerra se tiene más cuidado y precaución con lo ignorado y con lo que puede ocurrir que cuando ya francamente se está librando el combate, cuyo objetivo final, persigue el jefe-directivo con sucesivas determinaciones, comunicadas por medio de sus ayudantes.

Por la noche alcancé la columna. Reinaba tal obscuridad, que no veía á los que estaban cerca de mí; llovió unas dos horas y tal era el barro que había por aquel camino que la marcha se hacía casi imposible, por lo que el Coronel dispuso hacer alto y esperar hasta la salida de la Luna que vimos á las tres de la madrugada del día 20 de Mayo y seguida la marcha llegamos por fin á Remanganaguas á las ocho de la mañana.

¡Veintiseis horas de marcha, sustos, fatigas, sed, hambre y sueño!

¡Que noche aquella, tan pesada!

El astro Rey vivificador de todo, nos animó después para olvidarnos de las fatigas pasadas.

El cadáver de Martí se enterró provisionalmente en el Cementerio de Remanganaguas y seguimos la marcha á Palma Soriano.

Mi patrón el Sr. N. á quien se debe el éxito de esta operación y á quien tenía prohibido acercarse á la vanguardia y sitios de peligro, me dijo:

—Sea enhorabuena Serra, por haberse logrado más de lo que esperaba. Este golpe es muy duro para la insurrección y además han asegurado mis confidentes, que Máximo Gómez, durante el combate fué lanzado á tierra por su caballo haciéndose erosiones en el brazo izquierdo y ayudándole á montar el Coronel Bellito jefe de la escolta; que éste recibió un balazo en el talón derecho y como no se curó enseguida, murió de tétano. Que Gómez estaba triste y desconfiaba del éxito de la guerra, marchando hacia Puerto Príncipe.

El 22 de Mayo dispuso el General Martínez Campos que el cadáver de Martí se transportase á Santiago de Cuba, pues nadie creía en su muerte.

Volvimos á Remanganaguas y metido el cadáver en un ataúd de madera que tenía un agujero redondo, de ocho centímetros de diámetro, con un cristal, coincidiendo con el rostro del difunto, regresamos y el jefe me nombró comandante de la columna de retaguardia formada de mi compañía y la 3.ª, cuyo Capitán era D. Juan Contreras y con orden de seguir á una hora de marcha de la columna principal que llevaba el cadáver por si era atacada por el enemigo, pudiese á mi vez envolver á éste por su retaguardia.

Antes de llegar á una finca que se llama Juan Varón, previne al Tenien-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te Latorre que mandaba la vanguardia que se apeara del caballo y tomase precauciones, porque desde un bosque próximo que estaba á la izquierda del camino, el enemigo podía hacer fuego y al Capitán Contreras que flanqueara aquel bosque por la linde.

El Teniente Latorre siguió á caballo y Contreras desfiló.

Al poco rato, el enemigo rompió el fuego como había previsto y Latorre por desobediente, recibió un balazo en la parte posterior del cuello, cayendo al suelo como una pelota. El Capitán Contreras que estaba cerca de los insurrectos, atacó, tomó la posición y persiguió al enemigo, haciéndole dos muertos.

Curado el Teniente de primera intención y puesto en una camilla, seguimos todos sin más novedad, hasta Palma Soriano donde hacía dos horas esperaba la columna principal con el cadáver de Martí.

Al día siguiente fuimos á S. Luis, punto de vía-férrea y al llegar á los cañaverales del Ingenio Ibatillo, el enemigo trató de atacarnos y de apoderarse del difunto Presidente de la *República* de Cuba; mas yo que iba entonces en vanguardia avancé sobre la izquierda, puse en fuego á toda mi compañía y los insurrectos *tan decididos* desaparecieron ante la lluvia de plomo que les envié y ante el jaque de la columna del Coronel Tejeda que minutos antes se había cruzado con la nuestra, rumbo á Dos-Ríos, para seguir las huellas de Máximo Gómez.

¡Columnas de infantería española, persiguiendo á partidas cubanas á caballo!

¡Qué absurdo! ¡Qué error!

El 25 de Mayo y por ferro-carril custodié al difunto Martí, hasta Santiago de Cuba, donde lo entregué á otro jefe para su conducción á la última morada.

El mismo Coronel, Sr. Sandoval, pronunció una oración fúnebre tan sentida como brillante.

¡Azares de la guerra!

***

¿Por qué he de acordarme tanto de la muerte de Martí?

Precisamente por que los insurrectos abandonaron su cadáver en el terreno de la acción, pues el enemigo en general siempre retiraba sus bajas sobre todo si eran de personas de importancia.

Se dijo aunque por pocos días, que un guía de la columna había disparado su arma sobre Martí; pero esto no fué más que una presunción de tal guía, puesto que en el fragor del combate y con el ir y venir ó movimiento constante de los combatientes, distanciados á tres ó cuatrocientos metros, no es posible conocer á quien se apunta con el arma, por el natural estado de excitación que en tales casos se experimenta.

¿Obedecería la muerte de Martí á causas extrañas al combate?

¿Acaso Martí mantenía inteligencia de paz con nuestro General en Jefe cuya conducta no gustase á Máximo Gómez?

¡Quién sabe! Mas como esto pertenece al secreto de la política de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

guerra, no es fácil asegurar dichas inteligencias, que desde luego estaban en contraposición de las declaraciones contenidas en el Manifiesto de la revolución Cubana fechado en Monte-Cristi (Isla de Santo Domingo) el día 25 de Marzo de 1895 y firmado por Gómez, Martí y Maceo.

Los que conocían bien á Máximo Gómez, que aunque extranjero mandaba todas las fuerzas insurrectas, por no haber ningún cubano hábil para tamaña empresa y cargo, sabían que Gómez era hombre de poca cultura, de malos sentimientos, irascible por su mal génio y propia soberbia, de instintos feroces y sanginarios tales, que cuando alguno le hacía sombra, no pensaba mucho la resolución. ¡El machete cortaba la vida de los que caían en su poder ó desgracia, salvo muy contadas excepciones! ¡El mismo con su machete llegó á dar muerte á un oficial cubano! A otros, condenaba á sufrir cepos de campaña, aunque fuesen de categoría civil ó militar, como si los cubanos, en armas, que guerreaban por la independencia de aquel trozo de tierra á que llamaban su pátria, fuesen negros esclavos de ingenio y él un mayoral enfurecido.

Pues bien; tratándose de un hombre de tales condiciones, puede esperarse cualquier exabrupto.

No quiere esto decir que Gómez fuese el motor que dió fuerza á la máquina que mató á Martí; pero... ¿no está en lo posible?

Martí tenía tres balazos que le produjeron la muerte instantánea, como si le hubieran fusilado por delante y como si denunciasen un terrible drama.

En el combate aquél, el Coronel Bellito, jefe de la escolta de Gómez, recibió un balazo en el talón izquierdo, de atrás hácia adelante, que muy bien pudiera *haberlo recibido durante la retirada...*

Si en la otra vida se han visto ya, Gómez, Martí y Bellito, es muy fácil que mutuamente se hayan dado de cachetes, con permiso de *Pedro Botero*.

Con estos antecedentes y los que puedan aportar los supervivientes que estuvieron en la vanguardia cubana durante la acción de Dos-Ríos, podrían aclararse estas dudas.

¿Murió Martí por balas españolas ó cubanas?

Hay dudas y averígüelo Vargas.

A otro territorio

El 17 de Junio de 1895, á bordo del *Villaverde*, pasó mi Batallón á Cienfuegos. En el mismo buque viajó el General Martínez Campos con su Estado Mayor y cuando el Batallón estaba ya formado en el muelle de Cienfuegos se presentó el General D. Agustín Luque, á quien Martínez Campos dijo:

—General: aquí le entrego el mejor Batallón que tengo. Empléelo V. bien.

El General Luque asintió con una inclinación de cabeza.

Cienfuegos es la perla del Sur, como allí la llaman, por ser una población rica y bonita, que pertenece á la Provincia de Santa Clara.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En esta provincia, en aquella fecha estaba empezando *á herbir la olla:* es decir, que las partidas de cubanos se estaban organizando en espera de armas y municiones de los Estados Unidos, que se alijaron poco después, entre Tunas de Zara y Trinidad, sin peligro alguno para ellos. El ilustrado y bizarro General Luque, dispuso que mi Batallón marchase al Este de Santi-Spiritus, á Iguará, como centro de operaciones, que con actividad emprendimos, pero como el enemigo no quería combate, huía de nuestro contacto, tanto que en un mes que estuvimos allí no hubo ninguna acción de guerra.

Un traidor á la patria

A fines de Junio de 1895, me mandaron con dos compañías para practicar una operación de guerra. Fuí donde dijo el jefe y el enemigo no esperó.

Una noche que vigilaba el servicio del campamento, encontré dormido en una hamaca al oficial de cuarto, Teniente N. y en su vista imitando á Napoleón I, que en igual caso se quedó de centinela, fusil en mano, me dediqué á pasear cerca del oficial amigo de Morfeo. A la media hora despertó, se levantó y me dijo:

—No hay novedad.

—¡Ya lo sé! Le contesté de mal cariz.

Al amanecer y estando reunidos todos los oficiales, les dije:

—Señores: cuando corresponda hacer el servicio de cuarto al teniente N. lo haré por él, porque como anoche se quedó dormido, sin tener en cuenta que era la salvaguardia de los que nos tocaba descansar, no quiero que los insurrectos nos corten el cuello sin saberlo nosotros.

Todos los oficiales le miraron con desprecio y aprobaron mi determinación.

El teniente N., hombre ya de 48 años, carecía de hábitos militares por haber estado separado del servicio activo mucho tiempo y era muy cínico.

Tan pronto me avisté con el Teniente Coronel, le dí cuenta del proceder del oficial y como correctivo, le mandó destacado al Fuerte de Pelayo, que cubría uno de los pasos del río Ibatibonico.

Pues bien; aquel mal oficial á los dos meses, fué traidor á la pátria, entregando el puesto con armas y municiones á Máximo Gómez y debió portarse con éste tan mal, que no le admitió á su lado.

Presentado el teniente N. á nuestras autoridades, sin haber tenido valor para levantarse la tapa de los sesos, se le formó Consejo de Guerra y gracias á ciertas indicaciones y á que parte de la prensa de Madrid había emitido juicios favorables al teniente Gallego, que se fusiló en Santiago de Cuba, por un caso igual en Ramón de las Yaguas, solo se le sentenció á cadena perpétua.

¡Aquel traidor á la pátria, está hoy indultado y en libertad!

¡¡Oh!! ¡Pobre España!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un héroe

Mi Batallón que era el de la Unión, 2.º Peninsular, tenía que relevar el destacamento de Bellamota, al Norte del río Ibatibonico y el jefe eligió al teniente D. José Ravenet, dándole orden para que con un sargento, dos cabos, un corneta y treinta soldados marchase al amanecer á su destino, que distaba unas cinco leguas.

El oficial muy atento, fué á mi tienda de campaña para despedirse y entonces le dije:

—¡Cómo! ¿Vá V. á ir solo con su pequeño destacamento?

—Así lo ha dispuesto el jefe, contestó.

—¡Eso es un disparate, hombre! Espere V. un momento.

Y me presenté al jefe diciéndole:

—¿Quiere V. que con mi compañía custodie al destacamento de Bellamota?

—Bueno: pero acompáñele hasta Jobosí nada más y desde allí que siga solo.

Volví donde estaba Ravenet y le manifesté que le acompañaría hasta Jobosí.

Salimos y al despedirse Ravenet en Jobosí le dije:

—Le aconsejo á V. no se descuide durante su marcha ni en el destacamento de Bellamota, y no olvide que vale más morir por la pátria que rendirse.

Mucho ánimo y si se vé V. atacado briosamente por el enemigo, no desmaye y acuérdese de mí, que es lo mismo que si estuviese allí mandando, pues ya conoce V. mi actitud en todos los combates.

—Muchas gracias por su consejo que no olvidaré un momento y si me viera muy apurado, no dude que me acordaré de V., me dijo:

Y tendiéndole la mano porque era un oficial muy simpático, le contesté:

—Pues á Dios y mucha suerte.

Nuestro teniente Ravenet marchó hasta sin práctico; durante un buen rato quedé mirando aquel puñado de soldados y aunque un presentimiento me anunciaba novedad, regresé al campamento de mi jefe en cumplimiento de las órdenes recibidas.

¡Oh! ¡El deber de la obediencia!

Por mi parte hubiera ido detrás de Ravenet, cual padre protector de su hijo; pero fué imposible y no cabía aplicar una iniciativa prudente sin incurrir en falta grave.

Veamos ahora lo que ocurrió al teniente Ravenet.

Habiéndose perdido de camino y no sabiendo por donde seguir, llegó á una casa habitada, cuyo dueño se negó á guiarle; pero Ravenet le obligó á ello. Aquel hombre llevó al oficial á un campamento enemigo, cuyas avanzadas arrolló y al entrar en él, fué recibido por nutrido fuego que le hicieron los insurrectos y sin desanimarse, pues mandaba unos soldados

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

muy aguerridos, avanzó hasta una casa que había en una lomita próxima, que tomó y desde ella, hizo una brillante defensa.

El enemigo admirado de tanto valor, cesó el fuego y le mandó dos parlamentarios, que despidió sin oirles, reanudándose el ataque de los cubanos y la defensa de los soldaditos de mi batallón, que sin cesar el fuego, vitoreaban á España.

La partida insurrecta era de 800 hombres, al mando de un tal Zayas y llegó hasta dar fuego á la casa que defendía Ravanet.

Cuando éste estaba más apurado y casi perdidas las esperanzas de un éxito, desde el fondo del bosque de la izquierda se oyeron varias descargas de fusilería que por su reglamentación, denunciaban proceder desde luego de tropas españolas.

El enemigo huyó y se presentó un capitán con dos compañías del Regimiento Alfonso XIII, vitoreando á España y al Rey.

La alegría de unos y otros, no tuvo límites.

El teniente Ravenet, después de tanto fuego como le hizo el enemigo, no tuvo más que dos heridos y gastó casi todas las municiones.

Los insurrectos tuvieron sensibles bajas y el cabecilla Zayas, hombre de hidalga natura por excelencia, mandó una comunicación á las autoridades de Santi-Spíritus, diciendo que el teniente español, se había ganado la cruz laureada de San Fernando.

El General Martínez Campos, en su vista y del parte de mi jefe, le ascendió á capitán.

Cuando volvió Ravenet á los pocos días, llevaba ya las tres estrellas y corriendo como un loco hacia mí, me dijo:

—A la orden mi capitán, (saludando militarmente.)

¡Y éramos los dos capitanes!

En el acto le abracé; le dí mi más completa enhorabuena por sus éxitos y las gracias por haber seguido mis consejos.

Entónces, añadió:

—Bien sabe Dios, que en el momento del peligro me acordé mucho de V. y hasta me pareció verle á mi lado dándome ánimo, pues me ví tan apurado, que no creí escapar del aprieto.

—Muy bien, muy bien, le dije.

Bendigamos las confianzas de nuestro jefe; pues sin la disposición de mandarle á V. solo á Bellamota, no sería V. capitán.

Acto seguido convidé á comer á mi colega Ravenet y envié dos botellas de rom para aquellos treinta valientes, que tan alto pusieron el honor de las armas españolas en aquel día.

¡Loor á los héroes!

Acción de Peralejo

El General Martínez Campos, en la primera quincena de Julio de 1895, llegó á Manzanillo y parece que tuvo necesidad de ir á Bayamo.

El General Santocildes reunió las fuerzas que pudo y antes de for-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

marlas enteró al General en Jefe del estado de la insurrección y hasta de la conveniencia de que no saliese hácia Bayamo, no solamente por el natural peligro que pudiera haber, sino por las consecuencias que de haberlo, pudiesen resultar.

El bonachón y entusiasta de D. Arsenio, quiso ir á Bayamo, y fué, por encima de la oposición del cabecilla Maceo, fiando sin duda, en su buena estrella, aunque dos meses antes le oí decir:

«¡Tanto va el cántaro á la fuente...!»

Salieron las fuerzas españolas hacia Veguitas, con rumbo á Bayamo.

Como la insurrección tenía mejores espías, confidentes y exploradores que nosotros, Maceo fué avisado con tiempo de la excursión de nuestro General en Jefe y contó con el suficiente para reunir unos cinco mil cubanos, que colocó en magníficas posiciones, en espera de la columna española. Llegada ésta, fué recibida con un fuego horroroso, en ángulo ofensivo, fuego que fué contestado por los españoles, á medida que iban entrando en línea, sobre ambos frentes.

El General Martínez Campos, al ver la inesperada obstinación de los cubanos, ordenó á los Tenientes Coroneles Escario, Toraz, San Martín y Vaquero, diesen varios ataques á la bayoneta, consiguiendo avanzar algún terreno; mas viendo también que el enemigo era muy numeroso y que la acción de guerra presentaba mal cariz, tuvo un rasgo táctico-extratégico, propio de un general, es decir, de mano maestra. Ordenó que la retaguardia flanquease ofensivamente por la derecha y se convirtiese en vanguardia, siguiendo las demás tropas el movimiento, por escalones y sin cesar el fuego.

Como el cabecilla Maceo le esperaba más á la izquierda, para intentar un ataque decisivo, no se apercibió de la estratagema de nuestro General, hasta que éste estaba ya muy cerca de Bayamo.

El titulado general Maceo, al verse burlado, sufrió una gran decepción, sobre todo cuando supo que tenía más bajas que los españoles y eso que entre las de éstos se contaba la del valiente General Santocildes, que murió atacando briosamente una de las posiciones que ocupaban los cubanos.

Maceo estuvo alrededor de Bayamo, sin intentar atacar la población aún sabiendo como sabía, que los españoles habían gastado todas las municiones y á los tres días se enteró también que varias columnas iban sobre Bayamo, en auxilio del General en Jefe, por lo que prudentemente evacuó aquellos campos. Entonces los españoles regresaron á Manzanillo sin novedad.

Aunque la victoria no fué de ninguno de ambos bandos, se demostró, que 1.500 españoles, podían batirse siempre con 4.000 cubanos, pues el arte de la guerra, favorece siempre al que mejor lo aplica, según las circunstancias que concurren en los combates.

Días antes de la acción de Peralejo (12 Julio 1895) el General Santocildes, del que fuí secretario en tiempo de paz, me escribía dándome la enhorabuena por la recompensa de que fuí objeto en la acción de Dos-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Rios, donde hicimos huir á uña de caballo al Generalísimo Máximo Gómez y donde entre otros muertos recogimos el cadáver de José Martí, presidente de la República Cubana.

La carta copiada á la letra, dice así:

«Querido Serra: Gracias por su carta del mes anterior y ya tenía noticias de V., de sus iniciativas y valor. Le felicito por sus éxitos en Dos-Ríos, que no me extrañan, porque la verdad se abre paso siempre.

Dígame si quiere venir á mi lado, pues ya sabe que le quiero.

Lola y niños bien.

Adiós y es su amigo,

FIDEL A. DE SANTOCILDES.»

¡España perdió un General muy bueno, con la muerte de Santocildes!

Acción de Alegría

Este combate fué resultado de un reconocimiento hecho en las estribaciones de Sierra-Maestra (Oriente) por los Batallones de la Unión é Isabel la Católica. En vanguardia iba el primero y á retaguardia el segundo. A vanguardia del primero, la guerrilla montada y detrás mi compañía.

Al llegar á un punto distante media legua de Cerro-Pelado, observatorio del enemigo, el jefe ordenó que con mi compañía y guiado por el práctico llamado Pódio, flanquease montaña arriba y entrase en el campamento enemigo por retaguardia, mientras el resto de la fuerza entraría en el mismo por la vereda de monte del camino principal.

Después de trepar la montaña cubierta de bosques y de pasar entre varias casas de familias que vivían en Cuba libre y á las que no se molestó para nada como de costumbre, llegamos á un punto desde el que vimos la avanzada insurrecta sobre la meseta de Cerro-Pelado. Entonces me dirigí á tomar dicha altura, evacuada ya cuando llegamos á ella; pero al asomarnos sobre el campamento enemigo situado al pié de dicho cerro y separado por el río Alegría, vimos á la partida de insurrectos mandada por Masó Parra y en el acto, dos secciones de mi compañía rompieron el fuego sobre aquella jente, que hizo poca resistencia; mas al observar que empezaban á retirarse hacia el Pico de Turquino, la altura mayor de la isla de Cuba, bajé con las otras dos secciones, atravesé el río Alegría y penetramos en el campamento que fué quemado y destruído en el acto, con todo lo que dejaron los cubanos.

La persecución no dió resultado, por que el flanqueo de la izquierda abandonó la altura para bajar al campamento enemigo y la columna, no solamente no penetró en éste, sino que se quedó á distancia de un cuarto de legua de él en un sitio donde había varios bohíos de guano, que creyeron sin duda, era el verdadero campamento enemigo; tan lejos quedó la columna, que no oyó el fuego graneado que hizo media compañía desde Cerro-Pelado.

Si de toda la fuerza de la columna, se hubiese mandado medio Batallón

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de flanqueo por donde entré y fuí; otro medio por donde fué el Teniente Verdugo con una sección por la izquierda, y el otro batallón hubiese entrado francamente y sin detenerse hasta el gran campamento que tenía el Cabecilla Masó Parra, junto al río Alegría, mal lo hubiera pasado éste y su jente, pues los españoles hubiéramos obtenido una brillantísima victoria por la derrota completa de aquella partida cubana, que tuvo suerte aquel día, por falta de un plan mejor meditado y ejecutado.

Combate de Santa Lucía

Esta acción fué larga, á gran distancia y sin resultado positivo. Jugó el cañón varias veces y tocó la custodia de piezas de artillería á mi compañía.

Como en aquel día era espectador en el centro de una gran sabana ó prado de espartillo, casi circular y tomadas las disposiciones convenientes, coloqué una sección en guerrilla sobre el flanco derecho, dos cerca de las piezas y otra con frente á retaguardia.

El tiroteo de ambos contendientes era nutrido y los dos cañones lanzaban granadas al enemigo, por encima de nuestros soldados.

Al ver alguno de éstos de mi compañía, comerse su tajada de carne, me entró apetito y sin bajarme del caballo pedí al asistente algo que masticar; me dió una chuleta asada y un pedazo de pan que empezé á comer bajo el silbido de las balas que pasaban por encima de nosotros y oyendo chistes muy graciosos á los soldados.

Cada vez que el cañón disparaba, la mayor parte de los caballos del Estado Mayor, Artillería y otros, se asustaban y *bailaban* un *ratito*, menos el mío que permanecía impasible, ante el *zambombazo* del cañón.

Una de las veces que el caballo del valiente y bondadoso General González Muñóz, *bailó* de lo lindo, vino á parar cerca de mí y al fijarse el General en la inmovilidad del mío, dijo:

—¿No se asusta su caballo, Serra?

—Es *sordo* mi General, contesté.

Se echó á reir de la gracia y al verme dar una dentellada á mi chuleta, exclamó:

—¡Pero que hace V.! ¿Está V. comiendo?

—Ya que hoy no me toca batirme con esos desgraciados, bueno es entretenerme con algo.

El General que siempre fué muy afectuoso conmigo, me preguntó:

—¿Que le parece á V. este combate, Serra?

—Me parece bueno; pero estamos gastando muchas balas. Mande tocar ataque si lo cree conveniente y verá V. como acaba todo enseguida.

Dicho y hecho; el cornetin tocó atención general y ataque, que se ejecutó inmediatamente, terminándose la acción por la huida del enemigo, que se internó en las montañas de Sierra Maestra.

Al siguiente día (17 Septiembre 95) se dieron varias batidas parciales, por aquellos montes, incendiando pequeños campamentos y caseríos; se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

talaron muchos sembrados y platanales, recogiendo cuantas viandas, reses, caballos y aves se encontraron. Estas «raciass» eran de útil efecto por que privaba al enemigo de su aprovisionamiento, lo cual les hacía más daño que las pocas bajas que tenían en los combates de guerra, pues el soldado español entonces, si valiente, era muy mal tirador por falta de instrucción suficiente. El enemigo generalmente, quedaba bajo de la trayectoria de los proyectiles, cuyo terreno batido estaba más allá de él y cierto día, me convencí de esta aseveración, pues habiéndome ordenado el jefe flanquear la columna por la derecha, la vanguardia de ésta tomándome por enemigo rompió el fuego sobre mi tropa y comprendida la equivocación, ordené á todos echarse al suelo y al cornetín de órdenes, alto el fuego y la contraseña.

Al cesar el fuego me enteré con gran satisfacción no haber tenido herido alguno y entonces dije:

—¡Pero señor! ¡qué mal tiran los soldados de mi batallón!

Las balas pasaron todas por encima de nosotros y advertí que si no se afinaba la puntería, estábamos perdidos, porque el enemigo no tendría miedo á nuestros fuegos, casi siempre inútiles, por lo altos y desviados de los objetivos.

Poco después y al reunirme á la columna, dije al jefe:

—Apesar del nutrido fuego que me ha hecho su vanguardia, no he tenido novedad alguna.

—¡Ha sido una equivocación muy lamentable, por cierto; contestó.

—Pues gracias á que de la Península nos vienen los reemplazos, casi sin instruir; que si llegan á ser tiradores, me divierto, como hay Dios.

¡Bien dice el refrán, que no hay mal que por bien no venga!

El servicio de forrajes

En un día del mes de Septiembre de 1895, en ocasión de haberse dado descanso de unos días á la columna, quedé al mando de todas las fuerzas, en el Ingenio de Media Luna y con noticias que el enemigo proyectaba atacar á las fuerzas montadas y acemileros, en los momentos de cortar el forraje para el ganado, previne á todos del peligro y tomé posiciones convenientes.

El enemigo que ya venía para realizar sus designios, fué visto por un centinela, que al disparar su arma, malogró la operación, pues aquél se retiró después de cambiar unos cuantos tiros.

En la guerra si las órdenes no se cumplen tal como se comunican, se malogran los planes mejor combinados.

Vista la tendencia de los insurrectos cubanos, á sorprender las tropas en el servicio de la corta del forraje, previne al Capitán de la Guerrilla montada, que no se descuidase nunca, por que el enemigo continuaría acechándole para arrollarle y machetear su jente.

Trasladado el Batallón á Manzanillo y la Guerrilla montada al Ingenio del Cano, fué por fin sorprendida, en ocasión de estar forrajeando y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

después de un combate ligero, el enemigo se llevó 32 caballos con montura y 21 prisioneros.

¡Prueba que el oficial que mandaba aquella fuerza olvidó mi consejo de tener siempre mucho cuidado!

De Capitán á Alcalde

Mi jefe, segun órdenes recibidas, dispuso que mi compañía cubriese el destacamento de Campechuela (Costa-Sur-oriental) y que allí me encargase de la Comandancia de Armas y de la Alcaldía Municipal.

Como mis inclinaciones eran las de estar siempre mandando tropas, en operaciones de guerra, que practicaba siempre con mucho entusiasmo, me permití manifestarlo á mi jefe, quien no quiso atenderme y quieras que nó tuve que ir á Campechuela y hacerme cargo de ambos cometidos.

Allí me dijeron que al primer Comandante Militar, le habían matado en un combate y que al segundo le habían macheteado, dejándole casi muerto y que aún estaba muy grave en el Hospital de Manzanillo, añadiendo muchas cosas más, bastante terroríficas, (para los espíritus timoratos), como para probar mi estado de ánimo y mi temple.

—Bien, bien, contesté y añadí: aquí hay mucho que hacer y tenemos que trabajar todos, militares y paisanos, por que si el enemigo me hace el honor de atacar la población, bien y pronto, quiero recibirle dignamente y darle las gracias con los mausers por su atención, pues había venido de España para hacer la guerra y no para perder el tiempo.

Enseguida reuní en la Alcaldía á los principales personajes de aquella población y expuse las necesidades del momento; se nombraron varias comisiones y al mes quedaron arregladas las calles, la plaza y alumbrado; los fuertes y fortines en forma de herradura cuya parte abierta era la playa y en el extremo opuesto y en sitio elevado, el fuerte principal y en medio de la herradura, el pueblo. Publiqué un bando de buen gobierno, racioné los fuertes de provisiones de boca, guerra y sanidad y fijé en los mismos unas instrucciones muy precisas para vigilancia, comunicación y defensa y orden para morir, antes que rendirse.

Dicté otras disposiciones de seguridad, *enseñé los dientes* á varios cubanos sospechosos y que los centinelas hicieran fuego, desde la oración hasta la diana á toda persona que entrase ó saliese en la población sin el competente permiso.

Los habitantes aquellos iban más derechos que un huso y me tenían tal respeto que no osaban una desatención, sin embargo de mi carácter alegre, franco y expansivo.

Una cesantía

Había en Campechuela un individuo que hablaba inglés; alto, seco, tuerto y con gafas azules, bigote entre-cano, moreno y cubano *enragé*, que cuando llegaba el vaporcillo-correo al muelle recibía bastante correspondencia para la insurrección.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Como yo iba tambien al muelle para observar á los *cubanitos* que viajaban, ví un día á mi tuerto con un paquete de correspondencia que tenía en la mano y entonces llamándole aparte, le dije:

—Supongo, my friend, (amigo mío) que V. no deseará todavía ver primero á S. Pedro y luego á Dios Nuestro Señor.

Nuestro hombre se quedó más blanco que el papel y con mucho cinismo contestó:

—¡No comprendo á V.!

—Pues bien: queda V. cesante de su cargo de correo para la insurrección, mientras V. resida en este pueblo, y no olvide V. que amigo que avisa no es mal amigo.

Dí media vuelta y me retiré dejándole con la boca abierta.

Protección del enemigo

A cuatro kilómetros al Este en la misma costa, había un destacamento de mi batallón, mandado por un oficial, á cuya tropa se enviaba la carne cada tres días, que llevaba un muchacho á caballo en una yegüita. Un día, varios insurrectos salieron al camino y decomisaron la carne al muchacho. En el acto reuní cien hombres armados y llevé otra carne, regresando sin novedad.

A los tres días volvió el muchacho á llevarla y á su regreso me entregó un pliego cerrado, dirijido á mí del que saqué una cuartilla que decía:

«República de Cuba.—1.er Cuerpo—2.ª División—1.ª Brigada.—Estado Mayor».

«Puede V. seguir mandando la carne con el muchacho al destacamento de Leiba Hueca, que las fuerzas de esta Brigada no lo impedirán y le conviene no salir de ahí con fuerzas.

En Pátria y Libertad 18 de Noviembre de 1895.—El Teniente Coronel de E. M.—I. Castillo.—Al Comandante de Armas españolas en Campechuela.»

Al pié de aquel documento, escribí lo siguiente:

«Muchas gracias, señor elefante: saldré al campo cuando lo crea conveniente. La carne irá á Leiba Hueca, con ó sin el beneplácito de los insurrectos que me rodean por ahí.—A. Serra Orts.

Y con el mismo muchacho, devolví aquel aviso *protector*.

Ataque á Campechuela

El 22 de Noviembre de 1895, fuí avisado que se veía jente al rededor de la población, como á un kilómetro ó más de distancia. Esta noticia no me alarmó, porque mi confidente, ya me había dicho que tomase mis precauciones, pues se decía por el campo, que Campechuela sería atacada y tomada.

Los insurrectos, al mando del cabecilla Ríos, iniciaron el ataque desde lejos, rompiendo el fuego á las ocho de la mañana, sin duda para que mis

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

soldados gastasen las municiones inutilmente, verificar después el aproche é intentar el asalto más tarde.

Como el enemigo estaba lejos, ninguno de los fuertes ni fortines contestó al fuego, cumpliendo así con mis instrucciones, pues el fuego debía hacerse al toque preciso de atención general y fuego, dado por el cornetín de órdenes.

Visto por el enemigo nuestro silencio, cesó de tirar y al cuarto de hora reanudó sus fuegos por ambos flancos, cesando y empezando otra vez de cuando en cuando hasta las once de la mañana. En aquel momento monté á caballo, recorrí el pueblo animando á los paisanos y á las tropas de los fortines. Luego subí á lo más alto del tejado del Ingenio «Dos-Amigos» inmediato para reconocer el campo con los jemelos, observando al enemigo que aún estaba allí y en aquel momento, rompió el fuego nuevamente. Entonces tampoco contestaron los fuertes y mandé izar la Bandera Nacional en el fuerte principal y habiéndola visto, redoblaron el fuego por más de media hora...; cuando el enemigo se cansó de tirar, cesó el fuego que más bien parecían salvas, porque no hubo bajas entre los militares ni entre los paisanos.

Por la tarde, vino al fuerte un chiquillo y me entregó un papel que decía así:

«Al Comandante de armas de Campechuela.

Deseamos evitar la efusión de sangre, le conviene á V. entregar las armas cuanto antes y se le respetará.»

Así: sin fecha, firma ni sello.

Se conoce que aquel *Estado Mayor* se había dejado en su casa manigüera la oficina de campaña y casi escribía como aquellos *Paraguayos* de los sobrinos del Capitán Grand.

En su vista, contesté:

«Si es broma, pase; mas ha de saber V. que no solo es inútil su gestión, sinó también sus ataques á la población. ¡Acérquese á 500 metros si se atreve! ¡Qué se ha figurado V.!

Y con el mismo chiquillo devolví aquel papelucho.

Ignoro el efecto que les produciría mi contestación; pero allí estuve hasta fin de Diciembre de aquel año, sin novedad y sin oir un tiro.

Invasión á Occidente

Un día del mes de Octubre de 1895, supe por mis confidentes, que los insurrectos estaban reuniéndose para marchar hácia Occidente, con el fin de llegar hasta las puertas de la Habana, con el terror, el incendio, el saqueo, el rapto y la muerte.

En el acto lo puse en conocimiento del Sr. General Gonzalez Muñóz, y no dió crédito á la noticia.

Pues bien; á los pocos días el General tuvo que salir con toda la fuerza disponible y llegó tarde porque la insurrección expedicionaria había pasado ya el rio Cauto y se había internado en el Camagüey (Puerto Príncipe.)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando el General en Jefe lo supo, ya estaba el enemigo cerca de Las Villas (Santa Clara) y continuó su rapido avance hasta el mismísimo Cabo de San Antonio, extremo occidental de la isla de Cuba.

El cabecilla Maceo, el 22 de Octubre de 1895, salió de «Mangos de Baraguá» con los invasores sobre Occidente y en dirección de Holguín; cruzó el río Cauto por Las Vueltas de Baraguá con unos 700 infantes que mandaba el negro Quintín Banderas y 500 caballos al mando de un tal Feria. En medio de estas fuerzas iba el Consejo del Gobierno Cubano con su escolta y una banda de música *forestal*.

El día 1.° de Noviembre se incorporó á Maceo el Regimiento de Martí, al mando de un catalán llamado Miró y el Regimiento de Sarcia que comandaba un tal Santana. Cada uno de estos *regimientos* montados, tenía unos 300 hombres.

Reunidas las fuerzas que componian un total de 1.800 hombres, Maceo nombró Jefe de su Estado Mayor al catalán Miró y siguió el avance hacia Tunas de Victoria, donde tuvieron noticia de la existencia de tropas españolas en límites de Puerto Príncipe. Como Maceo no quería combates y sí solo avanzar hacia Occidente, rehuía el encuentro de los españoles que sin embargo le alcanzaron y batieron en Guaramanar y Lavado.

Durante el mes de Noviembre de 1895, Maceo avanzó hacia Las Villas, unas cien leguas, reuniéndose con Máximo Gómez en el potrero Reforma (Santi-Spíritus.)

Al rededor de estos cabecillas todo era verdadero entusiasmo, al ver que las columnas españolas iban quedando á retaguardia á medida que ellos iban avanzando.

Próximo á la Trocha de Júcaro á Morón, operaban columnas de tropa al mando de jefes entusiastas como Echague, Nario, Cevallos, Aldecoa, Aldave, Luque, Garrich, Oliver, Segura, Rubín y otros y aunque algunos sostuvieron ligeros combates, ninguno tuvo la suerte de poderse meter á fondo, dentro de la insurrección, por operar estas columnas casi independientes y haber faltado un Estado Mayor que les hubiese dirijido en sus itinerarios combinados, para detener á la fuerza el avance de la insurrección.

Suárez Valdés en la Reforma; Rubín en Las Varas y Segura cerca de Iguará, fueron los que tuvieron combates más sostenidos, en Noviembre y Diciembre de 1895.

La insurrección siguió su itinerario hácia Santi-Spíritus y Remedios y otras fuerzas por Fomento, Quemado Grande y Manicaragua, donde acudieron tropas españolas y tuvieron diferentes combates en el Quirzo y Siguanea, con el General Oliver.

El 15 de Diciembre, el Coronel Arizón en Maltiempo, sostuvo un combate contra toda la insurrección, teniendo 67 muertos y 28 heridos; pero el resto de la columna se rehizo y conservó el terreno del combate. Los insurrectos tuvieron también muchos muertos y heridos por la masa compacta que presentaban todas las fuerzas reunidas de Maceo y Gómez, unos 5.000 hombres cubanos, contra 400 soldados bisoños y casi sin ins-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

trucción, desembarcados días antes de España. En este combate, el coronel Arizón mereció bien de la Pátria, digan lo que quieran los cubanos de aquella jornada.

Si una columna de mil soldados aguerridos se hubiesen batido en Maltiempo, en vez de los 400 bisoños, mal lo hubieran pasado las huestes de Maceo y de Máximo Gómez.

El enemigo invasor después que dejó la guerra encendida por todo el territorio de su retaguardia, siguió el avance por las jurisdicciones de Cienfuegos, Colón y Matanzas, dedicándose á quemar fincas, ingenios y poblados incluso toda la caña, que ya estaba buena para la elaboración del azúcar de aquel año.

Un pequeño destacamento español que estaba en la colonia Antilla, fué atacado y no capituló á pesar de estar ardiendo el fuerte. Sentimos no saber el nombre de aquellos héroes y buenos soldados. Esto ocurrió el 21 de Diciembre de 1895, según un diario de operaciones de la propia insurrección, la cual tuvo aquel día 28 bajas que hizo aquel heróico destacamento compuesto de 25 hombres.

El 23 de Diciembre, en Coliseo, hubo un combate de más de una hora de duración que produjo sensibles bajas en ambos combatientes. El combate lo presenciaron Máximo Gómez y Maceo de un lado y el General Martínez Campos del opuesto. Este marchó á la Habana y la insurrección á Occidente, dejando encendida la guerra en toda la isla.

Si en Octubre de 1895 se hubiese tomado en consideración mi aviso, ocupando los pasos del río Cauto y más tarde los de la trocha Júcaro-Morón y río Ibatibonico, la invasión hubiera llegado muy debilitada y quizás no hubiese pasado de las Villas; pero además de no haberse hecho así, se mandaron columnas de infantería para la persecución de las fuerzas insurrectas de caballería, por cuya razón nunca se las pudo dar verdadero alcance, circunstancia que favorecía á los cubanos, al dejar á su retaguardia todas nuestras columnas.

La insurrección cubana, en su avance de invasión á Occidente, quemaba los campos de caña dulce, los ingenios, casas aisladas y pueblos sin defensa, saqueándolos, raptando mujeres y asesinando á seres inocentes por el *delito* de ser españoles ó cubanos al parecer indiferentes. Aquello era horrible, atroz: era la repetición de la invasión de los bárbaros del Norte, célebre en la historia universal y que solo á la isla de Cuba había tocado la desgracia de la reconstitución de aquella bárbara epopeya, quizás en justo castigo á los propios pecados de sus hijos. Los negros orientales se aprovecharon bien de todo lo que hallaban á mano, de personas y de cosas.

¡Corramos un velo muy tupido ante tanta iniquidad y tanta barbarie.

Prisión de un cabecilla

Corría el mes de Enero de 1896 y á bordo de un vapor que navegaba por la costa Sur, entre Cienfuegos y Batabanó, se me presentó un Teniente Movilizado diciendo, que en uno de los camarotes estaba el cabecilla insu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rrecto Cepero, que siendo Coronel en la acción de Maltiempo, no dió cuartel á los prisioneros de la columna del Coronel Arizón; que por aquel innecesario macheteo de soldados bisoños, recién desembarcados de la Península, le habían ascendido á Brigadier cubano.

Venían tambien viajando en aquel vapor con permiso particular los Tenientes Coroneles de infantería Vázquez y Martínez de Morentín, á quienes trasmití la noticia y como no iban á bordo oficialmente, me dijeron que en vista de ser él militar más caracterizado á bordo, resolviese el caso.

En el acto puse el asunto en conocimiento del Capitán del buque quien excusándose, me autorizó para hacer lo que creyese más conveniente.

Viajaban tambien á bordo un cabo y varios guardias civiles y dirigiéndome al primero, expuse la necesidad de proceder á la prisión del citado cabecilla por lo que desde luego, se puso á mi disposición. Le ordené colocar un guardia en la puerta del camarote y otro en una ventana que daba al lado opuesto sobre un corredor con barandilla al mar y que presenciase la detención de aquel hombre, si había lugar á ella.

Me acerqué á la puerta del camarote con el Teniente Coronel Vázquez y llamé con los nudillos de la mano derecha.

La puerta se abrió y apareció un hombre alto, moreno, enjuto, bigote negro, estrecho y largo y nariz algo aguileña; vestía sobre un traje de dril color tierra un largo paletot de paño color chocolate, sombrero jipi-japa y usaba gafas obscuras, como si estuviese mal de la vista y le molestara la refacción de la luz. Un verdadero disfráz.

—Buenos días, le dije: V. dispensará si le molesto; pero han asegurado que V. es el titulado Brigadier Cepero.

Y sin inmutarse, al parecer, contestó:

—Si señor; yo soy.

—Entonces... V. no extrañará que le mande prender.

—No señor; ya sabía que si se me descubría, me prenderían; soy ciudadano americano y me felicito de la forma tan cortés con que V. verifica mi prisión.

—Pues bien; en nombre de la Ley queda V. preso y le ruego tenga presente que aquí queda un guardia y detrás de esa ventana otro.

—Muchas gracias, contestó.

Al llegar á Batabanó se entregó el preso que fué transportado á la Habana y después al Castillo de la Cabaña; se le formó causa... y al poco tiempo, se fué á The Unites States of America y más tarde volvió á Cuba Libre, *por mor* del quijotismo español.

¡Trabajar para el inglés!

¡¡Oh!!

Suerte de un soldado

Al salir el ferro-carril de la estación de Pozo-Redondo, para la de San Felipe (Habana), un soldado enfermo, de la columna del Coronel Macón, intentó subir al coche, en cuya plataforma me hallaba en el mismísimo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

momento de partir el tren y como el soldado tenía un pié en el andén en el instante de poner el otro en el coche, dió un giro sobre su izquierda para caer entre el andén y el tren, en cuyo momento le cogí con mi mano izquierda, por bajo de su hombro, y levantándole, sin saber de donde sacaba tantas fuerzas, lo tiré sobre la plataforma exterior y posterior del coche, en cuya barandilla de hierro tenía mi mano derecha asida fuertemente.

Los huesos de mi hombro izquierdo crugieron, sintiendo tal dolor, que perdí el conocimiento por breves momentos y gracias que otro soldado me dió un sorbo de rom á falta de agua, me reanimé un poco.

Un paisano que allí viajaba apretó mi hombro con sus nervudas manos en va y ven y volvió los huesos á su sitio; pero el dolor era cada vez más intenso, por la propia luxación. Entonces me quitaron la guerrera y cortando la ropa interior, me friccionaron con más rom. Aunque el hombro se hinchó, me puse bien á los pocos días.

En el momento de levantar en vilo, aquel soldado, pasaba el tren junto á una pared de la estación y si no hubiese estado tan oportuno y me hubiese descuidado unos segundos, el soldado hubiese pasado á mejor vida, estirado como una correa, por que su cuerpo se hubiera deshecho entre la pared y el tren.

Para calcular el gran esfuerzo que tuve que hacer al levantar y atraer sobre el coche al soldado, téngase en cuenta que llevaba puesto el correaje con municiones, el morral con ropa y el fusil colgado en su hombro izquierdo.

¡Fué un momento supremo!

Con dificultad, si el caso se repitiese, volvería á tenerse tanta fortuna como allí se tuvo.

Algunos periodistas que iban en el tren, se enteraron de este asunto y entre ellos recuerdo al hoy Diputado á Cortes D. Tesifonte Gallego, pues esto ocurrió el mismo día de la prisión del titulado Brigadier Cepero, mes de Enero de 1896.

Regreso de Martínez Campos

Este excelente General, al ver que la invasión de los cubanos á Occidente no podía contenerse ni evitarse y que las columnas que operaban al rededor de la invasión no podían librar tampoco verdaderas batallas semidecisivas, por que el enemigo las rehusaba huyendo y avanzando hacia Occidente, siempre sostuvo un combate en Coliseo y entonces se convenció de lo difícil que era combatir la insurrección por medio de las armas.

El General en jefe, vió bien *clarito*, además, que en su política de la guerra, puramente de atracción, había sido vilmente engañado, por casi todos aquellos laborantes que le habían ofrecido muchas cosas, entre ellas, que la gente en armas se retirarían á sus casas.

En tal estado y no queriendo el General variar su modo de ser, lo manifestó al Gobierno y regresó á España.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El Gobierno que tenían en 1895, desconocía sin duda la importancia del grito de Baire, su historia y el contenido del manifiesto de Monte-Cristi (Santo Domingo), firmado por Martí, Máximo Gómez y Maceo y puede afirmarse que lo desconocía, porque en vez de mandar á Cuba en un principio á Weyler ó Polavieja, envió á Martínez Campos, por si podía arreglar un segundo convenio del Zanjón.

En Cuba hizo falta al principio de la guerra más energías que diplomacia, y como se buscó la paz por medio de ésta, así salió ello.

La mayor parte de los cabecillas que se fueron al campo dieron tiempo para prenderlos, hasta que la tranquilidad fuese un hecho y seis meses más. Los demás individuos de la insurrección, de menos significancia, hubieran continuado tranquilos en sus casas respectivas.

Era el único medio de pacificar el país y prepararlo para una Autonomía inmediata, que entonces hubieran aceptado con la esperanza de una independencia concedida más tarde por España y así nos hubiéramos evitado el río de sangre y oro que nos costó la pérdida de nuestro inmenso imperio colonial que nuestros políticos no han sabido nunca lo mucho que valía y vale aún.

¡Dios se lo perdone á ellos!

Interinidad Marín

Los días que el General Marín quedó interinando en Cuba, entre el fin del mando Campos á principio del de Weyler (20 días), quedaron reducidos á las operaciones parciales que hicieron «á plaisir» las columnas en constante movimiento, y á uno de avance de fuerzas montadas sobre Pinar del Rio, sin éxitos positivos ni de resonancia, si exceptuamos la brillante acción de guerra que en Paso-Real sostuvieron el General Luque y Coronel Hernández de Velasco, obteniendo una victoria inesperada, dado el número abrumador de insurrectos que obstinadamente defendían sus posiciones y avanzaban después con esperanzas de resultados favorables, que no pudieron obtener por impedirlo el director del combate y las bayonetas españolas, que siempre son muralla inexpugnable sostenida por el valor, disciplina y entusiasmo del Ejército español, que lo mismo combate entre las nieves y las arenas, sobre las aguas y sobre las tierras, con número superior ó inferior de fuerzas, con sueño ó sin él, comido ó sin comer, con frío ó con calor que lloviendo ó sin llover. Este ha sido, es y será el soldado español.

Contra Máximo Gómez, operaban en Febrero de 1896, las columnas de Aldecoa, Cornell, Prats, Galbis, Linares, Canellas, Molina y Fort.

Contra Maceo, las columnas de Luque, García Navarro, Melguizo y Bernal, en Pinar del Rio.

En Las Villas, varias columnas pequeñas hacían constantes operaciones por Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Trinidad y Spíritus.

La Trocha de Júcaro á Morón, estaba cubierta con fuerzas á las órdenes del General García Aldave, cuya trocha no sabemos la razón de haberla

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

conservado, siendo así, que toda la insurrección la pasó y repasó en grandes y en pequeños grupos. Si constantemente pasaba la trocha el enemigo, ¿á qué sostener aquellos fortines, *blokaus ó terror dos mares?*

¡Lástima de las muchas vidas que costó aquella Trocha, que nunca sirvió más que para ser un gran receptor sin hilos é inoculador de paludismo, anémia y fiebre amarilla!

¡Y los insurrectos pasando y repasando la Trocha y nosotros conservando la Trocha, aun sabiendo que para nada servía!

¡Y los insurrectos riéndose de la Trocha y nosotros gastando un dineral en la Trocha é importándonos *un bledo* que se muriese la tropa de inanición y tristeza!

¡Y los insurrectos riéndose de nosotros; nosotros sin hacer caso de ellos, y yo dado á todos los demonios!

¡Qué se ocurra una buena idea á uno del montón y todos se reirán de él como se reían los romanos é israelitas de nuestro Mesías!

En la guerra irregular cubana, donde un ejército regular hacía la guerra *regularmente*, debió tomarse el consejo del enemigo, hacer lo mismo que él hacía y batirle en la misma forma que nos batía á nosotros y para ello hubiera bastado entregar á cada compañía una zona de territorio para mantenerla sin enemigo constantemente. Con haber reunido en Cuba 150 batallones á ocho compañías y dividido el territorio en cada departamento en 1200 partes sucesivamente, el enemigo hubiera tenido que hacer la guerra en globo, por que el terreno cubano hubiera estado recorrido por fuerza española; pero este plan desde el principio de la guerra, antes que el enemigo se hubiera reunido en grandes núcleos, para haberle batido en detalle.

En la provincia de Puerto Príncipe había un par de columnas llevando convoyes á destacamentos inútiles, que guardaban y custodiaban pueblos verdaderamente insurrectos salvo raras personalidades que en ellos vivían y que tuvieron que huir para no ser asesinadas.

En el territorio de Santiago de Cuba quedaron unos seis mil insurrectos para mantener la alarma por Baracoa, Cuba, Palma Soriano, Bayamo, Holguín y Manzanillo, por lo que las columnas perdían un tiempo precioso para mejores empresas, por que el enemigo solo tiroteaba á las columnas y no esperaba nunca á sostener combates formales y de duración.

¡Siempre los errores! ¡Siempre el quijotismo! ¡Siempre el orgullo humano sobrepuesto á la razón!

¡En la guerra de Cuba reinó la *antigualla* en el modo de combatirse la insurrección, sin que métodos nuevos hayan visto la luz de la victoria!

Desde 1880 á 1895 que duró la paz, nada se hizo para evitar nueva guerra, ni nada se estudió ni reglamentó para sofocar en el acto cualquier intento sedicioso.

Y claro, ¿qué había de resultar de tanto abandono, verdaderamente punible por constituir un delito de lesa Pátria? Pues... lo que resultó... el cáos; ¡una triple dêbacle por la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas!

¿A qué no escarmentamos todavía?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿A qué pronto nos pegarán otra vez?

¿A qué entonces no protestaremos tampoco?

Y haremos bien... nuestra decadencia nos llevará en vía recta á la esclavitud.

Y entonces España tendrá lo que se ha merecido.

Adelante pues y *siga el baile*.

Llegada de Weyler

En Febrero de 1896 desembarcó en la Habana el nuevo General en Jefe Sr. Marqués de Tenerife, persona que á sus reconocidos talentos militares une un temple de acero, un rostro casi impenetrable y una seguridad y frialdad en sus determinaciones que ya quisieran muchos para sí.

No es adulación, conste al lector, que á él ya le consta.

A los cubanos en armas, á los laborantes de las poblaciones y á los malos patriotas no gustó este nombramiento; pero los militares *enragés* y buenos españoles que querían la guerra, con la guerra ojo por ojo y diente por diente, estaban todos contentos y se prometían un resultado favorable aunque á larga fecha.

Era tal el miedo que se tenía al General Weyler, que coincidiendo con la hora de su desembarco en la Habana, hubo un ligero terremoto en Sierra-Maestra, Oriente, y al preguntar algunos cubanos que era lo que pasaba, contestaron otros: «¡Pues que ya ha desembarcado ese hombre de los diablos!» Histórico.

Varios periódicos cubanos que se publicaban en los Estados Unidos lanzaban artículos furibundos contra D. Valeriano y hubo semanario satírico que dió á luz el retrato de Weyler vestido de General, con botas de montar y espuelas cara *feroce* y ¡cortando cabezas á mucha gente!

¡Así se escribe la historia!

Al hacerse cargo del mando en jefe, la situación de Cuba, poco más ó menos era la siguiente:

Por parte de la insurrección

El negro Antonio Maceo por el Norte de Matanzas y Habana, y Máximo Gómez por el Sur de las mismas provincias.

Maceo entró en Pinar del Rio, dejó aquella provincia insurreccionada y volvió á la de la Habana y más tarde tomó á Pinar del Rio.

Estos dos cabecillas tenían el proyecto de atacar y entrar en la Habana, pero pensándolo mejor, por que *las uvas estaban verdes*, no se atrevieron á verificarlo, aunque aseguro, que si lo hubiesen intentado, hubieran puesto en grave aprieto á las autoridades de España, por que aquellos voluntarios que tanto alardeaban de españolismo nada bueno hubieran hecho, como ya lo demostraron los de las poblaciones del interior, que salvo honrosas excepciones, entregaron armas y municiones al enemigo sin intentar una débil defensa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En las Villas, Centro y Oriente, varias partidas locales y alguna que otra volante se entretenían en mantener la alarma, tiroteando columnas y jaqueando fuertes y poblados y en recoger caballos, armas, municiones y viandas.

La junta revolucionaria en New-York y los comités de París y Lóndres, redoblaron sus trabajos contra España y contra Weyler, por medio de la prensa, conferencias y «meetings» y en el envío de buques que con diferentes banderas se acercaban á las costas de Cuba para desembarcar hombres pertrechos de guerra, dinamita, explosivos eléctricos, cañones pneumáticos, víveres, ropa, botiquín y correspondencia, y sobre todo muchos periódicos que hablaban pestes de España, de sus gobiernos, de los españoles y de su ejército, para mantener el fuego sagrado de la independencia ó muerte.

¡Tenían que ver la relación de los combates en que todos eran favorables á los cubanos!

Por nuestra parte

Del rio Ibanavana (Villas) á Occidente, varias columnas de más de mil hombres independientes entre sí y operando ab-libitum, al rededor de Gómez y Maceo, que solo conseguían ligeras escaramuzas con los grandes flanqueos de las dos enormes partidas de la invasión cuyo orden de marcha casi siempre en forma de cruz, permitía á ésta seguir su avance y entretener á las columnas que no *se detenían á estudiar* la forma del ataque y tan cierto es, que había vacilaciones algunas veces ó *cambios de rumbo*, que andando los tiempos, hablé con un oficial cubano presentado á indulto y me dijo:

«Máximo Gómez y Maceo conocen muy bien el temple de la mayor parte de los jefes españoles que mandan tropas y los tienen clasificados en tres clases: en la primera figuran los adocenados y comodones que sirven para muy poco; en la segunda incluyen á los que algo decididos empiezan los combates y sin reconocer el terreno ni detenerse se retiran para *racionarse* ó *llevar sus heridos*, y en la tercera clase á los que perseguían con tesón, se tiraban á fondo, atacando fuerte y bien, reconocían el terreno del combate y además ocupaban los campamentos cubanos, quedándose en ellos si era tarde ó persiguiendo si era temprano, y mucho más á los que durante la persecución tenían perfecto conocimiento del terreno y marchando sobre la cuerda de un arco iban al encuentro del enemigo en vez de seguir su rastro.»

Cuando Maceo ó Máximo Gómez recibían noticias de la proximidad de una columna española, preguntaban quien era el que la mandaba y enterados del nombre decían: si era de la primera clase, «Bueno»; si de la segunda, «que cada uno estuviese en su puesto y preparados por si acaso empezaba el combate»; y si el jefe español era de la tercera clase, «que se aligerase el paso» si se estaba en marcha ó «que se recogiese todo para salir» si en campamento y entonces agregaban: «ese jefe vendrá y si puede nos dará bastante que hacer; vámonos de aquí.»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Del río Ibanavana á Oriente, varias columnas tambien con fuerzas de diferentes cuerpos sin cohesión con otras columnas y casi sin dirección de los Estados Mayores que todavía no estaban organizados por lo que el General Weyler tuvo que dar organización á todo el Ejército, dividiéndolo en Cuerpos de ejército, divisiones, brigadas y medias brigadas; suprimió muchos destacamentos inútiles para reforzar los batallones; organizó las fuerzas irregulares; trazó la nueva división territorial militar; ordenó la concentración en los poblados de todos los habitantes del campo, sin lo cual era imposible hacer la guerra y creó las zonas de cultivo en todos los pueblos y destacamentos para la alimentación de los reconcentrados; suministró metálico á todas las fuerzas del Ejército, Hospitales y Dependencias civiles y militares; puso á todas las columnas en comunicación con los Estados Mayores y con él; se ocupó mucho de la política de la guerra; sostuvo una buena gestión diplomática con Mister Lee, Cónsul de los Estados Unidos; luchó hasta con los periodistas que tenían exigencias inadmisibles y querían libertades con perjuicio de la reserva con que deben efectuarse las operaciones de guerra; imprimió tal actividad en la campaña, que si dura un año más en Cuba, acaba con ella, por falta de insurrectos y de tropa, pues el que no moría en combate moría del vómito, paludismo, anémia y cansancio; de las fuerzas españolas, la mitad estaban en los hospitales, heridos ó enfermos y en los destacamentos; una cuarta parte en oficinas, convalecientes, yentes y vinientes y haciendo *el majá* (paseando) y la última cuarta parte se componía de los que operaban con entusiasmo, ¡tontos, *que trabajaban para el inglés!*

¡Ah! Si todas las oficinas hubieran quedado en la Península; si se hubieran retirado todos los destacamentos inútiles, que eran la mayor parte de poblados y campos, que nada defendían ni nada representaban; si los enfermos y heridos de cierta gravedad hubieran regresado á la Península y en su reemplazo hubiesen mandado soldados instruidos de todas las clases sociales; si todos los cruceros, cañoneros y torpederos que entonces tenía España hubieran ido á Cuba para vigilar las costas y evitar los desembarcos filibusteros; si todas las fuerzas se hubieran dedicado á la persecución constante del enemigo en su zona respectiva y si por fin, parte de la prensa española no hubiese hecho *el caldo gordo* á los cubanos con sus envidias y pasiones casi personales, la guerra de Cuba no hubiera durado ni un año y se hubiera evitado tambien la alarma y expectación en el extranjero.

Mas, nada de todo esto se hizo y así salió ello.

Los esfuerzos y combates de las columnas que se movían resultaban estériles, por que los desaciertos de arriba y los alientos exteriores que recibía la insurrección, mantenía la esperanza de los cubanos en armas que constantemente huían ante la obstinada persecución de los españoles.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Acción del Gato

Al comenzar la segunda quincena de Febrero de 1896, me hallaba formando parte de la columna del Coronel Tort, operando en el centro de la provincia de la Habana, como ayudante del Batallón de Vergara número 8.

La persecución al enemigo era constante por varias columnas españolas.

Los insurrectos dividiéndose unas veces y reuniéndose otras esquivaban el encuentro con las columnas. Al rededor de la nuestra, todo indicaba la proximidad del enemigo; sus huellas bien marcadas en los caminos y veredas; caballos abandonados por inútiles; pedazos de ropa y sombreros rotos; restos de comida y caña dulce chupada; tiros sueltos cerca y cañonazos á distancia y algunos insurrectos á todo el correr de sus caballos, todo, todo indicaba un gran combate de un momento á otro incluso el silencio general de los soldados, precursor de los grandes acontecimientos.

En los terrenos despejados formaba la extrema vanguardia un escuadrón de guardia civil y en los accidentados y cerrados por la vegetación una compañía de infantería.

Oimos perfectamente las descargas y cañonazos de las columnas Aldecoa y Hernández Ferrer, por el Sur y por el Norte respectivamente, el día 19 de Febrero, por la mañana. Por la tarde, ya de noche, cerca del pueblo La Catalina, tuvimos ligero tiroteo en Ojo de Agua.

Al llegar á La Catalina vimos algunas casas del pueblo ardiendo y á los voluntarios metidos en la Iglesia convertida en un fuerte, por cuyas aspilleras hacían fuego. Con bastante trabajo y peligro me dí á conocer, y entonces prorrumpieron en vivas á España, pues momentos antes les estaban atacando los insurrectos.

La columna del Coronel Hernández Ferrer y la del Coronel Tort, coincidieron en La Catalina, cada una por distinto punto y entonces huyó el enemigo.

Al día siguiente, 20 de Febrero, salieron ambas columnas, la de Hernández Ferrer al Sur y la del Coronel Tort hacia el Este.

Cerca de las montañas del Gato, una avanzada enemiga rompió el fuego al que contestó la caballería y como el terreno no era á propósito para que ésta maniobrase, pasé á vanguardia con una compañía y la escuadra de gastadores. Al vernos el enemigo prorrumpió en un griterío inmenso, lo mismo que los salvajes del Africa y comenzó el fuego. Las cuatro secciones de la compañía, en línea, con diferentes intérvalos, avanzaban de posición en posición, hacían cinco descargas á pié firme y volvían á avanzar.

El Teniente Coronel Tejeiro con el escuadrón y una compañía pretendió envolver el flanco izquierdo del enemigo, que no les esperó.

El Coronel emplazó los dos cañones que mandaba el Teniente Obregón, cuyas granadas pasaban por encima de donde me encontraba, que era detrás de la compañía de vanguardia. Cuando la distancia del enemigo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

fué de unos 140 metros, reuní los cornetas y ordené el paso de ataque y á la carrera nos lanzamos sobre la posición del enemigo que la abandonó ante el soberbio empuje de nuestras bayonetas y en aquel momento un proyectil me atravesó el cuello por su base, de izquierda á derecha. Caí al suelo sin conocimiento y al abrir los ojos ví parte de la columna cerca de mí y al Médico Enrique Plaza que me estaba haciendo la primera cura. Todavía se oían tiros y descargas. Tuvimos 18 heridos é hicimos bastantes muertos al enemigo, cuyos cadáveres no estaban lejos del sitio donde estaba acostado en la camilla, con una fiebre bastante alta.

Terminado el combate y persecución, la columna estuvo andando hasta las diez de la noche que llegó á Güines, dejando en aquel hospital civil á los heridos, incluso al autor de esta obra.

No describo los sin sabores, fatigas y dolores físicos que sufrí durante mi conducción en camilla que duró siete horas mortales por aquellas montañas y maniguales hacia el poblado de Güines, por que ya lo ha hecho por mí el laureado Comandante Burguete en su obra «La Guerra-Filipinas», pues casi cuanto á él le ocurrió en su último combate y transporte á Manila, me ocurrió á mi también, poco más ó menos. Solo haré constar mi eterno agradecimiento á la familia del Administrador del Ingenio «Providencia», que fué para mí una idem y en cuya casa de Güines estuve ocho días, como si hubiera sido uno de tantos de la familia, atendiendo á mi curación con verdadera y desinteresada caridad, pues el Hospital civil de aquella población no reunía condiciones ni tenía elementos con que atender á los heridos.

El 2 de Marzo de 1896, es decir, á los diez días del combate del Gato y aún estando muy grave de la herida pedí mi traslado al Hospital militar de la Habana y al efecto me instalaron en camilla, en coche blindado del ferro-carril guarnecido por diez y seis guardias civiles al mando de un sargento. A la media hora de marcha, paró el tren ante un fuerte tiroteo del bosque inmediato y aunque no podía casi levantarme por que la cabeza se me iba hacia atrás por debilidad y flojedad manifiesta del cuello, que se negaba á sostenerla, la aguanté con la mano izquierda y me incorporé. Los guardias civiles que ya estaban haciendo fuego me dijeron que me acostase y yo me hice cargo de la situación, ordenándoles que apuntasen bien y al maquinista que si la vía estaba libre siguiese con precaución. El tren empezó á rodar poco á poco y por último aceleró la marcha, llegando á la Estación de San Felipe sin novedad.

Serían las cinco de la tarde cuando llegué á la Estación de Villanueva, Habana. Los pasajeros se marcharon y me quedé solo con el asistente y gracias á que el jefe de estación me proporcionó cuatro hombres pude llegar al hospital á las ocho de la noche.

El Médico Mayor señor Tojar, con solicitud paternal, pinchó, sajó y me curó; pero como había quedado muy débil y las heridas del cuello no estaban aun cicatrizadas por completo, me aconsejó regresar á la Península, para que no volviese á emprender las operaciones hasta estar curado por completo. Se lo manifesté así al General en jefe y me concedió licencia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

para la Península, embarcando el 10 de Abril. En el mismo buque viajaron los Serenísimos Príncipes de Caserta. Tenientes entonces que regresaban de Cuba, después de haber operado y batido á los cubanos en varios encuentros. Llegados á Cádiz ¡nadie se ocupó de los heridos!

Por equivocación se me dió de alta en la Península y al pretender regresar á Cuba, me dijeron que tenía que esperar turno reglamentario. En el acto fuí á Madrid y el digno General Azcárraga ordenó mi destino á Cuba nuevamente, por lo que embarqué otra vez en Cádiz y por casualidad me tocó el mismo camarote que al bravo y distinguido colega don Miguel Primo de Rivera. Llegados ambos á la Habana, se nos concedió mando de Batallón: á él el de Zamora y á mí el 1.° del Regimiento de Cuba, que operaban en la provincia de Pinar del Rio, á los que nos incorporamos inmediatamente, para continuar la guerra otra vez con el mismo ó más entusiasmo que antes.

Defensa de la Zanja

A primeros de Abril de 1896, mandaba el destacamento de la Zanja el Capitán D. Antonio Sánchez Bernal y tenía á sus órdenes un oficial y unos 60 indivíduos de tropa.

Este destacamento era uno de los muchos inútiles que se mantenían en aquella guerra, que nada defendían ni nada representaban, restando fuerzas combatientes á las columnas en operaciones, con gran regocijo del enemigo, que los consideraban como prisioneros de guerra.

Por aquel tiempo, el Gobierno ambulante Cubano, presidido por un tal Cisneros, que dicho sea de paso no era pariente del célebre Cardenal del mismo apellido, tenía sendos disgustos por no saber armonizar las envidias y aspiraciones de unos cuantos *militares* cubanos, que con sus rencillas y pasiones, tenían todo revuelto en detrimento de los intereses de la revolución cubana.

Sobre si en el Camagüey tenía que mandar fulano ó zutano y si el General en jefe de ellos debía tener más ó menos atribuciones, con merma de las facultades de aquel Gobierno *forestal*, el caso fué que aquel Presidente Cisneros, queriendo lucirse, haciendo valer su opinión, dispuso que el *General* José María Rodríguez (a) Mayia, candidato predilecto, tomase el mando de 2.000 infantes, 500 caballos y cuatro cañones, para marchar á la Zanja á atacar el Fuerte y tomarlo. Este *Fuerte* era de madera y techo de palma, con un ligero foso.

El Sr. Presidente con sus secretarios, banderas y música se agregó á la columna de Mayia, no sin haber escrito á varias personalidades anunciando la próxima victoria del sitio, ataque y toma del *Chateau* de la Zanja *parecido* á otro Plewua ó Port-Arthur.

Y allá fueron á los acordes del himno cubano y con vítores á Cuba libre. Es decir; ¡á los toros! ¡á los toros!

Pues bien; para que nunca se diga que exajeramos la nota de lo que allí ocurrió, veamos lo que dice en su diario de operaciones un Auditor de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Guerra cubano llamado D. Cosme J. de la Torriente, afecto al Cuartel general de Máximo Gómez, persona muy simpática por su imparcialidad.

Leamos: (1)

«El Gobierno, usando de una facultad que le concede la Constitución, ordenó una operación, una gran operación de guerra y encargó de llevarla á cabo á Mayia Rodríguez, con el cual salimos dos mil y pico de hombres con rumbo al Sur.» (2)

«Con antelación, el Presidente Cisneros escribió á Puerto Príncipe diciendo que iba á tomar el fuerte de la Zanja. (3) Con esta operación se buscaba la gloria para Mayia, con el fin de justificar y consagrar su nombramiento y el diploma que se pretendía otorgarle. Y... efectivamente: hace cinco días que tienen sitiado el Fuerte; se le han tirado doscientos cañonazos; hemos tenido bajas; se han consumido miles de cartuchos y... total nada. La caballería que allí teníamos, considérola inutilizada por meses; los hombres extenuados para días y el jefe del Fuerte con un porvenir honroso.»

«Todo esto por no atender indicaciones, por salirse el Gobierno con su gusto, que nos cuesta mucho y sabe Dios lo que costará... la débacle, en fin.»

«El Fuerte tenía recursos y el jefe tiene vergüenza guerrera, valor y altas cualidades militares, pundonoroso y sábio. ¡Si V. hubiera visto á nuestras fuerzas, pasando por delante del fuerte con los cañones... y el fuerte mudo, sin malgastar un tiro...! ¡oh ridículo!

«El fracaso es un hecho. Cincuenta hombres con sus armas, no compensarían nuestras grandes pérdidas en esta malaventurada operación; proseguir es una temeridad condenable.»

«A última hora se ha levantado el sitio, es decir, que ya concluyó el principio de una odisea ridícula. Se pretendió crear una apoteosis y se precipita una caida; todo huele á escándalo, á *choteo*. No me explico con que cara se retirará Mayia. ¡Qué fiasco, qué General y qué Gobierno! Este asistió con muchas banderas y música, lo cual ha dado más colorido á tan sangriento sainete.»

Por nuestra parte añadimos, que aquel Gobierno rural se marchó del *célebre* sitio de la Zanja, con la música á otra parte; el General Mayia, cariacontecido y el Capitán Sánchez ascendido á Comandante.

Reciba éste último mi más cumplida enhorabuena, por su valor, prudencia y triunfo y por la justicia con que le ha tratado el enemigo.

---

(1) Insurrección por dentro de Fernando Gómez.
(2) Como si fuesen embarcados.
(3) Gerona.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Una expedición filibustera

El verano de 1896, por sus lluvias torrenciales y crecida de los ríos, no permitió mucha actividad á las columnas en operaciones. El estado de los caminos era infernal y producía muchas enfermedades en la tropa y oficiales, que llenaban todos los hospitales.

Sin embargo, las columnas de toda la isla se movían más de lo que humanamente era posible y lograron sostener varios combates, todos victoriosos para las armas españolas.

Lo más notable fué la marcha que hizo Maceo desde Cacaragícara (Pinar del Río) hasta cerca del Cabo de San Antonio, donde recibió una expedición de hombres, dinero, ropa, armas, cañones, municiones y correspondencia que le enviaron de los Estados Unidos y que nuestros marinos no vieron á pesar de su vigilancia por aquellas costas.

Pues bien; Maceo cargó con todo lo que pudo y volvió á las montañas de Cacaragícara, sin que ninguna de las columnas que le salieron al paso tuvieran suerte de hacer algo notable, pues aunque algunas se batieron con parte de las fuerzas de Maceo, llegó éste á su destino con toda la impedimenta que llevaba y en ocasión de un descanso en las montañas de Galabón, Maceo dirigió la palabra á sus huestes, así:

«¡Cubanos! ¡Ya lo habeis visto! ¡Las columnas de los Coroneles San Martin y Francés y las de los Generales Melguizo y Bernal, no han podido con nosotros! ¡Viva Cuba libre! ¡¡Vivaaaa!! contestaron aquellos cubanos que venían cargados con pertrechos de guerra y hasta con artillería que funcionó en la Ceja del Negro contra una *columnita* que salió de Pinar del Río y tuvo que retirarse «á grand vitesse».

Si en Agosto y Septiembre del 96 se hubieran acumulado suficientes fuerzas españolas sobre el itinerario de Maceo, bien conocido, entonces se hubiesen obtenido verdaderos éxitos.

Muerte de Maceo

El Lugar Teniente general Maceo, 2.° Jefe de la insurrección cubana, como consecuencia de la fuerte batida que dirigió personalmente el General Weyler en Noviembre de 1896, en las montañas de Pinar del Río, se vió precisado á diseminar sus fuerzas y á huir de aquella provincia, pues era tal la persecución de las columnas españolas, que hoy aquí, mañana allá y acullá, los combates se sucedían sin interrupción, siempre en favor de España y en su consecuencia Maceo decidió pasar la Trocha de Mariel-Majana, para unirse y conferenciar con Máximo Gómez, pues con el sistema de guerra del General Weyler, la insurrección perdía terreno de día en día, por que las columnas, además de atacar con vigor á partidas, campamentos y prefecturas, destruían las plantaciones alimenticias y recogían reses, caballos y cuantos elementos podían ser de utilidad á la insurrección.

Al efecto, en uno de los últimos días de Noviembre de aquel año,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Maceo intentó pasar la Trocha que defendía el General Arolas, cuya vigilancia extremada, convenció á Maceo la imposibilidad de repasarla con las fuerzas é impedimenta que le quedaba en las lomas de Pinar del Río.

Por fin, el 4 de Diciembre siguiente, y como pudo, la pasó con unas veinte personas, á pié, cerca de Mariel.

Antes de pasar la Trocha, Maceo envió correos para concentrar partidas cubanas en determinados puntos de la provincia de la Habana, cuyas fuerzas estaban mandadas por Acosta, Sánchez, Aguirre, Castillo y otros y á Lacret para que se situase en límites de Matanzas-Habana, con el fin de tomar el mando de las fuerzas que pudiese reunir y atacar á Marianao y Santa Cruz del Norte, pueblos situados en la costa á derecha é izquierda de la Habana, y á fin, tambien, de que no se dudase de su paso por la Trocha.

El día 5 por la mañana llegó Maceo con su comitiva, á pié, á La Merced. Le acompañaban los titulados General Miró (catalán) y los jefes y oficiales Justin, Piedra, Nodarse, Gómez (hijo de Máximo) Souvanell, Perico Díaz, Ahumada, Peñalvez, el médico Certucha y varios asistentes.

En aquel campamento de La Merced, en espera de los caballos pedidos, permanecieron más de un día y al ver que no llegaban, Maceo y los suyos siguieron el viaje el día 6 hácia Banes, para entrar en la provincia de la Habana, en cuyo camino encontraron los caballos deseados. Siguieron hasta una colonia del ingenio Baracoa, donde pernoctaron.

A las tres de la mañana del día 7, continuaron el viaje hácia el lugar donde debían estar reunidas las fuerzas cubanas que operaban sobre la línea del Oeste al mando del cabecilla Silverio Sánchez, que por fin encontraron en el campamento de S. Pedro.

Cuando Maceo se apeó de su caballo eran las nueve de la mañana y dictó varias órdenes que despachó por correos á caballo. Despues se acostó en su hamaca.

Enterado que varias columnas españolas operaban por allí, ordenó que hubiese mucha vigilancia y que se nombrase el servicio para el día siguiente.

Estando Maceo hablando con Miró y otros sobre los asuntos de la guerra, se oyeron tiros y descargas.

—¡Fuego! ¡El enemigo! vocearon algunos.

Todo el mundo corrió á buscar los caballos.

Maceo pidió el suyo y al mismo tiempo le dijeron:

—El enemigo ha rebasado la avanzada; las descargas suenan muy cerca y los proyectiles silban en torno nuestro.

Maceo, montado ya á caballo y seguido de parte de su Estado Mayor, salió al limpio, para fijarse en el estado del combate y acto seguido empezó á dirigirlo dando órdenes y haciendo avanzar á los insurrectos que se detenían ante el amago de la caballería y descargas de la infantería españolas.

Después, Maceo recorrió el campo de batalla animando á su gente.

El campo de la acción tenía hácia el Norte dos cercas de piedra paralе-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

las, de Este á Oeste; más una de alambre, otra de pita y varios matorrales por todas partes, pero el terreno en general era limpio.

Cuando Maceo lanzó varios ginetes sobre la vanguardia española, la infantería de Cirujeda se corría á lo largo de una cerca de piedras, que ocupó frente á Maceo y los suyos, rompiendo un fuego muy nutrido; entonces Maceo mandó avanzar, mientras que con su Estado Mayor y fuerzas montadas intentó entrar al machete por el flanco derecho de los soldados que estaban parapetados en la cerca de piedra, de cuyo intento desistió, porque ya iban otras fuerzas cubanas que también fueron detenidas por el fuego de los soldaditos.

Sostenían la refriega en ambos frentes de los cubanos, los titulados Coronel Sánchez; Tenientes Coroneles Acosta, Delgado y Rodríguez, con sus respectivas fuerzas, así como el *General* Perico Diaz, con gente de á caballo.

El fuego continuaba muy nutrido. La infantería española hizo muy bien en parapetarse sobre la cerca de piedra, en la que apoyaba los fusiles para afinar la puntería.

En esto, Maceo, dijo á Miró:

—¡Esto va bien!

Y efectivamente. En aquel momento cayó desplomado al suelo, herido de muerte por dos balas españolas.

Entonces Miró gritó al General Diaz para que avanzara con su gente; pero este *General* se retiraba ya á uña de caballo, ante el empuje de las bayonetas, *sin duda para buscar más gente y traerla al combate.*

Desde aquel momento se inició la dispersión de los cubanos, que se *retiraban* tambien, cada uno por donde podía.

Resultado: muertos, Maceo, el hijo de Máximo Gómez y cuatro más y treinta y tres heridos, entre estos el jefe de E. M. Miró; los Coroneles Nodarse y Gordón; los Tenientes Coroneles Delgado y Acosta; Comandantes Justin, Ahumada, Cerviño y Sánchez.

Los españoles no conocieron el cadáver de Maceo; pero le ocuparon los gemelos de campaña, las botas de montar y la correspondencia que llevaba encima.

El día 7 de Diciembre de 1896, fué un día de gloria para la columna de Cirujeda y como Maceo y los suyos se batieron bien, pretendiendo vencer á tropas disciplinadas, se demostró allí la serenidad y valeroso ánimo del jefe, oficiales y soldados españoles

Los cubanos jamás han podido vencer en esta guerra á ninguna columna española, ni siquiera á la que se vió muy comprometida en Maltiempo, mandada por el Coronel Arizón, que se batió con las partidas reunidas de la invasión, en 1895. Por esta razón, los cubanos obrando muy cuerdamente, no se detenían mucho en los combates, porque sabían muy bien, que es una solemne tontería batirse con tropas regulares, guiadas por jefes y oficiales conocedores del sublime arte de la guerra y mantenedores de la disciplina en los fuegos, por el honor de las armas y su propio honor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Varias operaciones y combates

Los Generales Melguizo y Godoy por el Oeste de Pinar del Río, uno sobre el sur y otro por el Norte, operaron constantemente, persiguiendo y batiendo á los grupos insurrectos que por allí había y destruyéndoles viviendas y siembras. Se hicieron varios muertos y prisioneros. Así, sin gloria y perdiendo la salud del soldado, se pasaron los meses de Enero y Febrero del 97.

En el de Marzo, el General en Jefe organizó una columna, cuyo mando me concedió, compuesta de tres compañías del Batallón de Guadalajara y el Escuadrón de Talavera, con el fin de operar al Norte de la vía férrea, entre Campo Florido y Matanzas.

El mismo general Weyler en su despacho, me indicó los puntos que debía recorrer en persecución del enemigo que por allí hubiera y prometí como era natural, reconocer aquellos terrenos de bosque y montaña.

El 17 de Marzo, tomé el mando de aquella columna y recorrí la Zona en todas direcciones, convenciéndome de la existencia de enemigo, que rehuía el encuentro de aquellos bravos soldados del Batallón de Guadalajara y del Escuadrón Cazadores de Talavera. Sin embargo, eran tales las marchas y contramarchas que hacía con mi columna, que pude batir con ventaja á los insurrectos en Las Cruces, Luisa, Juguete, Corredera, Yagua, Pajarito, Soumanat, Bolaños, Riscadero, Ponce, San Joaquín, Caldera, Viuda y otros sitios, ocupando al enemigo, armas, municiones, dinamita, explosivos, caballos, muertos y prisioneros.

El 3 de Mayo de 1897, el enemigo tenía preparada una fuerte emboscada entre el Ingenio Cármen y el pueblo de Caraballo, de que tenía conocimiento por mis confidentes.

Antes de llegar al punto de la emboscada, tomé otro camino á la izquierda para atravesar el Ingenio Lotería y por retaguardia de los insurrectos me acerqué á su emboscada. El flanqueo de la derecha, se descubrió al enemigo, que era de caballería y se vió envuelto por él al machete. Los exploradores que flanqueaban se defendieron y como oí los tiros, coloqué dos compañías en línea. Al vernos el enemigo, cargó contra nosotros dando gritos y en aquel momento, mandé:

—¡Fue...goo...!

¡Doscientos soldados haciendo fuego á unos 150 caballos cubanos!

Sorprendido el enemigo, pues no creía que era mi columna sino algunos voluntarios del Ingenio Lotería, detuvo los caballos, volvió grupas y desapareció.

Fué por lana y salió trasquilado.

¡Lo menos creía yo que mis soldados habían hecho unas 50 bajas!

¡Cá! Tres muertos, negros como la pez, que portaban bandolera con municiones, machete y carabina. Además dos caballos muertos tambien y equipados.

Aunque el enemigo fué perseguido no se le pudo dar alcance.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Por mi parte solo tuve un Teniente y un soldado heridos.

La columna del Coronel Feijóo, que no estaba lejos, oyó el fuego y confrontó después conmigo en Caraballo.

A mi regreso al Ingenio del Cármen, dijo el Administrador que se había enterado que los insurrectos creían que mi columna caería en aquella emboscada.

Mi columna y todas las demás que llevaban sus exploradores, flanqueos, vanguardia, grueso, retaguardia y extremo retaguardia á las precisas distancias que exigían los diferentes terrenos del teatro de la guerra, no podían caer nunca en las emboscadas que ponía el enemigo y afirmo esto así, por cuanto que en aquella guerra fratricida he mandado columna durante dos años seguidos en Oriente, Villas y Occidente y jamás el enemigo ha podido hacerme emboscada alguna que no le haya salido cara.

El 1.° de Junio en Loma Pajarito sostuve una buena acción de guerra. El Capitán de Caballería se portó muy bien y fué ascendido á Comandante.

El 12 y 13 de Junio libré otros dos combates con mucha suerte, en Armenteros y Bolaños, donde fuí vitoreado por los soldados de la columna y en cambio el General en Jefe me largó la filípica telegráfica siguiente:

«Dado el consumo de municiones y la duración de sus combates, no estoy satisfecho del resultado obtenido.» Textual.

El Coronel Feijóo, á quien había llamado antes, proporcionándole un combate en el mismo día 13, con la misma partida, por efecto de la combinación de marcha sobre el enemigo, me hizo justicia, citándome en su parte como distinguido.

Como el General en Jefe observó que en mi zona había mucho enemigo, á pesar de mis continuos combates con un adversario que siempre huía, dispuso que el General Maroto, con su columna, confrontase conmigo para batir á los cubanos.

Llegado el General Maroto á Santa Cruz del Norte, donde le esperaba, me dijo con cierta sonrisita:

—Ya me enseñará V. el enemigo ¿eh?

—Mañana mismo lo verá V. E. mi General; pero no lo batirá, por que nos hemos reunido mucha gente.

Y siguiendo su *guasita* cariñosa, añadió:

—Deje V. el tratamiento. Y puesto que conoce V. bien el terreno y sabe donde está el enemigo, puede V. hacer las veces de Jefe de Estado Mayor, para la operación de mañana, teniendo en cuenta que el Coronel Feijóo vendrá esta tarde con su columna.

—Con mucho gusto, mi General; le contesté.

Y mapa en mano, expliqué al General la operación, que aceptó.

Dadas las órdenes, se rompió la marcha en tres columnas:

Al flanco derecho el Coronel Feijóo por Las Cruces y Armenteros al Ingenio de la Viuda. Al izquierdo otra columna de tres compañías y un Escuadrón por el Ingenio San Francisco y Pajarito hácia la Viuda y el General con la suya y conmigo de eje central, por Soumanat á la Viuda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

De columna á columna, unos tres cuartos de legua.

Previne á los exploradores que no se descubriesen al enemigo y que avisaran su presencia tan pronto fuese visto.

A las dos horas de marcha la columna de la derecha tenía fuego, y dije al General:

—Si quiere V. ver al enemigo para disponer algo, adelantémonos con un escuadrón. Corrimos, subimos á Loma de la Viuda y el General y yo vimos á los insurrectos que se retiraban al correr de sus caballos, al pié de las Lomas de Ponce y... desaparecieron, sin que la columna del Coronel Feijóo pudiese cerrarles el paso.

—¿Ha visto V. al enemigo, mi General?

—Sí; le he visto, contestó.

—¿Crée V. que puede perseguirse á ese enemigo, con el paso que lleva?

—No; es tontería perseguirle, pues además de no poderles alcanzar, cansaríamos inútilmente á hombres y caballos. Haremos un par de operaciones combinadas, por si damos con ellos.

Y efectivamente: operamos varios días seguidos, sin novedad, á excepción de unos tiritos sin importancia y aburrido el General, por no poder lograr un combate sostenido, se fué hácia otra zona para continuar las operaciones.

Durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre de 1897 y según órdenes, estuve vigilando la costa Norte entre la desembocadura de los ríos Bacuranao y Jibacoa, para evitar ó sorprender un desembarco que esperaba la insurrección.

Como este trozo de costa era de unas seis leguas y si vigilaba por un punto tenía que dejar de hacerlo por otro, tripulé dos pailebots con gente armada en el puerto de Santa Cruz del Norte, á fin de que saliendo un poco al mar, observasen la costa, uno por Oriente y otro por Occidente y al mismo tiempo, operé con mi columna por la costa, en zic-zac, para encontrar al enemigo que pudiera acercarse en busca de la esperada expedición.

Por fin, en uno de los días de Agosto en los Montes de D. Martin, se batió una partida de insurrectos, haciéndoles siete muertos que se enterraron en Santa Cruz y ocupándoles siete caballos con monturas é igual número de armas blancas y de fuego, lo cual prueba que el resto del enemigo huyó sin poder recoger parte de sus bajas.

Continuada la vigilancia en la costa, el Jefe de un cañonero español me prohibió que los dos pailebots tripulasen gente armada, de cuya prohibición no hice caso, por que el cañonero ó cañoneros que vigilaban aquella costa casi nunca se veían por allí, probándolo así, con que el 22 de Septiembre, entre el Coronel Muñóz-Cobo, el Batallón de la Lealtad y mi columna, sorprendimos al fin la expedición filibustera de más importancia que se ha conocido, á juzgar por lo innumerable de cajas y bultos ocupados conteniendo armas blancas y de fuego, municiones de fusil y de rifle, dinamita, ropa, botiquín, correspondencia y víveres de todas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

clases, todo lo cual se mandó á la Habana, á disposición del General en Jefe.

La fuerzas que ocupamos esta expedición, merecieron los honores de ser felicitados por cable, de orden de S. M. la Reina D.ª María Cristina.

Salvamento de cinco náufragos

Para el transporte á la Habana de las cajas y bultos ocupados en el desembarco explicado anteriormente, el General Weyler envió un cañonero y un pailebot.

El material estaba en la playa custodiado por mi columna.

Al llegar el cañonero destacó un bote para manifestar que dado el oleaje fuerte que había, convenía esperar á que amainase el tiempo. En el bote, que remaban cuatro marineros, embarcó el Comandante Lastra, de Caballería, que pertenecía á la columna de Muñóz-Cobo.

El bote subía á las crestas de las olas y bajaba al fondo de los huecos producidos por la fuerte resaca. Yo, que me hallaba en la playa con varios oficiales y muchos soldados, dije:

—¡Ese bote va á zozobrar!

Me contestaron que no había cuidado.

El bote, mal dirigido por tan experto jefe de caballería, iba acercándose á tierra poco á poco, á pesar de la fuerza repulsiva del va y ven de las olas. Después de grandes esfuerzos y cuando el bote estaba á unos 20 metros de la playa, dió un vuelco, quedando con la quilla al sol y los cinco de á bordo haciendo inauditos esfuerzos para ganar la orilla, sin soltarse del bote.

Entónces volviéndome hácia mis soldados, dije:

—¡A salvar á esa gente, muchachos!

El mar estaba imponente y todos vacilaron antes de echarse al agua.

En vista de ello y aunque estaba con botas de montar, espuelas y sable, entré en el agua corriendo, hasta que me acerqué al bote, para dar la mano al Comandante Lastra y á los marineros. En aquel momento, el bote fué levantado por una ola y gracias á que incliné mi cuerpo hácia atrás todo lo que pude no me cayó encima, para sepultarme en el mar, rozándome el pecho con unas de sus bandas y un lápiz de caochouc que portaba en el bolsillo exterior y derecho de la guerrera, se torció al golpe, haciéndome una contusión que me curó el Médico Sr. Badía, allí presente.

Tres años después, en Madrid, encontré al Comandante Lastra, hoy Teniente Coronel y le dije:

—¡Cuidado Lastra, no vaya V. á naufragar!

—No; aquí no hay cuidado,—contestó.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Odisea trágica de un yankee

En el mes de Marzo de 1897, Mister Crosby, debidamente documentado por los Cónsules Americanos en la Habana y Sagua la Grande, salió al campo enemigo con el *fin de comprar hierro viejo* en un Ingenio; pero en vez de hacer el negocio de metal, pasó al campamento de Máximo Gómez, en la Demajagua, á quien se presentó nada menos que como vicepresidente de la Liga para la independencia de Cuba.

Mr. Crosby (that he not shoud speack spanish language) necesitó de un intérprete para entenderse con el *chino viejo* (Gómez). Dijo á éste que tenía necesidad de estudiar la insurrección en sus mismas fuentes para redactar un informe que había de entregar al mismísimo Mac-Kinley. Demostró deseos de servir como oficial cubano, *por haber hecho estudios militares en Saint-Cyr, Francia.*

Máximo Gómez le ofreció datos interesantes para que pudiese hacer una información *imparcial.*

En esta conversación estaban nuestro mister y el cabecilla Gómez, cuando vieron correr á los insurrectos en tropel, dando gritos:

—¡El enemigo!—decían.

—¿Qué pasa?—preguntó Gómez.

—¡Una columna española!—le contestaron.

—¡A caballo!—mandó el valiente de Don Máximo, en vista del *temporal* que se cernía sobre sus cabezas.

Los cubanos se *retiraron* «á grand vitesse» hácia el potrero Teresa, donde pernoctaron.

La columna española, que sin duda tenía buen olfato, amaneció en el potrero Teresa y rompió el fuego sobre la partida del *Generalísimo* Gómez. Este, siguiendo su táctica *prudente*, empezó á *retirarse* también, por que los soldaditos españoles avanzaron con decisión, como siempre avanzaban, hasta que cerraron con el bosque, sin enemigo, que, como de costumbre, había huído.

De este combate resultó muerto el mister yankee Crosby, con un balazo que le entró por el maxilar izquierdo y le salió por la parte posterior del cuello. Un tal Pinto, Teniente, fué atravesado de bala por el pecho; el cocinero del cabecilla herido en un muslo; el caballo del General Gómez muerto y éste dió con su cuerpo sobre el planeta y muy magullado le montaron en otro caballo para que pudiese huir mejor. Además los insurrectos tuvieron doce bajas de cubanos anónimos.

¡El cadáver del pobre mister, quedó enterrado en la Retranca.

Es de suponer que á estas horas, allá en otro Mundo, habrá entregado á Mac-Kinley la información sobre la guerra de Cuba!

de ri

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Planes de Weyler

Llegó el mes de Octubre de 1897 y como la insurrección estaba verdaderamente abatida por la fuerza de las armas españolas, el General Weyler proyectaba una expedición de 30 batallones á Oriente para castigar á las fuerzas que reunió el traidor Calixto García, que tomaron á viva fuerza á Luisa y Victoria de las Tunas, mal guarnecidas, sin embargo de existir entónces muchas fuerzas en Puerto Príncipe, Holguin, Bayamo y Manzanillo y sin que á nadie se hubiese ocurrido reforzar ó suprimir aquellas guarniciones.

Pues bien; era tal el estado abatido de la insurrección desde Puerto Príncipe á Pinar del Río, que los Americanos, en vista de estas para ellos alarmantes noticias, apretaron al Gobierno español con exigencias inadmisibles y pidieron entre otras cosas nada menos que el relevo del General Weyler, cuyas aptitudes no convenían á los enemigos de España, por que la isla de Cuba se les iba de las manos.

El Gobierno español, equivocado, sacrificó al General Weyler el honor y la riqueza colonial de España. Si entónces no se hubiese accedido á tales pretensiones, faltas de derecho y de nobleza, otra hubiera sido la suerte de España, por que los Estados Unidos no estaban preparados aún para la guerra y el General en Jefe, antes de las lluvias de 1898, hubiera demostrado al mundo que con su Ejército, aunque mal pagado y peor atendido y alimentado, y sin protecciones exteriores que se hubiesen evitado mandando á Cuba todos nuestros barcos de guerra para la vigilancia de las costas, era y hubiera sido muy suficiente para dar el fin que todos deseaban á guerra tan inicua.

Claro es que muchos cubanos y las juntas revolucionarias de París, Lóndres y New-York no querían que España venciese, por que con ello les llegaría el agua al cuello en el mar de las sendas emisiones bancarias por cuenta de la República de Cuba, cuyo papel fiduciario procuraron colocar en las arcas de personajes con influencia bastante hácia Mac-Kinley, Sherman, Day y demás prohombres que tenían interés en aprovechar la ocasión en favor de la política de Monroe, sin haber tenido en cuenta el agradecimiento á España por los favores que ésta dispensó á la América del Norte durante la guerra de Secesión.

El relevo de Weyler, fué intempestivo. La Isla de Cuba no la ganaron los americanos del Norte. Se la íbamos regalando los españoles con nuestras determinaciones hijas del pánico que se apoderó de ciertos personajes.

¡Errores, errores!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

3.ª PARTE

Mando del General Blanco

Relevado el General Weyler, cuyo acontecimiento se festejó en todos los lugares desafectos á España, fué á Cuba el bravo militar Capitán General D. Ramón Blanco y Erenas, con las manos atadas, porque en Cuba se proclamó la Autonomía, (Autonomía de Mister Lee, que casi era el que mandaba).

Cuba ya no era española y sin embargo, nuestros soldados en todos los combates, daban aún el grito mágico de ¡Viva España!

Nadie ha comprendido la razón de continuar la guerra contra los cubanos, pues desde el momento en que se proclamó la Autonomía, las tropas debieron reunirse por brigadas en buenas poblaciones, para descansar y reponerse por cuenta del Tesoro de Cuba y haber dejado á los cubanos con su *Cuba libre*, ó sea en los campos, hasta que las Córtes españolas hubiesen estudiado lo más conveniente: esto es; evacuar el territorio ó hacer una guerra sin cuartel en campos y ciudades, sin tener en cuenta consideraciones que pugnan cuando se rompen las hostilidades, salvo guardar las leyes de la guerra.

¡Al vado, ó la puente! Era el único dilema.

El armisticio que se publicó, no fué tal armisticio, porque la mayor parte de los cubanos en armas lo ignoraron, durante los días que aquel rigió.

He aquí una prueba:

En Abril de 1898, iba mandando el batallón de Baza núm. 6, para desempeñar una comisión que me confió el Estado Mayor de la División de Manzanillo.

De Campechuela á Jabacoa, atravesé el río Guá por Fabian y al entrar en la sabana la Odiosa, inmensa planicie de espartillo y cieno de 2 á 3 leguas, el enemigo rompió el fuego contra nosotros; fuego que fué apagado por el nuestro en el acto.

Organizada la marcha, los exploradores me trajeron un prisionero que portaba municiones y machete solamente, pues en su huída había tirado la tercerola á la manigua. A este prisionero le dije que no se moviera de mi lado y que no se le haría daño alguno, pues era el jefe principal de la columna.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Entonces mandé recorrer el bosque junto al río y no habiendo novedad, seguimos la marcha.

Al cuarto de hora nuevas descargas por retaguardia y la última compañía desplegada en orden de combate, avanzó sobre el enemigo, haciendo fuego de posición en posición, hasta que desapareció aquél definitivamente.

Volví á mi puesto muy satisfecho por no haber tenido baja alguna y continué mi *paseo militar* por aquella inmensa planicie de espartillo.

Al poco rato y al frente desfilaba un grupo de ocho insurrectos montados que custodiaban dos acémilas cargadas, grupo que hubiese podido copar con la fuerza de á caballo, cuyo jefe me dijo:

—¿Quiere V. que le traiga aquel grupo de insurrectos?

Y yo tan quijote, contesté:

—No, no; hay que respetar el armisticio.

En seguida ordené al cornetín el toque de alto, para dar tiempo al grupo insurrecto á que desapareciese de mi vista. Me apeé del caballo, encendí un cigarrillo y encarándome con el prisionero, que algo azorado lo observaba todo, le dije:

—Tú has visto que los cubanos me han hecho fuego dos veces y que *atentamente* les he contestado del mismo modo, sin perseguirles.

—Si, señor; contestó.

—También has visto que si hubiera querido copar el grupo de insurrectos que aun está á la vista lo hubiese copado y que no lo he verificado porque el armisticio me lo prohibe.

—Sí, señor; volvió á contestar.

—Pues bien; te voy á dar la libertad y en cambio, me vas á hacer un favor.

—Lo haré, si señor; dijo.

—Dirás de mi parte al jefe de los insurrectos que se halle más cerca de aquí, que está acordada una suspensión de hostilidades entre el General en Jefe español y los cubanos; le contarás todo lo que has visto hoy á mi lado y le dirás también, que si mañana á las 10, cuando vuelva por aquí, se hace fuego á mi tropa, recorreré las márgenes del río y los montes inmediatos y no daré cuartel á nadie. Ahora te darán un trago de rom y un tabaco y que te vaya bien.

El hombre aquél, loco de contento, me dió las gracias, quiso besar mi mano y como una liebre desapareció por la manigua inmediata.

Al día siguiente, volví á repasar el río Guá, por el mismo sitio, sin oir un tiro y al llegar á Campechuela, un muchacho me dijo:

—La gente del campo no sabe nada *dermisticio*; me han dicho que se lo diga, de parte del *surreto* que V. soltó ayer.

¿Qué tal?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Víctima del quijotismo

A últimos de Noviembre de 1897, se presentó en Campo Florido (Habana), el Teniente Coronel de Ingenieros D. Joaquín Ruiz, ayudante de campo del General en Jefe, el cual me entregó una orden para que le facilitase todos los recursos que pudiera necesitar, en la comisión reservada que iba á desempeñar en el campo. Le dí un guía y dos caballos que me pidió.

Con las naturales reservas, pues éramos amigos antiguos, me puso en antecedentes de su comisión, que era la de conferenciar con el cabecilla Aranguren, sobre determinado fin.

Cuando Ruiz terminó su exposición, le supliqué no saliese solo al campo enemigo, porque podía parlamentar con Aranguren en forma correcta y segura para los dos, cual era, invitar al cabecilla á ir á un punto determinado con 50 ó 100 ginetes y yo le acompañaría con igual número de fuerza hasta darnos vista unos y otros, en cuyo momento avanzarían los dos solos y podrían hablar cuanto les viniese en gana.

Ruiz no quiso aceptar mi proposición y me dijo que no tuviese cuidado alguno, que nada le pasaría, porque Aranguren le estaba esperando.

Procuré disuadirle de su arriesgada empresa con varios razonamientos, entre ellos, el de que por aquellos terrenos merodeaba una partida de plateados, que no eran cubanos ni españoles.

Me contestó que no insistiese y que agradecía mucho el interés que le demostraba.

Cuando en el puente de Campo Florido nos despedimos, le dije:

—Yo de V. no saldría así, en esa forma y mucho menos vestido de militar, con cordones de ayudante de campo.

A lo que contestó:

—No hay cuidado, Serra. Adiós y muchas gracias por todo. A las cuatro estaré de vuelta para tomar el tren de las cinco.

¡Fué el último español que estrechó su mano!

Desde las tres de aquella tarde me hallaba muy impaciente é intranquilo por la suerte de Ruiz. A las tres y media monté á caballo y acompañado de un ordenanza subí á una montañeta próxima y con ayuda de los gemelos reconocí con ansia los caminos y veredas y... ¡nada! ¡no ví un alma! A las cinco regresé al pueblo, pasé revista á mi columna y... desconfié del éxito de Ruiz.

A las diez de la noche y en telegrama cifrado, dije al General en Jefe:

«Ruiz aseguró regresar cuatro tarde para volver tren de las cinco y no ha venido. Temo por él. Serra Orts.»

Y el General en Jefe, contestó:

«No hay cuidado por Ruiz, que regresará pronto.»

En todo el día siguiente, ni regresó Ruiz, ni podía salir con mi columna á operar, temeroso de malograr la conferencia con Aranguren; mas, á las once de la noche, se presentó un insurrecto á indulto. Le advertí que le iba á hacer varias preguntas y que si mentía lo adivinaría enseguida por

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lo que dijese. Todo lo que me dijo aquel hombre eran evasivas y *bolas* que no creí y al fijarme en el sombrero nuevo que llevaba, se lo quité de la cabeza y ¡cual no sería mi sorpresa al ver en el forro de seda blanco las iniciales J. R!

—¡Ah! exclamé. ¡Este sombrero es el de Ruiz! ¡Miren Vdes. sus iniciales!

La admiración fué general. Acto seguido dispuse que se incomunicase al presentado y que no se le diese de comer ni beber hasta nueva orden.

Además, dije al presentado:

—Mire V. Si no me dice V. la verdad, encomiéndese á Dios, por que este sombrero es el que llevaba ayer el Teniente Coronel español que fué á ver á Aranguren y el sombrero tiene dos gotas de sangre en el ala.

Solo contestó, «que el sombrero se lo había dado un compadre suyo y que se presentó por que no quería estar más tiempo en la insurrección».

El General en jefe dispuso se le mandase el presentado con el expediente que se le formó por el Comandante de Armas de campo Florido.

A los dos días llegó el General Valderrama y con las fuerzas de allí y las mías, se buscó por todas partes al Teniente Coronel Ruiz y al guía que le acompañaba, sin resultado alguno hasta el mes de Enero de 1898, que el General Sr. González Parrado, con muchas fuerzas, organizó varias columnas y la del Regimiento de la Reina tuvo la suerte de matar al cabecilla Aranguren que mandó asesinar al Teniente Coronel Ruiz; asesinato tanto más inícuo, cuanto que Ruiz antes de la guerra, protegió varias veces á Aranguren y además éste le esperaba para conferenciar en el campo, *con toda clase de seguridades*.

¡Si Ruiz hubiese hecho caso de mis advertencias, no hubiese sido muerto tan inicuamente!

¡Estaba escrito!

Acción de Cueri-Duro (Oriente)

El 22 de Marzo de 1898, el General López Ochoa, que mandaba la Brigada volante de Manzanillo, compuesta de los Batallones de Mallorca, Colón, Baza y Alcántara; una batería de Montaña y un escuadrón, dispuso una operación combinada en el corazón de Sierra-Maestra y al efecto, mandó al Coronel Otero con su media brigada por la izquierda, hacia Cueri-Duro y el General por la derecha, sobre Las Delicias, con la otra media brigada.

Con mi Batallón de Baza, formé parte de la columna Otero y el primer día me correspondió ir á retaguardia y al siguiente, en vanguardia.

Como en Cuba, generalmente se ha exajerado la nota potencial de la insurrección y en aquella ocasión nos dijeron que en Cueri-Duro había mucha gente y que el pueblo estaba muy fortificado *(como Port-Arthur)* hicimos la marcha del segundo día con arreglo á los principios del Arte Militar, es decir, con buena punta, mejores flanqueos y tres compañías de vanguardia á mis órdenes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Las huellas sobre el camino, bajo bosque de terreno ascendente y ondulado, indicaba el tránsito constante de hombres y caballos. El día era expléndido, la brisa suave, el silencio sepulcral, sin oirse más que el canto de algunas avecillas, muy agenas de nuestras intenciones belicosas. El paso era corto; la vista se estendía en cuanto lo permitía la foresta del bosque, como esperando de un momento á otro la fuerte detonación de la primera descarga y los primeros gritos que acostumbraban á dar los cubanos y por fin el cuidado en todos era general, para batir al enemigo con ventaja, una vez que empezara el combate que había de proseguirse con mucho orden.

Al salir del bosque nos vió una avanzada enemiga, que después de cambiar algunos disparos con la punta huyó y al subir la colina donde estaba, dimos vista al célebre pueblo de Cueri-Duro, situado como á un cuarto de legua al pié de un río bastante caudaloso.

Seguí la marcha cuesta abajo, hacia el pueblo, en orden de combate previo un fuerte flanqueo envolvente y mientras tanto, el Coronel emplazó los dos cañones, lanzando varias granadas por encima de mi fuerza, que cayeron en medio del pueblo. El enemigo rompió el fuego y nosotros tambien, avanzando de posición en posición y ya muy cerca, ordené el toque de ataque que se verificó con todo entusiasmo y la mayor precisión, por dos lados del aquel poblado, mejor dicho campamento cubano que mandaba el titulado Brigadier Salvador Rios, cuyo pueblo se tomó sin bajas por nuestra parte. Dos compañías, una por la derecha y otra por la izquierda, persiguieron á los insurrectos más allá del río y coronaron las alturas inmediatas.

Allí permanecimos el resto del día y pasamos la noche. Al amanecer, pregunté al Coronel si teníamos que avanzar y como contestó que debíamos retroceder para confrontar con el General López Ochoa, le indiqué de buen humor que si quería que las bandas de cornetas y clarines de todos los cuerpos allí presentes, tocasen diana, toda vez que el enemigo sabía nuestra existencia en aquel punto y me dijo:

—¡Mire V. que puede haber enemigo cerca y romperá el fuego contra nosotros!

—Mejor, mi Coronel. Así tendremos un *combatito* en ayunas.

—Pues que toquen diana las bandas, contestó.

Se dió la orden y se previno á todo el mundo que estuviesen dispuestos para contestar al fuego del enemigo.

Primero tocó la banda de cornetas de Mallorca; después la de Artillería; luego la de Baza y por último la de Caballería.

No bien hubo terminado ésta, los insurrectos rompieron el fuego que fué contestado en el acto por una compañía de mi Batallón y por la Artillería, como diciendo: ¡Silencio!

Y el enemigo, obediente y sumiso, no quiso repetir su diana de fusilería.

A la media hora y después de haber perseguido inutilmente á los cubanos, empezó la retirada y así como el día anterior entró mi Batallón

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en vanguardia, tuvo que salir el último en la retirada por escalones de compañía y con la última abandoné aquel pueblo, después de incendiarlo y destruir las *trincheras* que tenían hechas.

El enemigo no quiso despedirnos con sus fuegos artificiales ó sin bala, pues no tuvimos baja alguna es esta divertida operación, con gran contento de todos.

Esta operación no tuvo más mérito para los españoles, que demostrar al enemigo, que siempre hemos ido á todos los sitios que hemos querido ir, sin que nos asustasen nunca las versiones alarmantes que lanzaban á la publicidad los enemigos de la Pátria.

El General Ochoa tampoco pudo hacer nada notable, por que el enemigo no le esperó, y aburrido se fué á la Habana para conferenciar con el Excmo. Sr. General en jefe.

Guerra con los Estados Unidos

Declarada la guerra con los Estados Unidos, el Comandante General de Manzanillo embarcó mi Batallón, una batería de montaña de seis cañones y una compañía de transportes á lomo, á bordo del vapor *Santiago*, que zarpó para Tunas de Zara, donde á pesar de la vigilancia de los buques de guerra americanos desembarqué sin novedad y con mucha suerte, pues en el día anterior, dos cruceros enemigos bombardearon aquel puerto.

Puesto en marcha por tierra, hice tres jornadas para llegar á Placetas. La Artillería y transportes por ferro-carril marcharon después á la Habana y con el Batallón de Baza me establecí en las Cruces (Villas), como base de operaciones que practiqué unas veces hacia la Siguanea y otras hacia la Ciénega de Zapata, batiendo al enemigo en Tablones, Río Arimao, Loma del Perro, Santa Elena, Perfecto Mora, Monte Oscuro, Seibalo, potrero Quemado y Montes Ayua, sin embargo de la nueva *Autonomía* Cubana.

El combate de Montes Ayua fué largo, sostenido, duro y de mucha efusión de sangre por ambas partes, en hombres y caballos. Este gran combate de última hora se explica muy bien, teniendo en cuenta que el enemigo sabía que el día anterior, 12 Agosto de 1898, se había convenido la paz entre España y los Estados Unidos, noticia que ignorábamos los españoles que desde el día diez perseguíamos á dicha partida, con orden expresa de batirla donde la encontrase, cumpliendo así, al pié de la letra, lo mandado.

Creo que fué el último combate de importancia que cerró la Guerra de Cuba.

Estando en Santa Isabel de las Lajas, Villas, embarcando en el tren los heridos para su ingreso en el Hospital de Sagua la Grande, después de enterrados los muertos y cuando me disponía á volver á salir al campo para reanudar la persecución del enemigo, fuí avisado que la guerra había terminado.

Esta noticia se recibió con indignación, pues estábamos dispuestos á combatir contra los cubanos y los americanos todos juntos ó separados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A los pocos días, estando ya de guarnición en Cienfuegos, encontré una comisión de señoritas cubanas, pertenecientes á la Asociación de la *Cruz Blanca*, que me detuvieron en la calle, pidiéndome una limosna para los heridos de la acción de los Montes de la Ayua. En el acto y algo impresionado, vacié mi portamonedas en el bolsito que me presentaron, diciéndome una de ellas.

—¡Dios le bendiga y le dé mucho dinero!

Y para mi coleto, me dije:

—¡Pues si estas señoritas supiesen que fuí el jefe español en la acción de la Ayua!

Y... desaparecí en el acto.

¡Lo de Santiago de Cuba!

Verdad es, que la prensa militar y Estado Mayor de Cuba, en tiempo de paz pidieron y propusieron la fortificación y artillamiento de algunas poblaciones del litoral de aquella isla, cuyos estudios llegaron al Ministerio de la Guerra y como otros muchos de urgente é imperiosa necesidad, quedaron muy guardados en el inmenso archivo del palacio de *Buenavista*.

Verdad es, que la prensa profesional de la Península se hizo eco de las necesidades militares de Cuba en sus plazas de guerra más importantes, para poner á cubierto de un ataque inesperado á tierras tan apartadas de la Metrópoli; pero nada ó muy poco se hizo *y en esta disputa llegaron los* representantes de Monroe y sobrevino la hecatombe de Santiago, que sirvió de pretexto á la política internacional para dejarles la isla de Cuba y por carambola de recodo limpio, Puerto-Rico y hasta Filipinas; hecatombe que hizo pasar días muy amargos á nuestros diplomáticos y á nuestros hombres de gobierno, que parece estaban todos «in albis», viviendo al «dolce far niente», en el mejor de los mundos habitados.

—¡All right! Se dijeron los americanos.

Las tropas en Abril de 1898, estaban muy bien escalonadas por zonas en todo el territorio de la isla de Cuba, aunque haciendo caso omiso de la insurrección y de las poblaciones del interior, las hubiéramos colocado por medias brigadas en las del litoral, apropósito para desembarcos y en comunicación unas con otras con el fin de acudir donde hubiese sido necesario.

Si á primeros de Mayo del 98, se hubiese ordenado el avance hacia el Este á todas las columnas, unas cien leguas, y en fin del mismo mes, otras ciento, se hubiera podido caer sobre el desembarco de americanos en Daiquirí ó en otro punto elegido por el invasor, evitándose la toma por entrega sin defensa de la plaza de Santiago y de haberla ganado los yankees á sangre y fuego, hubiera sido con su cuenta y razón y no de *rosita* como se la llevaron.

A parte de Holguín, Baracoa y Nuevitas, que nada en firme representaban, tenemos la seguridad que en ninguno de los puertos centrales se hubiese podido verificar desembarco alguno que fuese de importancia, por que las vías férreas hubiesen transportado hombres y cañones en número

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

suficiente para evitarlos, como se evitaron en Cienfuegos, Caibarién, Matanzas, Cárdenas y Habana.

Cuando la Escuadra Americana fué á Puerto-Rico, ya se decía en Cuba que terminada allí su misión, seríamos visitados por ella y como la plaza de guerra más en peligro por su lejanía y artillado inútil y viejo era Santiago, entiendo respetando desde luego mejores pareceres que Santiago de Cuba debió ser reforzada y disponerlo todo para la evacuación antes de rendirse, pues ya que en las costas no éramos fuertes, debíamos haber librado batallas decisivas en el interior.

Si á primeros de Junio de aquel año se hubiese ordenado á veinte jefes de columna:

«Salga V. inmediatamente sobre Santiago de Cuba, que está en peligro de caer en manos del enemigo.»

Todos los jefes hubieran cumplido la orden y hubiesen llegado con más ó menos días de marcha, salvando las dificultades, incluso las de subsistencias, pues lo de menos eran los cubanos en armas, que nunca han podido detener la marcha ni oponerse al empuje de mil soldados, que siempre han sido los dueños y señores de los territorios que pisaban y colindantes, hasta la distancia que les venía en gana, sin que los insurrectos osaran oponerse tampoco por la cuenta que les tenía á ellos.

Estas veinte columnas cerca de Santiago, hubieran hecho variar los planes del Estado Mayor Americano, aunque si bien se les reconocía superioridad sobre las aguas del mar, no la hubieran tenido en tierra contra el Ejército español á quien viene de abolengo la maestría en el arte de la guerra tan encarnado en España, como el arte comercial y fabril in the Unites States of American.

Diez mil soldados españoles pueden batir con ventaja á igual número de yankees, no por que aquéllos pretendan ser más valientes, sino porque tienen más de militares que éstos de negociantes.

Digan lo que gusten los descendientes de Lincoln, Washington y Monroe.

Ya saben ellos, muy bien, que entre los combates de Loma San Juan y Caney, tuvieron más de dos mil bajas, número superior á los soldaditos españoles que en ambas jornadas dejaron mu*y* alto el pabellón español; ¡más alto de lo que ellos se figuraban!

¡Loor y gloria á los bravos que hicieron pensar á los americanos en el reembarco; reembarco que consultado á White-House, contestaron que siguiesen sobre Santiago, donde encontrarían ligera resistencia.

¿No habían de encontrar ligera resistencia? ¡Ya lo creo! Toda la necesaria para representar mejor la comedia convenida. ¿Qué no fué así? Pues entonces ¿por qué colgaron el *muerto* á Toral y hasta le volvieron loco? ¿Por qué el Ejército de la isla permaneció inactivo, sin avanzar sobre Oriente? ¿Por qué no cortaron el cable submarino hasta después de la entrega de la ciudad de Santiago de Cuba, que fué la única que se entregó en toda la isla?

Al no haber avanzado la mitad del ejército sobre Santiago, y en vista

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de no ser posible la resistencia en la plaza por falta de subsistencias y de artillería moderna, pudo muy bien haberse evacuado á tiempo, retirándose las tropas al interior, después de haber quemado archivos, parques y demás elementos de utilidad al invasor, incluso el muelle de Daiquirí. Llamar despues á fuerzas de Baracoa, Guantánamo, San Luis, Holguín y Manzanillo y hasta de Puerto Príncipe y todas reunidas en una noche determinada, cual avalancha indetenible, recuperar la ciudad de Santiago de Cuba á sangre y fuego y pasar á cuchillo á todo hombre útil que se hubiese encontrado, sea cual fuese la nacionalidad á que perteneciese; mas para una página tan gloriosa, hacía falta un hombre, que quizás no estuviese entre los españoles allí presentes.

Lo más triste del caso, fué, que nadie intentó salvar el honor de España en aquella ocasión, por lo que los americanos se dieron tal pisto por sus fáciles victorias que no parecía sinó que se habían batido con todo el ejército español.

¡Pues sepa todo el mundo que los americanos necesitaron una División muy fuerte, durante un día muy entero, para vencer primero á 1.500 españoles en Lomas de San Juan y otra División de cuatro brigadas para conseguir un éxito en el Caney!

¡Los 527 soldados defensores del Caney parecieron á los yanquees 6.000, por cuanto que empezaron el ataque al amanecer y lo terminaron á las cinco de la tarde!

¡Cuatro brigadas con artillería necesitaron diez horas para vencer á un batallón de 527 individuos!

Constituían las tropas americanas en Caney, las siguientes:

La 3.ª brigada, compuesta de los regimientos números 7, 12 y 17, más un grupo de 200 cubanos. General Chaffee.

La 1.ª brigada formada por los regimientos números 8, 22 y el 2.º de voluntarios de Massachusetts.

La 2.ª brigada que tenía los regimientos números 1, 4 y 25.

Una batería de seis piezas y el Escuadrón de caballería D. Todas estas fuerzas formaban la División al mando del General Lawton.

La 3.ª brigada atacó por el Norte y por el Este. La 1.ª por el Sur y Oeste. La 2.ª quedó de reserva entre Caney y Santiago y destacó el regimiento núm. 1 para sostén de la batería.

Hay que tener en cuenta que cada regimiento americano tenía ocho compañías á 150 hombres que sumaban 1200 y que multiplicados por nueve que eran los regimientos daban un total de 10.800 infantes.

A las cinco horas de atacar los americanos al Caney, no habían logrado apoderarse de las primeras posiciones de los españoles, y el General Lawton, al recibir de refuerzo la brigada independiente que le envió el General Schafter desde el cuartel general, dispuso que la 2.ª brigada entrase en acción con la 1.ª y 3.ª que habían sido muy diezmadas por las balas españolas, tanto, que el fuego cesó por ambas partes durante más de una hora.

El General Vara de Rey comunicó al Ceneral Linares que se había

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

logrado detener el ataque de los americanos y éste contestó: «El Ejército americano, al atacar al Caney, no había contado con el temple de General tan bizarro como V. E. y de fuerzas tan aguerridas como tiene á sus órdenes.»

¡Lástima que el General Linares no hubiese podido mandar, entónces, tres mil soldados al Caney!

Si 527 españoles tuvieron á raya un día entero á 14.000 americanos ¿qué no hubiesen hecho tres mil soldados? Proezas, y hubiesen conquistado laureles; pero el General Linares, herido en el combate de Loma de San Juan en el mismo día de la acción del Caney, no pudo socorrer á esta plaza y tuvo que retirarse á Santiago, bien á pesar suyo.

Si en Abril de 1898, la mayor parte de las tropas que de Oriente salieron para Occidente hubiesen reforzado Daiquirí, Caney y Santiago, los americanos no hubiesen sabido por donde *meter el diente* á la isla de Cuba; pero se desguarneció el Departamento Oriental, que era en el que había más peligro y el enemigo se aprovechó de ello.

Tanto en el Caney como en Loma de San Juan, los americanos comprendieron muy bien la clase de enemigo contra quien se batieron y contra quien se hubieran estrellado, si la paz no se hace tan pronto como se hizo.

¡La Bandera española que ondeaba en el Caney, no fué arriada!

¡¡Hubo que quitarla de su sitio á balazos!!

¡Tal fué aquella gloriosa defensa, digna de loa y de recuerdo imperecedero!

Después.... se parlamentó y se entregó la plaza de Santiago de Cuba por.... ¿quién no lo sabe?

El Gobierno español hizo muy bien al ordenar la entrega. ¿Qué otra cosa podía hacer, cuando el pueblo de Madrid reía á carcajadas en teatros, toros y bailes, en vez de ocuparse de su propio decoro?

Tú lo quisistes, tú te lo tén.

Mucho más podíamos escribir sobre lo de Santiago de Cuba y sobre lo de la Habana; pero.... chitón. Nou posumus.

Lo único que añadiremos, es, que si la Escuadra de Cervera no se detiene en Santiago y sigue su marcha hasta Cienfuegos, se hubiese salvado; no solo por la dificultad de tomar aquella bahía inmensa en figura de sartén y por cuyo mango de 50 metros de ancho había que entrar, si antes no se inutilizaba el canal, si que también por el apoyo moral y material de cincuenta mil soldados que hubieran llegado á Cienfuegos á las 24 horas de la aproximación de los buques americanos.

Cuando tuve noticia que nuestra Escuadra se había refugiado en Santiago de Cuba, me puse las manos en la cabeza y exclamé:

¡Ave María Purísima! ¡Qué disparate!

Y así salió ello.

Ni desde Madrid ni desde la Habana, se puede dirigir Escuadras. Lo único patriótico es dejar toda la iniciativa y responsabilidad al Almirante, comunicándole cuantas noticias se tengan del enemigo, para que con toda libertad ordene y mande.

¡Qué desgracia, qué desgracia!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El honor de las Armas

Corría la segunda quincena de Agosto de 1898 y por efecto de la terminación de la Guerra, había en Cienfuegos y sus alrededores mucha aglomeración de tropas.

Se decía que los Estados Unidos pretendían llevarse á su país todas las armas y cañones existentes en la Isla de Cuba, por la victoria fácil que lograron en Santiago, extremo Oriental.

El grito de indignación contra el Gobierno de aquella época y los Estados Unidos, fué general en el ejército de Cuba, por que á excepción de los héroes y mártires de Santiago de Cuba ninguna columna del Ejército español se había batido con los americanos que fueron rechazados victoriosamente en los puertos de la Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos y Tunas de Zara, en los cuales menos en la Habana intentaron apoderarse de ellos, con desembarcos que no pudieron llevar á efecto.

El General Chacón á la cabeza de todos los jefes y oficiales presentes en Cienfuegos y contando con los que estábamos cerca, tenía grandes proyectos de honra en defensa de España y del honor de las armas.

Quince días antes de este suceso me hallaba operando sobre la Ciénaga de Zapata en combinación con el Teniente Coronel de la Guardia civil Sr. López Mijares, y al regresar á Las Cruces recibí un telegrama de Cienfuegos para que fuese á conferenciar con cierto Coronel que no era jefe mío y extrañándome el telegrama contesté diciendo que no podía ir por que salía á operaciones de orden del Comandante General lo cual era muy cierto.

A mi regreso de estas operaciones el General Sr. García Aldave me ordenó que embarcase en ferro-carril toda la fuerza á mis órdenes y que esperase su llegada.

Embarcada la fuerza, llegó el General, ordenó la salida de los dos trenes para Cienfuegos y entonces me indicó que quizás tendría que someter á un Consejo de Guerra á varios jefes de Cuerpo que proyectaban ciertas cosas inconvenientes en aquella crítica situación.

Era la primera noticia que tenía del asunto y con los debidos respetos dije al Sr. General Aldave que no creía que mis colegas hicieran nada contrario al honor de las armas.

Llegados á Cienfuegos todo al parecer estaba tranquilo menos en el Casino Español, donde bullían jefes y oficiales indignados de que los americanos se llevasen armas que no habían ganado, cuya indignación consignaron en un acta firmada por todos ellos, que me mostraron y después de leída les manifesté que yo también la firmaría.

Enseguida les dije las órdenes que tenía el General Aldave para formar un Consejo de Guerra, si fuese necesario, por lo que recibí comisión que desempeñé para manifestar á S. E. que todos ellos estaban incondicionalmente á sus órdenes y que nadie trataba de sublevarse, pero sí á negarse á entregar las armas, cuyo honor no estaba mancillado por la derrota.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El General me oyó y asintió.

El caso es que todas aquellas armas y cañones volvieron á España y no se las llevaron á los Estados Unidos, como injustamente se pretendía.

¡Pues no faltaba más!

Sublevación de 400 movilizados

El Tercio de Guerrillas movilizadas de Cienfuegos se mandó disolver una vez terminada la guerra; pero como la disolución se llevaba á efecto sin pagar los haberes que aquellas tropas irregulares alcanzaban, no quisieron entregar las armas y se marcharon al campo en tumulto sedicioso mandados por algunos sargentos.

El Sr. General Aguirre de Bengoa ordenó que con la fuerza de mi batallón, ya disuelto, pero aún presente, saliese inmediatamente en persecución de los amotinados, los sometiese á la obediencia y los desarmase. ¡Así, en seco!

La orden era terminante y había que cumplirla. No se me ocultaba lo difícil de la misión, tanto más, cuanto que muchos de aquellos sublevados habían libado bastante rom, por lo que temía cometiesen alguna imprudencia.

Al salir de Cienfuegos, como la carretera hacía declive, ví á los amotinados, oí su gritería y un disparo de fusil.

En el acto se me ocurrió una idea que me dió buen resultado.

Como muchos de aquellos movilizados me conocían personalmente por haberle tenido á mis órdenes, dije al Capitán ayudante D. Waldo Gutiérrez Marrero:

—¿Se atreve V. á meterse entre esa gente y averiguar qué sargento comanda esa partida de sediciosos?

—Si, señor; contestó.

—Pues bien: diga V. al que haga de jefe, que haya mucho orden, que me espere en el Ingenio próximo (Tartabull) y que prometo á él y á todos que se les pagará y que no se les hará nada. Que yo se lo prometo y no en balde, por que lo digo en nombre del General.

El Ayudante, montado, salió á escape y cumplió su misión, trayéndome la respuesta de que los sublevados no creían que se les atendiese.

Los movilizados no solamente entraron en el Ingenio de Tartabull sinó que se hicieron fuertes en él ocupando fortines y trincheras.

En el acto sitié el Ingenio para no dejarles salir y avisé al General D. Arturo Alsina de lo que ocurría y mientras tanto me acerqué un poco hácia el Ingenio. Vino el sargento montado con una escolta y le repetí las seguridades de mi ofrecimiento. A todo esto vino tambien el General Alsina y entonces se les ordenó que saliesen al camino por compañías.

Hubo unos momentos de expectación y verdadero temor, en espera de que saliesen ó de que rompieran el fuego contra nosotros.

Yo, que tenía ya mi pasaporte para regresar á la Península en el vapor del 10 de Octubre, (esto ocurrió el 6) me dije:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues señor, solo faltaba que estos desgraciados nos hagan fuego y me rompan un hueso ahora que la guerra se acabó, después de haber estado todo el tiempo de la campaña batiéndome contra los cubanos.

Por fin apareció en el camino el primer grupo; les ordené dejar la carabina, machete y correaje en el suelo; qué siguieran solos hácia el pueblo (para darles más confianza) y qué esperasen frente á las oficinas de su Tercio. Así fueron saliendo todos, y con varias carretas del Ingenio transporté á Cienfuegos las armas, correajes y municiones de aquellos desdichados. Desdichados, sí, por que siendo cubanos, como eran, quedaban en Cuba desarmados á merced de los insurrectos contra los que lucharon durante la guerra, pues con raras excepciones, el Gobierno español no se acordó de ellos en aquellos críticos momentos que cesó nuestra dominación.

Cuando me presenté al General Aguirre de Bengoa le dí cuenta de lo ocurrido y de mi ofrecimiento, que aceptó y fué cumplido, con gran contento de aquellos pobres que expusieron sus vidas en defensa de España durante aquella lucha fratricida.

¡El héroe anónimo!

¡El soldado!

¡El soldado, sí, para quien son todas las fatigas y ninguna de las satisfacciones!

El soldado español es el soldado entre los mejores del mundo.

Va contento á la guerra; camina sin preguntar á dónde le llevan; aguanta las inclemencias del tiempo con verdadera resignación y para no entristecerse, canta, ríe y es ocurrente hasta en los momentos más críticos. Antes de empezar los combates miran con detención á sus jefes más próximos y durante su mirada adivinan si habrá derrota ó victoria; nunca se engaña y vale tanto *que al són que le tocan baila*. Empeñada la acción de guerra avanza y hace fuego lo mismo que en los campos de ejercicio; pero hay que mandarle bien, pues de lo contrario teme la derrota y esto es muy peligroso. Ataca á la bayoneta con verdadero entusiasmo y con brío al mágico grito de ¡viva España! Terminado el combate el soldado vuelve á su alegría habitual. Cuando hay que comer, come; cuando faltan raciones y se presenta el hambre, no come, pero se ríe, usa buenas bromas y hasta baila. En fin, no es posible hallar soldado más noble, más sufrido y más valiente que el soldado español.

Yo, que he estado diez años en campaña durante tres guerras, he visto al soldado lo mismo y hasta me parecían los mismos soldados que en otras campañas he tenido á mis órdenes.

¡Gloria, pues, al soldado español!

No estaría demás y sería un acto de verdadera justicia que se legislase algo conveniente para recompensa del soldado. No basta, no, esa cruz de plata del mérito militar que se le concede, nó. Es preciso que á esa cruz se le anexione un trozo de terreno español como propiedad del agracia-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

do, el dictado de Don y la partícula de nobleza—De—en su apellido, para que sus convecinos, cuando le viesen, le saluden con respeto por los servicios que presta á su Pátria y al descubrirse ante él, dijesen:

—¡Ese fué soldado y se portó muy bien en la guerra!

¡Los niños se acostumbrarían á mirarle con veneración y ambicionarán llegar á hombres para ser útiles á su Pátria con las armas en la mano!

¡Viva, pues, el soldado español y quien le dignifique!

Situación económica

El pasivo del Erario español en 1880, por consecuencia de las guerras llamadas grande y chica, era fabuloso.

Las tropas regresaron sin percibir sus alcances y los abastecedores del Ejército quedaron arruinados la mayor parte.

Al cabo de quince años se verificó una conversión de la Deuda de Cuba para pagar al Ejército el 33 por 100 de los alcances individuales, perdiendo el personal el 67 por 100, por que sí.

¡Valiente modo de liquidar!

Vino la última guerra.

Durante 1895 y 96, se cobraba bien, en oro y billetes oro del Banco Español de la Isla de Cuba. Este Banco, como no tenía suficiente existencia en oro y por disposición del Gobierno puso un sello á los billetes oro, que decía: Plata.

Desde aquel momento empezó á bajar el papel y aunque á los Cuerpos se les pagaba de cuando en cuando con aquellos billetes plata, con alguna bonificación, el comercio en un principio no los admitía más que al 50 por 100, desmereciendo cada día más y más, hasta que al final de la guerra no valía en plaza más que ¡¡el 7 por 100!!

Esta anemia fiduciaria, la falta de fondos en los Cuerpos, la poca existencia de raciones en las factorías militares y la subida de precios de los artículos de primera necesidad en todo el comercio, tenía que reflejarse en el estómago y en la piel del soldado, que mal alimentado, sin embargo de los grandes cuidados de los jefes de Cuerpo, pasaba forzosamente á los hospitales, cuyas salas eran insuficientes para admitir á tanto enfermo, que por otra parte, los hospitales y enfermerías tampoco podían alimentarle como debía serlo.

La situación era angustiosa. Los esfuerzos de los jefes de cuerpo para cuidar bien al soldado por falta de elementos era tambien superiores á sus fuerzas.

Y mientras tanto, exigiendo el movimiento continuo á las tropas en operaciones.

Esto no debió ocurrir y no debe repetirse, por ser una vergüenza nacional.

¡Abandonar al Ejército en campaña hasta el extremo de no darle para comer!

¡Esto no ocurre ni ha ocurrido en ninguna nación civilizada! ¡Esto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

solo ha ocurrido en España, donde parece que se desatiende hasta lo más sagrado!

¡Nuestros políticos deben saber esto, para no permitirlo otra vez!

¡Dejar al Ejército sin comer!

¿Puede cometerse mayor delito de lesa Pátria?

«¡¡Tripas llevan piernas!!»

¡Caa...ramba!

De las recompensas

En 1900, á consecuencia de un discurso que se pronunció en el Senado (por uno, que en paz descanse) dejando al Ejército en un lugar que por cierto no le correspondía, por no haberle hecho justicia, publiqué un artículo en *La Correspondencia Militar* refutando aquel discurso y poniendo las cosas en su verdadero puesto.

En aquel discurso se lamentaba y se ponía el grito en el cielo, admirándose aquel buen señor, de las 227.000 recompensas que se repartieron entre los tres ejércitos de Ultramar, y en mi artículo se demostró, entónces, que 211.000 recompensas fueron cruces inferiores y menciones honoríficas y por lo tanto, negativas; siendo solo positivas las cruces pensionadas y algunos empleos, en número de 16.000, distribuidos entre 300.000 combatientes, más bien más que menos.

Hoy, con mejores datos, aunque quizás incompletos, podemos ocuparnos de este asunto, que nos dará idea de la forma y clase de recompensas que ha obtenido el Ejército que en Ultramar sufría y perecía en defensa de la integridad del territorio nacional.

La cifra total de las tropas y cuerpos auxiliares que formaban los ejércitos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas llegó á unos 350.000 hombres.

Las recompensas otorgadas á los tres ejércitos fueron para individuos de tropa 340.871 y para Generales, jefes y oficiales 30.118; total, 370.986.

De estos datos, sacamos en consecuencia, que solamente corresponde una recompensa á cada combatiente y *un hilito de cinta roja* ó galón de las 20.986 que tendríamos que repartir entre los 350.000 hombres que en lejanas tierras exponían su vida por la Pátria.

¡Nadie podrá decir que se ha recompensado con largueza!

Si tenemos en cuenta que de las 370.986 recompensas han sido negativas aunque muy honoríficas 312.949, vendremos á saber que entre 350.000 combatientes se han distribuído 58.035 recompensas positivas, cómo son los empleos y cruces pensionadas; así es que por *barba ó bigote* ha correspondido á 14.295 de recompensas, pero si además no olvidamos que muchos militares han obtenido dos y más recompensas, vendremos á sacar en consecuencia que 300.000 combatientes desconocen lo que es una recompensa positiva, lo cual nos indica que el reglamento vigente no responde á los fines de su promulgación ni á los deseos é intereses del personal armado ni á los de la Nación.

Antes del vigente reglamento y como recompensa por mérito de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

guerra, se concedía el grado del empleo inmediato (que dicho sea de paso no debía haber desaparecido), la cruz roja y luego el sobre grado ó el empleo. Hoy, con tanta clase de cruz, los pechos de los agraciados por dentro y por fuera resultan un verdadero *calvario*, así que los Generales de hace quince años llegaron relativamente jóvenes á los más altos puestos de la milicia, mientras que los militares que han tenido la suerte de distinguirse en las últimas campañas *están marcando el paso* y si llegan á Generales será cuando sean viejos, lo cual es una pérdida positiva para la Nación y para el Ejército.

Y la razón de esta afirmación nos la está dando la prensa militar que un día y otro día clama por la rebaja de edades para llegar á la remozación de los cuadros orgánico-militares, haciendo coro á este clamor, muy oportunamente por cierto, el ilustre y bravo General Luque, con su circular de las reflexiones que ha sido bien recibida por los que piensan en el mañana.

La Ley actual de recompensas está llamada á reformarse pronto, pero muy pronto, sin olvidarse del soldado para algo más positivo que la *cruce-sita* actual.

Vaticinio cumplido

A fines de Abril de 1895 me hallaba con mi compañía haciendo un fortín en el Ingenio Ibatillo, ubicado entre S. Luis y Palma Soriano, Cuba.

Una tarde que los soldados estaban descansando y de buen humor, se presentó ante ellos un hombre muy raro en su figura y en su traje.

Mi hombre, de baja estatura, era de tez amarillenta, pelinegro y desgreñado, ojos negros y rasgados, nariz pequeña y algo achatada y barba clara y lácia. Por todo traje llevaba una especie de chambra á media manga y pantalón dril color tierra á media pierna. Sobre el cuello un collar de rosario con muchas medallas y cruces. No usaba sombrero ni zapatos.

Los soldados al ver á este semi-peregrino comenzaron á decirle frases inconvenientes y á reirse de él.

Al oirles, salí al corredor de la casa donde estábamos y al momento comprendí la clase de hombre que tenía delante, por lo que reprendí á los soldados diciéndoles que hacían mal en burlarse de aquel pobre hombre. En el acto cesaron en sus chacotas.

El peregrino-cubano, con voz enfática, levantando el brazo derecho con el índice extendido hácia el cielo, me dijo:

—¡Dios ve con gusto la defensa que V. me hace contra estos pobres, que olvidan la educación que sus madres les dieron!

Los soldados al oir lo bien que hablaba el peregrino, quedaron absortos y también me llamó la atención tanta corrección en el decir.

Al mismo tiempo nuestro hombre con la vista fija en el Cielo y con la misma voz enfática nos soltó tres padre-nuestros y tres glorias, divinamente rezados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Terminada su oración que aguanté impávido y descubierto, le pregunté de dónde venía y á dónde iba, contestando:

—¡Soy un hombre muy desgraciado! ¡He ofrecido la promesa de recorrer tres veces á pié la isla de Cuba, ida y vuelta, sin tomar más alimento que pan y agua cuando lo encuentro, ni vestir otro traje que el que llevo! ¡Después que cumpla mi promesa Dios dispondrá de mí!

—Bien, le dije; pero con esta guerra, puede ocurrirle algun percance desagradable.

—¡Dios dirá, señor!

—Bueno. La comida está pronta y por una vez ruego á V. haga la excepción de aceptar algo que le alimente. ¡José!, dije, dirigiéndome á mi asistente: Darle de comer á este hombre y luego le entregas un pantalón y una americana.

—Gracias, señor, dijo el peregrino. No puedo aceptar más que un pedazo de pan y un sorbo de agua, pues de lo contrario, no podría cumplir la promesa que tengo hecha á la Virgen del Cobre.

Comió pan, bebió agua y al despedirse, me dijo así:

«Muchas gracias por todo. Dios que todo lo ve, no olvida nunca las buenas acciones que se hacen. Esta guerra será larga y V. se verá en verdaderos aprietos; pero tendrá V. suerte y será colmado de honores.»

Dió media vuelta y se marchó erguido y hasta en su figura, majestuoso. ¡Le seguí con la vista bastante rato como si no pudiese moverme ni mirar á otra parte!

¡Tal fué la impresión que me produjeron las palabras sentenciosas de aquel hombre!

Pues bien, la guerra duró tres años más; me ví en ella en muchos lances apurados de los que salí bien, incluso dos veces que fuí herido de bala gravemente y otra en que me abrí la cabeza á causa de una caída en un buque, resultando una fuerte conmoción cerebral. Obtuve los empleos de Comandante y Teniente Coronel, dos placas de María Cristina y otras dos rojas del Mérito Militar, una mención honorífica y dos veces felicitado por cable por S. M. la Reina Regente (q. D. g.).

¡La profecía de aquel hombre se cumplió en todas sus partes!

Una promesa

El diario de Madrid *El Correo* publicó en 1905 un artículo (cuya paternidad atribuyo al notable escritor militar Ibáñez Marín) dando fuerte parmoteo á un colega de la Habana, cubano «enragé», anti-español, pour rire, que se goza ó se gozaba en exacerbar los extinguidos rencores de aquella lucha fratricida, que tanta sangre costó á ellos y á nosotros.

Aquel periódico habanero, digno de lástima y de mejor suerte, se complace ó se complacía en publicar efemérides redactadas única y exclusivamente para demostrar su odio á la madre pátria, que es lo mismo que denigrar á la mismísima madre que le dió el ser.

Tales sujetos merecen, verdaderamente, la mayor de las conmiseracio-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nes por la fiereza de los ataques al octavo mandamiento, y así, la verdad histórica de aquellas efemérides, queda desde luego bastante mal parada.

Por fortuna, aquel periódico cubano, no se lée más que entre la gente de menos ilustración de la perla de las Antillas y aun esa gente que tiene la conciencia en su rinconcito, comprende muy bien la exageración de aquel hermano nuestro, perdonado ya por el patriotismo español.

El que escarnece á su familia, se escarnece á sí mismo, y merece, sino el desprecio de sus familiares, la indulgencia plenaria que corresponde á su propio desvarío.

Dice el articulista de *El Correo*, con muy buen sentido práctico, que el Depósito de la Guerra podía acumular ordenadamente, datos, documentos é informes de todas clases para depurarlos en análisis concienzudo y preparar los sillares para en su día construir la gran obra histórica de nuestras guerras coloniales.

La obra es verdaderamente necesaria y de justicia, tanto más, cuanto que nadie ha podido apreciar, desde tan larga distancia, el sufrimiento moral y físico de un ejército que peleaba con fantasmas cual el vómito ó fiebre amarilla, paludismo, coquexia, beriberi, anemia y los mismos cubanos que aparecían y desaparecían en la escena del combate con la velocidad del ciervo; las fatigas sufridas por el soldado español, aguantando un sol abrasador, lluvias torrenciales que todo lo mojaban, barrizales inmundos imposibles de pisar por su profundidad; desnudez, hambres á granel, rocíos cuya humedad calaba hasta los tuétanos y de ahí el reuma y hasta la parálisis, devorando la materia cruel y constantemente por toda clase de gérmenes morbosos. Si á estos sufrimientos físicos añadimos el constante movimiento del soldado en campaña, subiendo montañas, atravesando inmensos potreros de grandes yerbas, pasando ríos con agua de tobillo á cuello y hasta nadando, bajo una temperatura tórrida y hasta ecuatorial y bajo las balas enemigas, podrá comprenderse muy fácilmente la clase de guerra que allí se hacía; guerra irregular, tan irregular que aquello era muchas veces una cacería de hombres.

Hay que haber estado allí en la manigua y entre el soldado para comprender la realidad de aquellas fatigas en defensa de la Pátria, y nó en la Habana y otras poblaciones, ni en Estados Mayores, como muchos, *que dicen han estado en la Guerra de Cuba*.

Es tiempo pues de acometer esa labor, acumulando materiales militares para escribir á tiempo algo histórico que recuerde aquellos sacrificios y salve el honor de las armas españolas, puesto en cuarentena en casi todo el mundo por la pérdida de las últimas colonias, que tan inicuamente se arrancaron cual florones de la Corona de León y Castilla; pues van desapareciendo en desfile constante muchos generales y jefes, que heridos prematuramente por enfermedades adquiridas en aquellas guerras, mandaban columnas de tropas en constante movimiento, y sus recuerdos, datos, documentos ó memorias escritos ya, desaparecerán también con ellos.

Todos los militares que tengan algo notable que contar ó que decir de las campañas ultramarinas, deben escribirlo en la prensa, folleto, memo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ria ó libro; pero ¿se puede decir aquí en España todo lo que debe decirse? ¡Desgraciado del que sintiéndose fuerte y patriota, dijese lo que por no convenir ahora, no debe decirse.

Y esto me recuerda el título de uno de los dramas del insigne Echegaray:

«LO QUE NO PUEDE DECIRSE.»

Pues ¡vive Dios! que si mi vida se alarga, llegará un día en que presente al público un nuevo libro de verdadera sensación, con datos, fechas, nombres, casos y cosas que no deben bajar conmigo á la tumba por que los sagrados intereses de la Pátria y de la Historia están muy por encima de los intereses personales de cada uno.

Ni una palabra más, por hoy y al tiempo.

Conclusión

Que España y sus colonias estaban muy mal dirigidas y peor administradas, lo han probado los desastres de 1898.

Que el Ejército español no tenía buena organización (ni tiene aún) para el pase del pié de paz al de guerra; que estaba falto de material moderno (y está), poco atendido y mal ejercitado en el tiro de combate, lo hemos demostrado muy bien en las últimas guerras.

Que la ilustración, valor y buen deseo de la oficialidad en general era y es un hecho, no cabe dudarlo.

Pues bien: ¿qué falta á España para terminar su decadencia y empezar la deseada regeneración?

Falta buen deseo y más patriotismo en nuestros políticos para evitar los continuos cambios de Ministerio que hoy se parecen algo al célebre del relámpago y así ninguno puede desarrollar un programa político con gran perjuicio de los intereses generales de la Nación y particulares de los habitantes de España.

Falta tambien más administración y hay sobra de ambición política.

Por lo que respecta al Ejército, falta ocuparse mucho de él, para dignificarle y fortalecerle en forma moderna, pues ello costará más barato que una nueva hecatombe.

Esta es la verdad.

Nuestros hombres públicos, de error en error, no han sabido conservar nuestras colonias en la paz y casi pretendían que el Ejército, impotente por los presupuestos *raquíticos* é insuficientes, la salvasen, sin los elementos más indispensables para ello.

Los Ejércitos de mar y tierra cumplirán siempre mejor con los fines de su creación y sostenimiento, cuanto más se les atienda.

Si quieren victorias que gasten millones, pues el que algo quiere algo ha de costarle.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

No lo olviden nuestros políticos.

¡Y cuidado con otra debâcle!

¡¡Ojo al Cristo!!

¡Vive Dios!

¡Que las naciones que suelen asistir al Congreso de la Paz, están observando si alguna se desarma ó queda rezagada para quedarse con ella!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÍNDICE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÍNDICE

PÁGINAS

Dedicatoria III
Consideraciones V
A guisa de prólogo. VII

1.ª PARTE

Un poco de historia 1
¡Perdido en los campos! 6
Vivir de milagro 8
Defensa de Trinidad 9
Socorro á Tunas de Victoria ó paseo militar. . . . 10
Por insubordinado. 11
¡Rápida! 11
¡Los cocodrilos! 12
Un sobrino de su tío 13
¡Un milagro! 15
Regreso á España. 17
La política y los partidos. 18
Los Gobernadores Generales 19

2.ª PARTE

Españolismo antillano. 23
Sobre Aduanas. 25
¡Más millones! 27
El Batallón 2.º Peninsular 28
El *Marqués* de Bueycito. 29
El Andarin 32
Muerte de José Martí. 35
A otro territorio 41
Un traidor á la Pátria. 42
¡Un héroe! 43
Acción de Peralejo. 44
Acción de Alegría. 46

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Combate de Santa Lucía 47
El servicio de forrajes 48
De Capitán á Alcalde. 49
Una cesantía 49
Protección del enemigo 50
Ataque á Campechuela 50
Invasión á Occidente 51
Prisión de un cabecilla 53
Suerte de un soldado 54
Regreso de Martínez Campos 55
Interinidad Marin 56
Llegada de Weyler 58
Por parte de la insurrección 58
Por nuestra parte 59
Acción del Gato 61
Defensa de la Zanja 63
Una expedición filibustera 65
Muerte de Maceo 65
Varias operaciones y combates 68
Salvamento de cinco náufragos 71
Odisea trágica de un yankee 72
Planes de Weyler 73

3.ª PARTE

Mando del General Blanco 75
Víctima del quijotismo 77
Acción de Cueri-Duro (Oriente) 78
Guerra con los Estados Unidos. 80
¡Lo de Santiago de Cuba! 81
El honor de las Armas. 85
Sublevación de 400 movilizados 86
¡El héroe anónimo! 87
Situación económica 88
De las recompensas 89
Vaticinio cumplido. 90
Una promesa 91
Conclusión 93

BIBLIOTECA PROVINCIAL

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009